

INÉDITOS

Francisco Pérez Gutiérrez. *El libro de las sensaciones*.

[*Viaje al país de la infancia* (1934-1940)]. Madrid, 10 de mayo de 1987.

Edición de Carlos Nieto Blanco.

**Francisco Pérez Gutiérrez, *El libro de las sensaciones*.
[Viaje al país de la infancia]. Madrid, 10 de mayo de 1987.**

Carlos Nieto Blanco
Filósofo y escritor, SCHFE

Si nos atenemos a los créditos con los que se autodefine esta Revista, el texto que damos a conocer es excepcional por un doble motivo; no es un trabajo filosófico, ni procede de la pluma de un filósofo sino de un intelectual que, habiendo atesorado una depurada cultura filosófica, ha cultivado diversas disciplinas en el amplio espectro de las humanidades. El texto es un fragmento que recuperamos al haber quedado fuera de las memorias publicadas por su autor en el año 2012, con el título de *Adiós a las almas*.

Francisco Pérez Gutiérrez -familiarmente conocido como Paco Pérez por los que hemos sido, primero sus alumnos, y con posterioridad sus amigos- nació en la localidad cántabra de Guriezo el 13 de agosto de 1929, y murió en Madrid un 13 de julio de 2017, unas fechas que lo convierten en uno de los llamados "niños de la guerra". Nacido en una familia católica de la burguesía media santanderina, acabados los estudios primarios, ingresó en la Universidad Pontificia de Comillas, una institución cuya dirección espiritual y académica había encomendado el Vaticano a los jesuitas, un Seminario para la formación aquellos que, como Paco Pérez, manifestaban tener una vocación para el sacerdocio.

De acuerdo con sus memorias publicadas, Paco Pérez descubre en Comillas un mundo fascinante de cultura humanística con el estudio de los clásicos grecolatinos, al tiempo que las lecturas de escritores y filósofos abren la mente a un lector voraz, inquieto por todas las ramas del saber. Al cumplir los veinte años ya había leído por su cuenta a todo Ortega y Gasset, confiesa. A pesar de discrepar abiertamente de la enseñanza tradicionalista de algunos de sus profesores, obtiene las Licenciaturas en Filosofía y Teología, se ordena sacerdote en 1954 y ejercerá su actividad pastoral en la ciudad de Santander, compatibilizándola con el trabajo de profesor de Humanidades en el Seminario de Monte-Corbán.

A partir de 1969, Paco Pérez dijo *Adiós a las almas*, como, con toda intención, tituló el libro de memorias al que me he referido, y se despidió de su estado clerical. Abandonó también la ciudad de Santander en donde se había distinguido por su labor pastoral al frente de un grupo de cristianos de mentalidad "progresista", como entonces se decía, entre los que la contestación a la iglesia oficial se solapaba con la oposición al régimen franquista, y se instaló en Madrid. En el terreno personal fundó una familia con su compañera María Jesús Andrés, padres de tres hijos; en el

profesional se convirtió en profesor del Colegio Estudio, hasta su jubilación; y en el académico alcanzó el grado de Doctor en Filosofía por la Universidad Complutense en 1980, con una Tesis sobre la recepción de Renán en España, dirigida por el profesor José Luis L. Aranguren.

Lo que podríamos llamar “la segunda navegación” de la vida de Paco Pérez -en frase feliz que Ortega tomó de Platón- transformó también su orientación profesional, pues, aunque viviendo todavía en Santander la desaparecida Editorial Guadarrama había publicado en 1961 un libro suyo titulado *La indignidad en el arte sagrado*, fue a partir de su instalación en Madrid cuando Paco Pérez desplegó una intensa actividad de orden intelectual que se consumó en el crisol de un profundo interés por el estudio, y se fraguó con tesón, austeridad, y una enorme capacidad de trabajo. Brilló también en la faceta de traductor, del francés fundamentalmente, honrando el catálogo de la Editorial Taurus con versiones al castellano de obras fundamentales para la cultura española.

Si examinamos las contribuciones más importantes de Paco Pérez, podemos llegar a la conclusión de estar ante una de esas mentes que bien podrían asemejarse a la de un humanista del Renacimiento. La cultura de Paco en el ámbito de las humanidades destacaba por su universalidad. Dominaba las lenguas clásicas y buena parte de las modernas; conocía de primera mano la Historia de la literatura y del pensamiento filosófico, y estaba familiarizado con la Psicología, la Historia del arte, la Música, y, en general, la Estética. Su capacidad historiográfica y sus sólidos conocimientos religiosos le permitieron ponderar el papel decisivo que la religión jugó en la cultura europea en general y en la española en particular.

Además de su labor docente, donde colaboró en algunos libros de texto, existe una parte de su producción literaria que se expande a través de revistas humanísticas, como *Peña Labra*, el *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, o *Ínsula*, y culturales, como *El Ciervo* o *Triunfo*. En ellas destacan sus aportaciones a la Historia de la Literatura contemporánea, y a cuestiones de orden religioso relativas a la vivencia del cristianismo, sin descartar sus críticas al nacionalcatolicismo.

La mayoría de las investigaciones publicadas por Paco Pérez se pueden encuadrar dentro de una especialidad académica conocida como “historia intelectual”, campo del que ha sido, en ocasiones, pionero en España. Dicha referencia, que en su caso se orienta al conocimiento de ciertos procesos y figuras de los siglos XIX y XX, articula y relaciona con maestría los diferentes registros de la cultura de un periodo histórico determinado, como son los literarios, filosóficos, políticos o religiosos, con el fin de ofrecer las claves hermenéuticas que permitan la comprensión más completa de la cuestión o del personaje estudiado. Quisiera detenerme en tres de sus obras, a modo de ejemplo, pertenecientes a este campo disciplinar, porque cada una de ellas obedece a un modelo historiográfico diferente. Para ello aprovecho lo que ya dejé escrito en 2018, según figura en la Bibliografía.

Su libro *El problema religioso en la Generación de 1868* fue publicado en 1975 y centra su investigación en la obra literaria de Valera, Alarcón, Pereda, Galdós, Clarín y Pardo Bazán. Representa un conocimiento

reflexivo de la extensa producción literaria de media docena de narradores del siglo XIX español, el gran siglo de la novela europea. Se enfrenta a un asunto crucial para el conocimiento de la España decimonónica, como fue la cuestión religiosa, lo cual la convierte en una obra de referencia al reconstruir una parte de nuestra historia cultural tomando a la religión como hilo conductor; de un modo u otro Paco Pérez trata de sacar a la luz - luchando en ocasiones contra la propia opacidad del autor- las diferentes formas de religiosidad e irreligiosidad por las que navegó la cultura española de ese siglo.

En 1988 dio a la luz lo que inicialmente fue su Tesis Doctoral en Filosofía, su obra *Renan en España*, un título afortunado para el segundo de los géneros historiográficos que Paco Pérez cultivó, conocido como *historia de la recepción* en la España de los siglos XVIII y XIX de las nuevas ideas científicas, filosóficas y estéticas europeas. Su obra rastrea la influencia en la España decimonónica de la interpretación racionalista del cristianismo por parte de ese filólogo, arqueólogo e historiador francés que fue Ernest Renan, cuyas ideas religiosas sufrieron la condena de la intolerancia. Hay también aquí otra historia intelectual de la cultura española, que va desde el Krausismo hasta Ortega y Gasset, por la que se constata el fracaso en armonizar la ciencia y la filosofía con la religión, o en hacer compatibles la razón y la fe, empujando a la mayoría de los intelectuales del momento hacia una espiritualidad enfrentada al catolicismo. Un cristianismo depurado de ritos y de mitos, un *catolicismo liberal*, en suma, en caso de haber triunfado, habría sido, de acuerdo con el autor, una buena vacuna contra el catolicismo de sacristía, tantos años vigente en nuestro país.

El tercer modelo tiene que ver con el género *biográfico*, dedicado en exclusiva al estudio de un personaje. Y este no es otro que Gregorio Marañón, al que Paco Pérez dedicará dos extensas obras, tituladas, respectivamente, *La juventud de Marañón*, en 1997, con prólogo de Laín Entralgo, y *Los años de París. El Doctor Marañón en el exilio (1936-1942)*, en 2009. En total más de mil páginas sobre una de las figuras centrales de la cultura española de la primera mitad del siglo XX, perteneciente a lo que se conoce como la Generación del 14. Marañón fue un autor que había seducido a Paco Pérez desde muy joven, al punto de representar un jalón en la consecución de su mayoría de edad intelectual; la figura del médico y humanista Gregorio Marañón sintetizaba a la perfección aspectos fundamentales de los intereses intelectuales de Paco Pérez. Se trataba de una personalidad “liberal”, de la misma generación que Ortega, cultivador también de una peculiar historia intelectual, ligado en su juventud tanto a Menéndez Pelayo, como a Santander, la geografía sentimental de Paco Pérez. Lo más llamativo de esta ingente monografía, con especial referencia a la primera de las dos obras, no es solo lo que nos enseña sobre el personaje biografiado, sino el paisaje intelectual que se abre a nuestra contemplación cuando, a propósito de los intelectuales que Marañón frecuentó en su juventud, el autor se adentra en el estudio de la obra de Ramón y Cajal, Pereda, Galdós, Giner de los Ríos, Menéndez Pelayo y Unamuno, entre otros mentores del joven Gregorio.

Cuando esta Revista me hizo el encargo de editar un texto inédito de Paco Pérez, desconociendo si su familia conservaba alguno, acudí a María Jesús, quien me informó de que todos los escritos de este intelectual y destacado profesor santanderino habían sido ya publicados, bien en libros, bien en revistas. Sin embargo, me puso al corriente de la existencia de un fragmento inédito de sus memorias, el que corresponde al periodo infantil, que podría darse a conocer atendiendo a su contenido, por lo que oportunamente me lo envió para su lectura. Una vez leído el documento, cuya prosa me cautivó, propuse a la dirección de *Hitos* la pertinencia de su publicación como un testimonio esclarecedor de las vivencias infantiles de nuestro personaje, junto al testimonio de un pasado que se aproxima al siglo, y que podría contribuir al conocimiento de la personalidad de nuestro escritor en una etapa crucial de su vida. Para ello conté con la autorización de su familia, por lo que quiero dejar constancia de mi agradecimiento a María Jesús Andrés y a sus hijos.

El libro de las Sensaciones se compone de XVIII capítulos breves en los que su autor desliza sus vivencias infantiles desde los siete a los once años de edad. Aunque mi intervención en el texto ha sido mínima, pues solo he tenido que corregir algunas leves erratas, me he permitido añadir un subtítulo para orientar al lector de que se trataba de un *Viaje al país de la infancia (1934-1940)*.

Todo el texto destila afectividad y rezuma sentimiento, y bien pudiera representar el primer testimonio consciente de la educación sentimental de Paco Pérez, aquí nombrado *Paquito* por los suyos. El amor que siente por sus progenitores, con una escala diferente para la madre y el padre, tanto si es expreso, como si viene velado por el pudor emocional, envuelve este fragmento de sus memorias en un delicado ejercicio de admiración por quienes también se siente querido, como el niño feliz que fue, ahora cargando con la nostalgia.

Estas experiencias tienen lugar en dos escenarios geográficos diferentes, uno urbano y otro rural, cuyo contraste alimenta la riqueza de las vivencias infantiles de *Paquito*. Por un lado, la ciudad de Santander, el domicilio familiar, ubicado en el elegante Paseo de Menéndez Pelayo, próximo a los muelles de Puertochico, y por el otro el pueblo ganadero de Guriezo, en la Cantabria oriental, a tiro de piedra del mar, de donde proceden sus antepasados, con lejanos ancestros indios. En todo caso, una familia bien asentada económicamente, católica, conservadora, con algunos ribetes liberales.

El chico se desenvuelve con soltura en ambos medios, a los que se adapta con rapidez, y se metamorfosea en niño de pueblo cuando pasa largas temporadas en Guriezo, acudiendo al Colegio de los Maristas, o en chiquillo espabilado que corretea por las calles santanderinas, siempre con otros niños, sean primos o amigos, entregados a mil aventuras. Pero es en el pueblo donde en ocasiones se encierra en soledad, devorando publicaciones infantiles, o desarrolla su piedad religiosa como obediente monaguillo en la parroquia del pueblo.

Cuando *Paquito* tiene solo siete años, estalla la Guerra Civil en España, cuyo primer año lo vive en Santander. Esa parte de sus recuerdos está

construida con la ayuda de la memoria, pero reconstruida con el conocimiento posterior de la historia, pues cuando redacta este texto Paco Pérez tiene los 58 años; lo que vivió en esos primeros trece meses quedó para siempre inscrito en sus vivencias.

Este texto mezcla dos estilos literarios que conviven en armonía, y convierten su escritura en algo singular en el panorama de la prosa autobiográfica, con especial referencia al periodo infantil. Por un lado, es un *relato* que juega con los tiempos, al evocar un pasado vivido y combinarlo con el presente de un narrador que se desdobra en dos al hilo de sus recuerdos. Por el otro, es un *discurso* que enhebra experiencias e ideas articuladas por una mente reflexiva, pero que actúa desde el apoyo que le regalan las sensaciones del mundo infantil que percibe. El autor hace un ejercicio de introspección, de análisis psicológico de su yo al que agrega reflexiones sobre personajes y acontecimientos que desfilan por su obra, o aporta ideas más generales que justifican su talante filosófico.

El libro de las Sensaciones, texto inédito que ahora damos a la luz, podría servir de primer capítulo o de complemento a sus Memorias ya publicadas, el libro *Adiós a las almas*, y en tal caso no sería tan extemporáneo a la obra conocida de Paco Pérez. Al examinarla, siempre me ha dado la impresión de estar ante un autor con una clara *voluntad de estilo*, capaz de compaginar la profundidad hermenéutica y analítica con la belleza literaria. En este sentido estamos ante un maestro del *ensayo* en la cultura española contemporánea.

En este texto, la escritura del Paco Pérez memorialista da un paso más y se convierte en un *narrador* -como ya lo hizo en su libro publicado-, mostrando un talento literario poco común, cuando maneja los tiempos con soltura, hace fluir los espacios, o se entrega a la evocación y la añoranza, construyendo un diálogo imaginario con los padres, a los que interpela, y a los que hace revivir con el recuerdo, en esta obra que, por fin, deja de estar inédita.

He procurado que la Bibliografía elaborada tenga, en lo posible, un carácter de exhaustividad, pues hasta la fecha era un trabajo que estaba por hacer.

BIBLIOGRAFÍA

Escritos de Francisco Pérez Gutiérrez

1. Autor y editor de libros:

- *La indignidad en el arte sagrado*, Madrid, Guadarrama, 1961.
- *La religión como sistema establecido, Reflexiones sobre el momento religioso actual de la juventud española*, Madrid, ZYX, 1968.
- *El problema religioso en la generación de 1868*, Madrid, Taurus, 1975.
- *La generación de 1936. Antología poética*, edición e introducción (pp. 7-19), Madrid, Taurus, 1976.
- *Renan en España (Religión, Ética, Política)*, Madrid, Taurus, 1988.
- *El mundo clásico: Grecia y Roma*, Madrid, Santillana, 1992.

- *La juventud de Marañón*, prólogo de P. Laín Entralgo, Madrid, Trotta, 1997.
- *Ayer estuve en Pompeya*, Santander, Real Sociedad Menéndez Pelayo, 1998.
- *Menéndez Pelayo y Lázaro. Una colaboración fecunda (1889-1908)*, Madrid, Fundación Lázaro Galdiano y Ollero Ramos Editores, 2004.
- *Los años de París. El Doctor Marañón en el exilio (1936-1942)*, Madrid, Bubok Publishing, 2009.
- *Adiós a las almas. Memorias*, Santander, Ediciones La Bahía, 2012.

2. Autor de artículos:

- "La muerte dilatada": poema, *Estría. Revista del Colegio Español de Roma*, 1, 1951.
- "Por tu sueño 'Museo'"; "Pinos incesantes": poemas, *Estría. Revista del Colegio Español de Roma*, 6, 1954.
- "Voz de pájaro antiguo": poema, *Caracola. Revista Malagueña de Poesía*, 45, 1956.
- "Sentido y medida de Menéndez Pelayo", *Cuadernos Hispanoamericanos*, v. 29, n. 84, 1956, 341-360.
- "Sobre la agresividad religiosa. La agresividad de los españoles", *El Ciervo. Revista mensual de pensamiento y cultura*, 154, 1966, 11.
- "Poesía venezolana en los últimos años", *Ínsula. Revista de Letras y Ciencias Humanas*, 272-273, 1969.
- "Mala fama, buen corazón. Releyendo a Baroja en su centenario", *El Ciervo. Revista mensual de pensamiento y cultura*, 226, 1972, 13.
- "Las mocedades de Lutero", *Triunfo*, 581, 1973.
- "Alberti antes de Alberti", *Triunfo*, 601, 1974, 40-41.
- "La violencia de lo sagrado", *Triunfo*, 640, 1975, 46-47.
- "La crisis modernista", *Triunfo*, 653, 1975, 42-45.
- "Canto de frontera de Antonio Machado", *Triunfo*, 674, 1975, 28-29.
- "Los cuatro Machado. Primer centenario", *El Ciervo. Revista mensual de pensamiento y cultura*, 261-262, 1975, 36-37.
- "Confesión de mediodía", *El Ciervo. Revista mensual de pensamiento y cultura*, 269, 1975, 21-23.
- "Lamentación, muerte y vislumbres de Abel Martín", *Peña Labra*, 16, 1975, 31-34.
- "Continuación de Luis Felipe Vivanco", *Triunfo*, 678, 1976.
- "Una conciencia española", *Triunfo*, 709, 1976, 50-51.
- "Un autor se confiesa. Francisco Pérez Gutiérrez habla de 'El problema religioso de la generación de 1868'", *El Ciervo. Revista mensual de pensamiento y cultura*, 281, 1976, 32.
- "Descenso de Thomas Mann a los infiernos. Postdata a un centenario", *El Ciervo. Revista mensual de pensamiento y cultura*, 286, 1976, 24-26.

- "La vuelta del poeta", *Peña Labra*, 22, 1976.
- "Pedro Salinas o la transparente profundidad", *Ínsula. Revista de Letras y Ciencias Humanas*, 368-369, 1977.
- "Bertrand Russell prohibido", *El Ciervo. Revista mensual de pensamiento y cultura*, 308, 1977, 24-26.
- "Carta a un autor moral en una sociedad inmoral", *Destino*, 2056, 02/07/1977.
- "Una nube sobre las aguas del paraíso", *Peña Labra*, 28-29, 1978.
- "Encuentros con Vicente Aleixandre (Homenaje de un lector ferviente)", *Ínsula. Revista de Letras y Ciencias Humanas*, 374-375, 1978.
- "Un libro de Rafael Lapesa: *Poetas y prosistas de ayer y hoy*", *Ínsula. Revista de Letras y Ciencias Humanas*, 378, 1978.
- "Silencio sobre Dios. Callar o hablar de Dios", *El Ciervo. Revista mensual de pensamiento y cultura*, 342-343, 1979, 6-7.
- "Hablar a solas", *Ínsula. Revista de Letras y Ciencias Humanas*, 408, 1980, 15.
- "Un Antonio Machado cabal", *Ínsula. Revista de Letras y Ciencias Humanas*, 415, 1981, 10.
- "Rafael Morales o la fascinación de lo barroco", *Ínsula. Revista de Letras y Ciencias Humanas*, 412, 1981.
- "Versos humanos", *Ínsula. Revista de Letras y Ciencias Humanas*, 419, 1981.
- "Don Eugenio en mi pupitre", *El Ciervo. Revista mensual de pensamiento y cultura*, 371, 1982, 30-31.
- "Tiempos y obras de Pedro Antonio de Alarcón", *Ínsula. Revista de Letras y Ciencias Humanas*, 426, 1982, 15.
- "Henry Beyle contra Julián Sorel", *Ínsula. Revista de Letras y Ciencias Humanas*, 438-439, 1983, 13.
- "Un largo lamento sobre una incertidumbre", *El Ciervo. Revista mensual de pensamiento y cultura*, 424, 1986, 11-12.
- "Erasmo (de nuevo) en España", *Ínsula. Revista de Letras y Ciencias Humanas*, 485, 1987, 10.
- "En torno a Jorge Guillén", *Ínsula. Revista de Letras y Ciencias Humanas*, 365, 1987.
- "José Bergamín, un cristiano extraviado en su tiempo (y en el nuestro)", *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, 80, 2004, 81-110.
- "Historia y futuro de la Universidad Pontificia de Comillas", *El Diario Montañés*, 27/07/2004.
- "Menéndez Pelayo y la cultura literaria de Cervantes", *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, 81, 2005, 427-492.
- "El costumbrismo como motivo de desprecio (a propósito de Pereda)", *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, 82, 2006, 209-229.

- "Tres Estudios bio-bibliográficos sobre Marcelino Menéndez Pelayo: Benito Madariaga de la Campa, Ciriaco Morón Arroyo, Adolfo Bonilla y San Martín", *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, 84, 2008, 573-576.

3. Colaboraciones en obras colectivas

- "La religión como sistema establecido", en VV.AA., *Sociología para la convivencia*, Madrid, ZYX, 1966, 45-75.
- "Un profeta en medio del pueblo", en VV.AA., *Miguel Bravo: 1931-1967*, Santander, Bedia, 1968, 19-30.
- "Los curas en Baroja", en VV.AA., *Barojiana*, Madrid, Taurus, 1972, 67-111.
- "El problema religioso", Tema 20, en VV.AA., *Filosofía*, Madrid, Santillana, 1977, 271-285.
- "Menéndez Pelayo y Blanco White", en *Homenaje al Ilmo. Sr. D. Ignacio Aguilera y Santiago*, Santander, Diputación Provincial, 1981, 51-75.
- "La vida religiosa. Entre dos crisis: fin de siglo y guerra civil", en *Historia de España Menéndez Pidal*, tomo XXXIX, vol. 1 "La edad de Plata de la cultura española", dir. J. M^a Jover Zamora, prólogo de P. Laín Entralgo, Madrid Espasa Calpe, 1993, 507-564.
- "Sobre el desconocimiento de nuestra historia", en X. Ajenjo, G. Capellán (coords.), *Hacia un nuevo inventario de la ciencia española. IV Jornadas de Hispanismo Filosófico*, Madrid, 2000, 25-52.
- "Historias de dos seminarios y un clero", en R. Maruri Villanueva (ed.), *La Iglesia en Cantabria*, 2000, 373-398.
- "Por una cultura no clerical", en *Federico Sopeña y la España de su tiempo. 1939-1991: libro homenaje / Federico Sopeña Ibáñez*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, 199-210.
- "Cronología, textos autobiográficos y bibliografía", en *Federico Sopeña y la España de su tiempo. 1939-1991: libro homenaje / Federico Sopeña Ibáñez*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, 17-32.
- "Estudios cervantinos", en VV. AA., *Marcelino Menéndez Pelayo. Antología comentada*, introducción de X. Ajenjo, Santander, Librería Estudio, 2002, 341-252.
- "Animus y anima de Leopoldo Alas: Ana Ozores como proyección de la búsqueda religiosa", en *Leopoldo Alas. Un clásico contemporáneo (1901-2001)*, Actas del Congreso celebrado en Oviedo, coordinado por E. de Lorenzo, A. Ruiz de la Peña, A. Iravedra, vol. 2, 2002, 813-860.
- "Menéndez Pelayo y la cultura de Cervantes", en *Guanajuato en la geografía del Quijote, XV Coloquio Cervantino internacional*, Gobierno

del Estado de Guanajuato, Universidad de Guanajuato, Fundación Cervantina de México, Museo Iconográfico del Quijote, 2005, 71-84.

- "Arte y cristianismo: La expresión de lo religioso cristiano en las artes y las letras en la Edad Contemporánea (1789-2002)", en Francisco J. Carmona Fernández (coord.), *Historia del cristianismo: IV. El mundo contemporáneo*, 2010, 782-856.
- ... y M. Bardèche, *Louis-Ferninand Céline*, Madrid, Aguilar, 1990.
- ... y L. Gómez Rueda, *De la prehistoria a las primeras civilizaciones*, Madrid, Santillana, 1992.
- ... y L. Alonso Schökel y J. L. Blanco, *El estilo literario: arte y artesanía*, Bilbao, EGA, 1995.
- ... y J. Cuenca Escribano, *La edad moderna: el descubrimiento del nuevo mundo*, Madrid, Santillana, 1996.

Escritos sobre Francisco Pérez Gutiérrez

- Cuesta, Raimundo (2015), "Adiós a las almas, por Francisco Pérez Gutiérrez", *Historia y Memoria de la Educación*, 2, 391-396. [RESEÑA]
- Estébanez Calderón, Demetrio (2006), "Pérez Gutiérrez, Francisco. Menéndez Pelayo y Lázaro. Una colaboración profunda (1889-1908)", *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, 82, 524-527. [RESEÑA]
- Estébanez Calderón, Demetrio (2018), "Evocación de la trayectoria intelectual y religiosa de un maestro ejemplar. Francisco Pérez Gutiérrez", *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, 93-94, 667-692.
- García- Sabell, Domingo (1998), "Un libro necesario: sobre *La juventud de Marañón*, de Francisco Pérez Gutiérrez", *Saber leer*, 118, 1-2. [RESEÑA]
- Nieto Blanco, Carlos (2017), "Paco Pérez (1929-2017), maestro y amigo", *Diario Montañés*, 04/08.
- Nieto Blanco, Carlos (2018), "Francisco Pérez Gutiérrez (1929-2017), maestro y amigo: *In memoriam*", *Revista de Hispanismo Filosófico*, 23, 173-177.

El Libro de las Sensaciones
[Viaje al país de la infancia (1934-1940)]

Francisco Pérez Gutiérrez

1. RETORNO A VOSOTROS

Al fin he vuelto. Aquí, lo que me resulta más familiar es la luz; la luz de este paisaje, que más que provenir del cielo parece desprenderse de cada cosa, como si todo se hallara impregnado de su sustancia: las piedras esponjosas de la humedad, la tierra blanda por la lluvia recién caída, las yerbas y las flores que agita la brisa transeúnte, las nubes que ahora mismo se deslizan por mis ojos mientras las miro. Cada cosa es ella misma y yo diría que coincide con la imagen que conservaba de ella; lo que veo y toco corrobora la fiel persistencia de las sombras que me acompañan. Sí; la verja estaba entreabierta; últimamente debe de estarlo siempre. Estaba cerrada cuando los niños, que acababan de escucharlo a la salida del colegio, se arracimaban para conseguir ver aquellos pies que sobresalían siniestramente del cobertizo y de uno de los cuales se desprendía una alpargata sucia de barro, de barro de muerto arrastrado entre la maleza. Al tratar de abrir del todo la verja lo he vuelto a ver; me he parado junto a él: era un chiquillo con el pelo cortado al flequillo, las largas piernas llenas de arañazos, las manos finas. Luego ha echado a correr cuestecilla del cementerio abajo. Cuando llegue a casa no dirá nada de lo que ha visto. Escuchar silencioso cómo se comenta la muerte del pobre muchacho, acorralado en el monte, derribado — por una salva de escopetazos de posta.

Pienso mucho en vosotros. (Conmigo vais; mi corazón os lleva). En sueños regreso una y otra vez a la casa vacía. Estoy en el último rellano de la escalera, bajo la claridad espectral que se derrama desde la lucera del tejado. Estoy viendo la casa entera; me asomo a cada habitación; el hueco de la ausencia de todo y de todos es como un bloque de tristeza que me gravita en el alma. Siento una amenaza sorda e inaprehensible: algo extraño pugna por violentar la puerta de la entrada, el ventanal del despacho, la puerta de abajo que da a la terraza sobre la huerta; no se oye lo que debiera sonar, los ruidos familiares de la verja, de la campanilla; hay manchas de humedad en las paredes; el papel antiguo del despacho, quitado hace años, está ahora arrancado. Esa presencia sin rostro se lo ha llevado todo; no queda nada ni nadie; vosotros no estáis. También se ha apagado la resonancia de las habitaciones desiertas. Y yo estoy solo en el despacho pequeño, en el otro, el anterior a la reforma de la casa: en la estantería de cristales están nuestros primeros libros, los de mi hermano y los míos; sobre la mesa está el tapete mexicano, testigo de nuestras faenas de estudiantes. Todo aparece aquí de nuevo, después de sepultado durante tantos años. Yacía bajo la vida de después y vuelve a la existencia precaria de los sueños ahora que todo lo de después ha desaparecido a su vez. ¿Quién o qué se lo ha llevado todo? Al despertar comprendí con claridad que la inquietante presencia sin rostro no era otra que la muerte, la misma muerte que os arrebató a vosotros y dismanteló la casa, arrastrando así el ámbito que nos

era familiar, sustrayendo a mi recuerdo un espacio que pudiesen seguir frecuentando vuestras sombras.

He dejado que el coche subiera casi solo por las rodadas trazadas en la tierra blanda; un suelo que la lluvia y la umbría de los avellanos y los fresnos cercanos impiden que llegue a endurecerse. Sí; la verja está entreabierta. He escuchado el ruidillo de mis propios pasos en la grava del sendero, y ahora estoy aquí, parado ante la esbelta cruz de piedra que corona el panteón familiar. Tras ella, a lo lejos, veo la torre de la iglesia, erguida sobre el encinar; y al fondo la mole gris plata de los montes, el azul del cielo y la raya lejanísima del mar. Es mediodía; no hay sombras, las últimas nubes del chaparrón que acaba de caer se apresuran hacia el Este y una suave brisa mueve las copas sonoras de los árboles y estremece la yerba descuidada y las postreras flores del verano. La masa de esos mismos árboles que miro desde aquí se agitaba violentamente bajo el temporal de octubre la tarde en que dimos sepultura a los restos de mi madre; un ventarrón del Oeste empujaba las cortinas del aguacero contra la cincuentena de pobres seres desolados que tratábamos inútilmente de guarecernos bajo los paraguas, mientras el paisaje se entenebrecía y los flancos de las nubes iban a estrellarse contra las crestas de las montañas de Cerredo. Y dos meses más tarde, las mismas cincuenta personas estábamos de nuevo congregadas aquí mismo, en torno a la losa recorrida de ese panteón que miro ahora, para inhumar el ataúd de mi padre. Era la tarde del primer día de enero, fría y apacible, deslumbrante de un azul yerto y como insondable. Y así, desde entonces, siento cómo bajo esa losa se va sedimentando la materia mortal de que está amasada mi alma y cómo crecen los tallos de la melancolía.

Yo pasaba por aquí, junto al cementerio, día tras día, en las tardes menguantes del otoño, en la oscuridad cerrada del invierno, cuando volvía del colegio. Habíais querido que recibiera unas clases complementarias de francés, y regresaba solo a casa. Con frecuencia estaba lloviendo; a veces descargaba una tormenta, y los relámpagos con la lividez de su deslumbramiento contribuían a mi inquietud y me impulsaban a acelerar mis pasos. Encogido dentro de su impermeable, con la capucha hasta los ojos, el niño se apresura bajo la lluvia, mientras escuchaba el crepitar de las tachuelas de sus botas en los charcos y el azote del agua y del viento. Experimentaba una emoción que debía de parecerse mucho al miedo, a pesar de sentirse protegido por la propia soledad de los parajes aunque las sombras de los árboles y la silueta de las tapias del camposanto le resultaran ya familiares. Cantaba y silbaba, y a veces volvía furtivamente la cabeza para atrás, mientras a lo lejos, al final de la recta que formaba la carretera, se divisaba ya el resplandor de las luces que iluminaban la verja de la casa de la abuela.

Me sobrecoge una sensación extraña cuando os recuerdo más jóvenes de lo que ahora mismo lo soy yo. No se trata de fotografías que, por supuesto, conservo y contemplo a menudo, sino de instantes concretos que mi imaginación mantiene en toda su viveza. En una mañana radiante de verano, estoy empavorecido en la playa viendo cómo tú y tío Silverio os zambullís en las olas, unas olas que mi pequeñez infantil agranda hasta la inmensidad. Y el sol inunda también la galería mientras tú, mamá, zurces u ordenas la ropa recién recogida y cantas jovialmente una letra de zarzuela, aquella que dice: “Soldado de Nápoles que vas a la guerra...” Por cierto, en todas las imágenes de mi niñez dichosa hay siempre un sol resplandeciente que brilla sobre las olas, o en el azul de la bahía, o en unas sábanas blancas, o en una atmósfera transparente sobre los prados.

Los prados, los prados...: descienden hacia los acantilados de la costa; hay un camino enfangado de barro de la lluvia y boñiga, tapias bajas de piedra, una casa blanqueada de la que se exhalan olores y ruidos de establo, con geranios en las ventanas y un humo que asciende en el aire silencioso; y ladridos de perros a los que se suma Tony con sus frenéticas carreras. Voy contigo, y al fondo asciende la espuma y la humedad de la rompiente y se estremece el azul cabrilleante del mar. ¿Por dónde andábamos? Tal vez por Cueto.

Sí; tenía que ser Cueto, aunque esa visión tan nítida me lleva también a revivir instantes análogos, sensaciones parejas en Oyambre o en Langre. Íbamos también a Somo o a Pedreña: qué exultación la nuestra al embarcarnos, al perder el aliento en la proa que hendía el agua verdeazul, atravesados por la vibración del motor de la lancha, al descender a la playa haciendo equilibrios sobre los travesaños de los tablones apoyados unos sobre otros hasta poner los pies desnudos sobre la arena húmeda de la orilla. Os veo a todos: la abuela María, tía Elo, tío Silverio, vosotros y nosotros, los chiquillos, corriendo como locos, gritando, cayéndonos. Y aquella tarde en que os di un susto morrocotudo: de repente, yo había desaparecido. El niño de tres o cuatro años debía de ser aquel puntito perdido en la lejanía del arenal, mientras caminaba, ajeno al sobresalto provocado por su ausencia, mirando al suelo en busca de conchas, inadvertido de su propia audacia. En la playa de Pedreña el agua estaba quieta, sin olas, y deslumbraba como un cristal entre las rocas y las barcas acostadas en la orilla o semihundidas. Las algas en putrefacción lanzan su violento olor desde los médanos de la bajamar. Y ahora mismo se superponen en la imaginación otras algas y el mismo olor: playa de los Muertos, en Comillas; hay que pisar montones y montones de algas -ocres, rojizas, negruzcas, sospechosamente viscosas- antes de alcanzar la arena mojada. Siento que el pasado me empapa y me traspasa: lo que rememoro es más consistente que lo que ahora mismo toco: la claridad azul de aquellas

tardes, mis pies descalzos, vosotros, todos vosotros que ya no estáis; todo aquello es más real que esta máquina de escribir y que las acacias que está moviendo ahora el viento de este otoño madrileño. El presente es como un destierro. Vivo en el exilio de todos los instantes luminosos que pasé con vosotros, de la luz que brillaba entonces, del viento que movía tantos árboles en el encinar de San Vicente, en la orilla del río, en el paseo: sus enormes plátanos bajo el azote del Sur que los despojaba en unos pocos días de todas sus hojas. La calidad de la luz, sus matices, su claroscuro, su limpidez, su ocaso: luz matinal de la calle del Sol cuando iba contigo a misa temprana a los Carmelitas; oscuridad azulada contra los cristales de la galería que devolvían nuestras caras; luz de julio en Miranda hacia el Sardinero sobre el verde de las copas de los árboles de la Cañía y las cúpulas del Casino; luz de Puertochico al atardecer, luz entre dos luces, con el horizonte encendido del lado de Peñacastillo, la luna naciente sobre Somo, inyectada en un oro sangriento, los reflejos, como en añicos, de las farolas del malecón en las aguas verdinegras de la dársena y los tonos plateados del pescado en sus cajas chorreantes.

Están sonando las doce campanadas del mediodía en la torre de San Vicente. Sus ecos se esparcen sobre los bosques y los campos, atraviesan las llosas y los caminos, alcanzan hasta los confines del valle. Y yo estoy aquí sentado, delante de la cruz de piedra que señala el lugar de vuestro descanso. El instante se detiene, se prolonga, como estancado, se vuelve eterno. Todo está aquí presente, y sin embargo nada es ya real. Pertenece al pasado, me llena, me habita, y es sin embargo inexistente. Me apetecería disolverme en la brisa, convertirme en la mano innumerable del viento sobre la áspera dureza de la piedra y -en una palabra- dejar de ser después de todo lo que ha sido.

2. EL INTRUSO

Me queda la duda de si lo hacíais a propósito o era el resultado indeliberado de un encadenamiento de circunstancias fortuitas. El hecho es que a veces parecía que todo el mundo se había olvidado de mí. No; no creáis que lo traigo ahora a cuento como un reproche. Yo no recuerdo que aquello me resultara nunca doloroso; sin duda porque jamás atravesó mi firmamento infantil la sombra siquiera de la sospecha de un desamor. Más bien me parece haber experimentado una como sorpresa o perplejidad, haberme sentido como en una encrucijada de la que partía un sinnúmero de direcciones. Era como si yo me hubiese vuelto invisible y pudiera circular por el mundo sin que los mayores, atentos cada cual a sus ocupaciones, repararan en mi escasa presencia. Me deslizaba entre ellos como una nube que sólo hace volver los ojos hacia ella cuando ensombrece el suelo al pasar bajo el sol: así los adultos cuando por cualquier azar venían a coincidir con mi paso fugaz entre ellos: “Pero, niño, ¿qué haces tú aquí?”. La frase

significaba que por un instante yo me había vuelto visible, había adquirido perfil y volumen, ya que no peso, y estaba allí de sobra.

Estaba de sobra en aquel preciso lugar y momento; pero el resto del universo se extendía a mi disposición. Un universo que no era simplemente el que ya existía y que los demás transitaban, sino que emergía de las profundidades de su inexistencia a medida que yo lo surcaba. Ellos hacían y decían cosas de este mundo; yo me deslizaba hacia otro, que no se encontraba de antemano en ninguna parte, sino que brotaba, como por arte de magia, a medida que se lo recorría. Nunca se me ocurrió pensar que nadie me rechazara. Al dejarme los demás de lado durante prolongados paréntesis interrumpidos, por desgracia cuando menos me lo esperaba o lo quería, por desaforadas voces que requerían con urgencia mi visualización incondicional permitiéndome vacar a la soledad y al ensimismamiento, me ofrecían la oportunidad de perderme en busca de mí mismo, me empujaban insensiblemente hacia veredas no trazadas en ningún mapa. En definitiva, el mundo de los mayores no estaba del todo mal hecho; yo sabía muy bien dónde encontrar a cada uno; conocía muy bien el camino de regreso hacia ellos, y en consecuencia podía alejarme sin temor. Al final, además, solían ser ellos los que salían en mí busca, así que advertían que había pasado mucho tiempo desde la última vez que me habían visto. Resultaba divertido que se pasaran la vida olvidándose primero de mí y echándome luego en falta.

Yo vagaba muchas veces arriba y abajo de las escaleras de la casa de la abuela, cada vez que me echaban de alguna parte o mi espíritu de aventura me llevaba a los misteriosos pisos de arriba. En ocasiones permanecía en silencio, sin hacer ruido, en medio de las conversaciones ininteligibles de los mayores, cuya cháchara transcurría monótona, insustancial e inservible para ellos mismos, sin otra utilidad perceptible que la de sumirme en una pasmosa atmósfera de irrealidad, hasta que alguien advertía mi presencia clandestina y el coloquio se interrumpía como si se sintieran descubiertos, desazonados y extrañamente culpables. Y entonces, cuando no me quedaba otro remedio que retirarme cariacontecido, escuchaba la llamada de lo alto, se abrían los parajes propios y secretos desde los que un fino tirón me arrebatava, una sugestión más poderosa que la voz de las sirenas que atraía a los compañeros de Ulises. Estaban los cuadros, ante todo; distribuidos a lo largo de las escaleras, en las amplias mesetas de cada piso y por todas las habitaciones. Los mayores no reparaban en ellos; yo en cambio me perdía en ellos y tardaba a veces mucho en regresar a este mundo tridimensional. Eran algo más que ventanas hacia ámbitos distintos; constituían verdaderas puertas de acceso a otra realidad, vasta, maravillosa, quieta. Lo que de aquellos espacios me ponía en trance no era la belleza - de la que yo no tenía conciencia alguna- sino la magia. En rigor yo no los

veía; habitaba en ellos. Había cacerías de jabalíes y ciervos, con caballos, cuernos de caza cuyo eco resonaba en el bosque y ladridos de jaurías que me hacían estremecer: sentado en un peldaño de la escalera alfombrada, con los codos en las rodillas y los pómulos entre las manos, el niño escuchaba el lamento del animal herido, de ojos lastimeros, que los perros acosaban: era el ciervo que no acababa de entender su propia muerte. Había también barcos en la tormenta cuyos tripulantes se esforzaban en vano por arriar las velas bajo la fuerza y el bramido del viento. O senderos en la penumbra de los árboles, por los que nadie transitaba y por los que yo caminaba, solitario y medroso, perdiéndome en su confín. Nada se movía, pero alguien acababa de estar allí, alguien -o algo- se ocultaba furtivamente entre los troncos. Había también escenas más tranquilizadoras: un bautizo con muchos personajes diminutos, dieciochescos, empelucados y joviales. O dos chicuelos sorprendidos en un árbol por el hortelano que los amenazaba sin demasiada ferocidad, mientras un perrucho alborotaba escandalosamente. En el imponente armario del gabinete de la abuela había dos escenitas hilarantes. Eran dos pequeños azulejos enmarcados en los extremos del largo cajón inferior; se hallaban exactamente a la altura de los ojos de un chiquillo que se hubiera tumbado de bruces en la alfombra, como yo hacía. Dos jinetes a la inglesa se disponían en el primero de ellos a saltar una valla campestre; en el segundo, uno de los jinetes salía despedido por las orejas de su caballo. Yo saltaba con la mirada alternativamente de un cuadrillo al otro, y aquella divertida situación adquiría en mi fantasía una movilidad vertiginosa.

Pero también en aquel mundo que yo me hallaba dispuesto a considerar como propio -situado en medio del de los mayores, formando en realidad parte de él, éstos lo transitaban sin verlo, lo desconocían, aunque lo palpasen-, experimentaba con frecuencia la sensación de ser considerado como un intruso. Llegué a sorprender en algunos de sus habitantes como un fugitivo además de desagrado ante mi presencia. No se movían, no interrumpían su gesto o su faena, pero se volvían a mí sin dejar de mirarme; me interrogaban con sus ojos quietos; o tal vez se preguntaban quién era yo. En sus vagabundeos, el niño que yo era sentía una apremiante predilección por la pieza de la casa que más prohibida le estaba: la “salita” o sala de visitas, hacia la que se deslizaba en cuanto podía, si no se advertía la proximidad de ojos vigilantes, y a pesar de que su puerta, apenas rozado el picaporte, producía unos roces y chirridos que la aprensión infantil y el silencio circundante agigantaban escandalosamente hasta convertirse en estruendos. Con las contraventanas entornadas, la “salita rosa”, como se acostumbraba a denominarla, oscurecía las tonalidades claras de sus cortinajes y sillería tapizada y me ofrecía una semipenumbra embriagadora. La violación de lo prohibido estaba llena de presagios, como si flotasen en

la tenue atmósfera que la claridad exterior atravesaba en forma de transparentes láminas iridiscentes. De momento, el niño permanecía inmóvil. Pero por poco tiempo; tan sólo el preciso para que la conciencia condescendiera con lo vedado, mientras los ojos se habituaban a la oscuridad. Y entonces, de la cálida tiniebla rosada, emergían formidables, irresistibles, tentaciones que asediaban a la osada criatura, como las que en ciertas tablas ascéticas acometen a los santos ermitaños. En una vitrina aguardaban mi visita clandestina unas fascinantes figurillas mexicanas, diminutas y perfectas, con sus atuendos charros; dos de ellas, inverosímilmente instaladas en una nuez, hacían brillar sus ojitos -sendos puntitos negros sobre blanco- sobre su oscura tez aborigen. Había también un pequeño elefante de marfil; o tal vez eran dos, uno blanco y otro negro, hecho éste de alguna pasta nocturna y resbaladiza. Todos aquellos seres estaban allí, como suspendidos en el aire sobre el cristal de las repisas, y se dejaban tocar, o al menos eso parecía: abanicos de telas multicolores y varillaje con reflejos de nácar, miniaturas con efigies de damas y niños desconocidos; y más cosas. Cosas que trato en vano de volver a ver en la lejanía de la memoria sin lograr reconstruir más que su hueco, la forma deliciosa e incitante de su ausencia. Todo parecía yacer en su muda inocencia; pero cada objeto ocultaba su propósito de venganza por mi intromisión. Los elefantes producían un chasquido seco y frío al volverlos yo a depositar sobre el cristal de la vitrina; los indiecitos mexicanos se dejaban decapitar con una facilidad asombrosa, sin duda sólo por aterrorizarme. Y nada se diga del piano, cuya tapa con frecuencia levantada me mostraba su teclado como una atroz e hipócrita dentadura: cada tecla resonaba como un grito punzante, y al menor descuido por mi parte aquella caía con estrépito, con auténtico fragor, y rompía el silencio en añicos como un trueno. Me parecía imposible que la casa entera no se conmoviera y que nadie acudiera a averiguar la causa del estruendo (cosa que a decir verdad no dejó de acontecer más de una vez).

En la salita había también un mueble que me atraía con su prestigio suntuoso: una consola de preciosas maderas taraceadas sobre la que descansaban verdaderas porcelanas chinas, unos tibores que jamás me atreví a tocar; me lo impedía el espeluznante presagio de su fatal destrucción si ponía mis manos sobre ellos. Pero dentro sí que había cosas que se dejaban tocar: cajas con instrumentos musicales, entre otros un violín que el abuelo había hecho traer de Italia con el propósito de que aprendiera su manejo alguna de sus hijas. Me sentía como hechizado cuando trémulo de emoción lo cogía entre mis manos, lo sostenía con mi izquierda apoyada en el mentón y empuñaba con mi derecha su arco, imitando el mágico ademán que tantas veces había visto llevar a cabo. Pero la esperada melodía no llegaba nunca a producirse; en su lugar lo que llegaba a mis oídos era un

destemplado y áspero maullido que se desvanecía prestamente en el aire como una voluta irrisoria. Era evidente que aquel artefacto no era dócil a mi requerimiento. Ninguna cosa era allí dócil. Me sabían culpable y se dejaban coger, yertas, lejanas, sin abandonar su rigidez, aguardando el instante propicio para resbalar de mis dedos inexpertos, como peces que se escabullen al tiempo que nos miran con su ojo perplejo y redondo.

Pero donde se agazapaba lo imprevisible era en las miradas que se multiplicaban desde los cuadros, los grabados o las innumerables fotografías guardadas en cajas de cartón en la consola. Sentado en la alfombra el niño repasaba una y otra vez, en cada una de sus incursiones furtivas en la sala, aquella serie inagotable de rostros ignotos y familiares al mismo tiempo, los caballeros con pantalones estrechos, cuellos altos y poblados mostachos, las damas con sombrillas de larguísimos mangos, sombreros hasta las cejas, velos misteriosos, amplias pamelas de las que colgaban larguísimas bandas, talles estrechos y subidos y vestidos de rozagantes retaguardias y colas que arrastraban peldaños abajo de inmensas escaleras bordeadas de palmeras. Sin duda una población excesiva que le miraba de hito en hito; demasiada gente que parecía aguardar no se sabía bien qué y ante la que se experimentaba algo que no tenía aún nombre, una suerte de perplejidad frontera de la conmiseración y del sentido del ridículo. En cambio, los dos abuelos, retratados en gran tamaño en sendos cuadros el uno frente al otro a los lados de los antepechos del mirador, suscitaban en el chiquillo una honda emoción: no había conocido al abuelo, prematuramente desaparecido bastantes años antes de que él viniera al mundo, pero la casa, la vasta mansión familiar que había levantado a su regreso de Cuba, conservaba aún múltiples vestigios de su paso. En cuanto a la abuela, que habría de sobrevivirle a lo largo de muchos años, estaba allí también, con su perfil perfectísimo, mirando, como su marido, a algún punto del horizonte. La emoción que el niño sentía era tranquilizadora: admiración por los fundadores de su estirpe, la próspera fortuna de otros tiempos y la solidez de los actuales; el mundo estaba bien hecho y todo lo que le rodeaba se hallaba sostenido por divinidades propicias. De otros fantasmas turbadores el niño aún no sabía nada.

Pero en otra pared, junto al piano, lo que se cernía era la inminencia de una amenaza. Se trataba de un siniestro personaje asomado a su grueso marco dorado; embozado simultáneamente en su negro ropaje y en lo negro del fondo, su nariz, inquietante y enrojecida, parecía husmearme, y su aviesa mirada se posaba fríamente sobre mí. La sentía como una mano yerta suspendida en el aire sobre mi nuca, mientras yo procuraba distraerme mirando a otra parte. Para mí resultaba indudable que de un momento a otro se despegaría del cuadro y me asiría del cuello para arrastrarme consigo a su otro mundo, más allá de la pared. Traté de desviarme de la dirección de

sus ojos corriendo hacia los rincones que presumía se hallasen fuera de su alcance, pero cuando me atrevía a mirar de nuevo hacia él, volvía a encontrarme con sus pupilas impasibles, inyectadas en quietud y distancia. Su poder maléfico fue agigantándose; empecé a sentirme inmovilizado por el pánico, como las alimañas en el bosque, hasta que, reuniendo todas mis trémulas energías, salí de mi último escondite y hui de la sala. Andando el tiempo vine a saber que se trataba de una reproducción de la cabeza del Menipo de Velázquez.

Si nunca se sabía de antemano el resultado de un encuentro con las miradas de los personajes de los cuadros, si aquella población silenciosa lo mismo podía mostrarse amistosa y acogedora que reprobadora y malévola, lo misterioso se espesaba aún más en el fondo de los espejos, de los muchos espejos diseminados por las varias habitaciones llenas de armarios, de aguamaniles y de cómodas, cada uno de estos muebles con su espejo correspondiente, donde al asomarse, uno no sabía nunca qué sería lo que iba a aparecer a su espalda. Porque cuando uno se mira en un espejo, lo sorprendente no es nunca uno mismo, sino lo que acecha detrás. Yo aguardaba siempre, trémulo de emoción, que alguna puerta se abriera, porque las puertas cerradas que miramos a nuestra espalda son siempre puertas que están a punto de abrirse. Nunca se abrieron, y por eso el misterio permaneció siempre intacto. En cuanto a los armarios y los innumerables cajones, era yo quien los abría uno tras otro. En la casa de la abuela no se sabía que resultaba más prodigioso, si que hubiera tantos armarios y cajones, o que éstos estuviesen siempre llenos de cosas. Había habitaciones de paso entre alcoba y alcoba donde no se veía más que armarios y puertas, y en medio aquel curioso mueble al que llamaban confidente Y luego las cosas...

¡Dios mío; cuántas cosas! Eran tantas, que cuando se abría un armario o un cajón, las cosas rebosaban, se salían por su propio impulso, era como si algún ignoto resorte las lanzara al exterior, tal vez enervadas de su forzada inmovilidad de años, y luego el aprendiz de brujo que yo era no daba nunca con la fórmula para hacerles entrar de nuevo en su sitio debido; parecía que mientras tanto se habían multiplicado, que sobraban, que acabarían reptando horriblemente escaleras abajo como una invasión tropical y monstruosa. ¡Y que cosas! Docenas de cuellos duros, sombreros de paja de los llamados “de galleta”, bastones, botines, levitas; y vestidos de mujer, innumerables vestidos, extraños, inmensos, de tactos imprevisibles: sedas, tules, muarés, muselinas. Cada objeto de aquellos evocaba un espectro; se correspondía con alguno de los personajes que yo había visto en las fotografías familiares. El pasado regresaba, convocado por mi curiosidad; una reunión de sombras con ritmo de Habanera y violentos aromas coloniales, “belle époque” provinciana y felices años veinte...

El chiquillo del que a veces todos parecían haberse olvidado no era precisamente un solitario introvertido. Pero había descubierto el sabor de la soledad, la maravillosa pendiente que conducía sin esfuerzo a los parajes en los que él era él mismo y podía sostener con lo que le rodeaba un interminable coloquio sin palabras. La luna del armario, como un lago sin oleaje, le devolvía su propio rostro expectante. Y el niño ensayaba aspavientos y posturas, o se probaba disfraces ideados con aquellos atuendos para él tan llamativos. Disfrazarse ante el espejo equivalía a inventarse como otro que le miraba a uno mientras uno mismo miraba a aquel otro que era uno mismo.... Pero, uno mismo, ¿dónde estaba en realidad? Se sentía como un desvanecimiento, como un vértigo ante la indecisión de la propia identidad. Y entonces, algo desconocido y sin nombre ni rostro crecía a espaldas del niño y le amenazaba con establecerse en su lugar como un impostor, vedándole para siempre el retorno al mundo de los demás. Me veo todavía volviendo a introducir apresuradamente en los cajones todo lo que había sacado, saliendo aturdido de la habitación y lanzándome como una exhalación escaleras abajo.

Las que acabo de relatar eran experiencias que transcurrían en ámbitos cerrados, en habitaciones en desuso escasamente ventiladas. Había un momento en que la dosis de soledad se había vuelto ya demasiado pesada, gravitaba en exceso sobre los sentidos, y el chiquillo emergía de nuevo al mundo exterior, como el buceador que abandona las profundidades una vez agotada su capacidad submarina. Fuera, en el jardín, en la huerta, aguardaba la compañía de todas las cosas sorprendentemente vivas: los animales, los pájaros, los insectos, los árboles, el viento. Y en el viento viajaban los ruidos, iban y venían los deliciosos y excitantes sonidos que acompañaban la vida: cuando me llamaban a comer, cuando se oía la campanilla de la verja, cuando al mediodía escuchábamos la quejumbrosa trompetilla de la panadera. Estaban luego los rebaños de ovejas de la primavera, que apresuraban sus pasos menudos por la carretera y dejaban oír sus balidos; los carros de ejes de madera que bajaban del monte cargados de brezo o regresaban de los prados bajo las moles de hierba recién segada, lanzando al espacio su estridente chirrido; o los mugidos de las vacas. Por las mañanas, el alboroto de los pájaros en las altas palmeras del jardín que sólo se detendría al ponerse el sol, como con un súbito sobresalto; en pleno día y por la tarde, los ecos de la serrería de Ernesto, los timbres de las bicicletas y las voces de los transeúntes; y cuando todos los ruidos se apagaban, el río lanzaba a la noche su voz potente y sostenida, instalada como una divinidad invisible y omnipresente sobre las copas plateadas de los árboles bajo la luna llena y sobre el relente de los campos. El niño se asomaba sigilosamente a la ventana del cuarto de baño, antes de

irse a la cama, y su oído iba seleccionando con todo esmero los matices de la sinfonía nocturna hasta alcanzar a percibir -limpísimo, agudo, lúgubre y hasta un tanto siniestro- el grito cimero del cárabo.

Yo había descubierto un procedimiento para sentirme tan libre como el viento sin necesidad de salir de la finca: subirme a los árboles. Entre sus ramas -o “quimas” como allí se las llamaba- a varios metros del suelo uno podía sentirse ascendido en la atmósfera azul y sonora. La proeza de escalar sus troncos y esconderse en su follaje equivalía para el niño a ausentarse hasta una distancia incalculable del bajo mundo sublunar: las cosas cotidianas se veían desde allí arriba inmensamente lejanas, triviales y desdeñables. Estaban por supuesto los frutales, perales, manzanos, melocotoneros, nísperos, higueras o cerezos, cuyos productos se hallaban rigurosamente prohibidos al chiquillo. Pero su árbol predilecto era el avellano gigante, o que así se le aparecía a él, entre cuyas hojas se escondía, montado a caballo sobre una gruesa rama, dejando columpiarse sus piernas y vagar su imaginación. Esa imaginación infantil que inventa el universo y sus atractivos con la necesidad que experimenta de libertad y de belleza, y de la que siguen luego viviendo, aunque no lo reconozcan, los adultos que aún encuentran este mundo medianamente tolerable. Así que lo que yo hacía era soñar despierto; segregar de mi fantasía las aventuras de un héroe solitario que era yo mismo, completando así para mi propia satisfacción las insuficiencias de los relatos que había leído o visto en el cine. Sólo regresaba de mi expedición cuando me llamaban a gritos para la merienda o simplemente venía alguien en mi busca por la huerta porque hacía tiempo que habían empezado a echarme en falta.

Pero a veces me aburría. Sobre todo, si hacía mal tiempo y cuando anochecía y el paisaje quedaba reducido al reflejo de mi rostro en los cristales de la galería. En ésta, sentado ante la gran mesa redonda que la presidía, hacía yo mis deberes escolares de chico, moderadamente aplicado, con prisa por volver a mis libros de aventuras, a mis “tebeos” y a mis sueños. La noche había caído ya, arrebatando de mi vista los tejados de las casas cercanas, las copas de los árboles junto al río, la línea cimera de los montes y los contraluces del ocaso. Yo me quedaba abstraído ante mi imagen lejana en el vidrio, y entonces empezaba a escuchar el tenue tableteo de la lluvia y las gotas que se deslizaban sinuosamente cristal abajo. Si el vendaval arreciaba, se intensificaba el ritmo del tableteo, el deslizamiento del goteo se convertía en vertiginoso cortinaje, y percutían los bastidores con estrépito. Me quedaba quieto, anhelante, ligeramente intranquilo. Al paso del nubarrón tal vez reaparecía la luna que plateaba sus perfiles y devolvía al paisaje empapado su blancura irreal. Y mientras tanto llegaban a mis oídos desde el piso inferior los ruidos familiares de la cocina o de las visitas que se despedían en medio de una confusa algarabía. Era la

hora esperada de “las camas”, curiosa ceremonia que llevaba a cabo la doncella de turno, seguida de cerca por mí, consistente en abrirlas efectivamente al tiempo que se llenaba de agua los depósitos de los tocadores y se aderezaba las alcobas. En cada habitación las tulipas teñían las paredes, los muebles y aun las sobrecamas y las alfombras con su luz peculiar y tamizada, rosácea, azulenca o dorada. En la tenue claridad que esparcían las lámparas, el tacto de los edredones de pluma o de guano parecía más suave, las alfombras más silenciosas, la cabeza de tigre de la piel que yacía en el centro del gabinete de una de mis tías más impresionante, con sus fauces abiertas y una lengua de cera que se movía dentro de ellas, los destellos de los servicios de agua de cristal tallado en las mesitas de noche más brillantes, y el tic-tac de los despertadores más acogedor, más íntimo. El niño de ocho años no era tampoco insensible al encanto que emanaba de brazos y piernas desnudos de la muchacha, de su escote amplio, de sus labios húmedos, de su olor púber, de su conversación jovial.

Luego, el intruso regresaba al mundo de los adultos donde se requería su presencia para despedir a las visitas que aún no se hubiesen marchado, y los acontecimientos domésticos se precipitaban hasta que el chiquillo subía de nuevo a su habitación para acostarse. Volvía a estar solo, y era tal vez entonces cuando se sentía también solo, por primera vez en el día, y se acordaba de vosotros. Estabais en la ciudad y no vendríais hasta la celebración de alguna fiesta familiar o hasta las Navidades. Pensaba en vosotros con ternura, tal vez empañada por una tristeza que no sabía que lo era. Porque me sentía dichoso, aunque lejos de vosotros y de mis hermanos, disfrutaba de un mundo ancho y que reputaba propio, y en definitiva, si cada noche antes de dormirme dedicaba unos minutos a una fugaz congoja sin nombre, era el precio que debía pagar por mi libertad casi ilimitada, por los espacios en que navegaban a sus anchas mi sensibilidad y mi imaginación, por el sonido del viento entre las hojas de los árboles, por la noche estrellada, por las montañas grises o azules, por la lluvia y por el sol.

3. AQUELLA CASA

Vivíamos en la ciudad; en la capital. El niño advirtió muy pronto el prestigio que le daba entre sus compañeros el hecho de vivir en la capital. Entre aquellos compañeros del colegio pueblerino, hijos de campesinos los más de ellos, algunos bastante brutos, la mayoría toscos y sin gracia, unos cuantos atrayentes y realmente amistosos. Desde que os casasteis habíais ido peregrinando por distintos domicilios, siempre pasajeros, hasta dar con el que iba a resultar el definitivo, donde habríais de vivir el resto de vuestras vidas y vuestros hijos una buena parte de las suyas. El primero estuvo en un piso de la calle del Sol, en su tramo inicial y en pendiente, a la izquierda según se sube desde Puertochico. Su nombre se debía al hecho de que el

sol daba en ella de pleno desde que amanecía, prácticamente durante todo el año, a causa de su orientación. El segundo fue un chalecito en Canalejas, paredaño del convento de las Bernardas, cuyas alegres campanas madrugaban a despertar el barrio. Luego vino el tercero, en el Alto de Miranda, chalé que compartimos con tía Luchi, por lo que lo bautizasteis como “Villa Hermanos”. Y no mucho después, sin duda porque los hijos íbamos en aumento, emigramos al Paseo de la Concepción -que así siguió llamándose bastantes años después de habersele sustituido su nombre por el de Menéndez Pelayo- a otro chalet, el 48, del que recuerdo sobre todo su torrecilla y su escalera de caracol. Ya no existe; lo demolieron hace bastante tiempo. Y, por último, una tarde de comienzos de primavera, me veo a mí mismo, con mi hermana menor de la mano, descendiendo un tramo de paseo hasta el número 38, y penetrando los dos, nerviosos, emocionados, en la que iba a ser nuestra casa, la casa de nuestra vida con vosotros. Oh prodigio; íbamos a tener un cuarto para nosotros solos. El balcón se abría a los tejados de las casas de pescadores de Tetuán, a la bahía y al horizonte de las montañas. Y lo que nos dejó extasiados fue el friso infantil que corría a lo largo de las cuatro paredes y que representaba historias de Pinocho.

Pero las casas tardan en convertirse en lo que acaban por ser. Es preciso que nos vayamos haciendo a ellas, al mismo tiempo que se diría que ellas se van haciendo a nosotros. Hay un día en que empezamos a vivir en ellas, en que se inicia nuestra familiaridad con sus dimensiones, con los tramos de sus escaleras, con la claridad que desciende tamizada desde la vidriera de lo alto de su hueco. Más adelante, cuando yo regresara de Comillas al acabar el curso, cada verano tendría que empezar por corregir mi percepción del espacio acomodando mi estatura a su ámbito aparentemente empequeñecido: no sólo porque me había acostumbrado a una arquitectura de mayor formato, sino porque entretanto había yo crecido y me sentía extraño al entrar en el recibidor o en el despacho; extraño y torpe, como dentro de mi traje del año pasado, que no había vuelto a ponerme desde hacía meses a causa del uso habitual de la vestimenta talar. Y hay otro día en que las abandonamos, en que salimos de ellas por última vez, cruzando sus umbrales, descendiendo sus escaleras hacia el jardín. Y luego la casa vacía reaparece en nuestros sueños, resonante como un inmenso caracol marino que nos acercamos al oído para escuchar el estremecedor rumor de la resaca.

Sólo que aquellos chiquillos exultantes que éramos mi hermana y yo mientras recorríamos la casa recién estrenada, desde el sótano hasta la azotea, teníamos ya otra, mucho más grande, prestigiada a nuestros ojos por el hecho de su lejanía y su no cotidianidad, paradisiaca ilusión de nuestras vacaciones. Era la casa de la abuela, de abuelita Lucía, como la llamábamos. Era Guriezo. Desde esta lluviosa tarde de domingo en que escribo, vuelvo

a verme sentado en el ribazo tapizado de césped, delante del panteón donde descansan vuestros despojos y mi memoria dolorida. ¿Os acordáis de aquella excitación que se apoderaba de los niños cuando una vez coronado el alto de Candina iniciábamos las curvas que descienden hacia el Pontarrón, después de haber avistado entre los eucaliptus la playa de Oriñón y la desembocadura de la ría del Agüera al pie de las escarpaduras de la peña de Cerredo? Yo no sólo la recuerdo, sino que la revivo cada vez que vuelvo a los mismos parajes cada verano.

Desde Santander, en los días despejados podía divisarse el pico de las Nieves en la última lontananza, hacia el Este, por donde apuntan los montes de Vizcaya. Allí estaba Guriezo. Aguardábamos, expectantes, la aparición de la abuela, acompañada por alguna de las tías solteras, en su Renault azul oscuro conducido por el bueno de José. La casa se llenaba de gente y de paquetes; tía Luchi y los primos venían también desde Miranda, y los pequeños nos beneficiábamos del tumulto de los mayores, como los pescadores en un río revuelto. Cuando los viajeros se disponían para el regreso, después que se habían efectuado todas las compras y encargos, era ya tarde y a veces incluso había anochecido.

Todos queríamos ir a Guriezo; y yo en particular fui muchas veces y pasé allí temporadas prolongadas. De hecho, en el colegio de los maristas cursaría primaria; me parece que sus tres cursos. Antes de arrancar se nos volvían a repetir las últimas recomendaciones: ser buenos y obedientes, comer de todo sin protestar, lavarse bien por las mañanas. Y tras una despedida que al niño le parecía interminable, se iniciaba el viaje. Poco después, entre la oscuridad que invadía el paisaje y de la que sólo emergía la zona sucesivamente iluminada por los faros del automóvil, la monotonía del ruido del motor y la conversación de los mayores que languidecía por momentos durante el trayecto, me quedaba dormido. La soledad de la carretera se volvía temerosa; se hablaba de sucesos recientes, acaecidos durante la guerra civil; las voces se convertían en un siseo cuando pasábamos por el alto de Jesús del Monte, junto a cuya ermita se había asesinado a gente. Acurrucado bajo la manta de viaje en el cálido regazo del centro del asiento trasero, yo dormitaba como mecido en una corriente ingravida; sobre mis párpados entre cerrados se deslizaban espectros de imágenes: reflejos de los faros sobre el follaje de los árboles, sombras que pasaban de través, voces que surgían súbitamente y se deshilachaban cuando atravesábamos por entre las casas de un pueblo, alteración de la resonancia del motor bajo la arquería metálica del puente de Treto, destellos en el oleaje de la ría, luces urbanas de Laredo que iluminaban intermitentemente el interior del vehículo mientras transitábamos por sus calles estrechas. Y luego Liendo, y poco después las agrestes soledades de Candina. Más tarde, los sobresaltos del semisueño se apaciguaban al

saberse el chiquillo acogido por una geografía familiar bien conocida por otros viajes en horas diurnas. Y al fin me despertaba -o me despertaban- cuando en el súbito vacío producido por el silencio del motor se precipitaba como un torrente el ladrar desaforado de Tom. Habíamos llegado. Alguien estaba abriendo la verja; alguien más aguardaba en la puerta; había luces sobre la verja y en el recibidor que en la oscuridad del jardín señalaban la ruta hacia lo entrañable. El sueño había acortado el tiempo, pero había alargado la distancia hasta volverla literalmente infinita. Siento aún en mis mejillas encendidas por el tibio ambiente del interior del coche la humedad fresca y contrastante del relente nocturno. Estaba en otro mundo. Y el niño, luego de haber pasado de unos brazos a otros y haber sido concienzudamente besado, se lanzaba a comprobar una vez más la persistencia y los accidentes de aquel universo: a la izquierda del recibidor la salita de música, a la derecha la salita rosa; una vez pasada la mampara de cristales, la puerta de la cocina a un lado, al otro la del comedor, y en medio el arranque de la escalera alfombrada, con su bola de cristal dorado en el comienzo del pasamanos. Arriba le aguardaban las habitaciones del primer piso: la galería enorme en que transcurría una gran parte de la vida familiar cotidiana, los gabinetes de la abuela y de las tías y el cuarto del mirador y el de la esquina, alcoba misteriosa, de muebles macizos y oscuros, en la que varios de nosotros y de los primos habíamos nacido. Pero el chiquillo subía sin detenerse al piso segundo y volvía derecho al cuarto en que sabía que había nacido él. Aquel dato exclusivo le llenaba de extrañeza; abría la puerta y se quedaba inmóvil, pasando la mirada de uno a otro mueble, paralizado por la oscura emoción del encuentro con sus propios orígenes.

La habitación se orientaba al nordeste. Por el antepecho que daba al norte se veía el corral, con sus dependencias: el lavadero, la cocinilla en que se ahumaban los chorizos, las cuadras, el garaje, la carpintería. Sobre las tapias, a las que se asomaban varios membrillos, se podía ver el jardín y la fachada rosada y marchita de la casa de don Pancho, y a lo lejos los montes que cerraban el valle hacia el lado del mar. Al Este se abría la puerta que daba a un amplio balcón poligonal; abajo se extendían los árboles del jardín, los magnolios, las palmeras y enfrente el bosque de la abrupta ladera de Rauderas, pinos y eucaliptus, que parecían abalanzarse hacia la casa. En las mañanas del verano el sol se retrasaba sobre la cumbre, y sus primeros rayos se filtraban apenas por entre los troncos de los árboles cuando ya estaban caldeando el paisaje del lado del mediodía.

Pero tal vez el chiquillo no hacía nada de todo lo dicho; se limitaba a saberlo mientras le daban de cenar a duras penas y se dejaba luego llevar en volandas a su cama, que era siempre una cama demasiado grande, la humedad de cuyas sábanas le traspasaba de escalofríos hasta que su propio

cuerpo irradiaba los grados de temperatura suficientes para sumirse en el abismo de un sueño tibio y delicioso que habría de prolongarse hasta bien entrado el día. Hasta que la claridad empezara a deslizarse bajo sus párpados cerrados, y los ruidos de la casa y los ecos del exterior se abrieran paso hasta su percepción insinuándose por entre las equívocas siluetas de sus excursiones oníricas. El niño había descubierto el placer de advertir la extensión relajada de sus miembros entre las cálidas sábanas a la vez que se sabía a sí mismo soñando: desde las balconadas del sueño y sus ingrátidos aconteceres se asomaba al mundo de los sentidos, y la realidad de éste llamaba a las puertas del sueño sin quebrar la frágil superficie de su cristal que se coloreaba mientras tanto con todas las irisaciones de aquel. Era como una existencia dual e impune, que se beneficiaba de las incitaciones de ambos mundos sin que las imperfecciones y roces del real pudiesen alcanzarla, ni las evanescencias del onírico tuvieran capacidad para desleírla en la música de lo inexistente.

El niño se despertaba al fin; cuando la melodía de luces y sonidos acrecentaba el volumen e imponía su presencia hasta no poderse ignorar por más tiempo. Su habitación daba a la galería; cuando el niño se asomaba a comprobar la persistencia de las cosas, éstas estaban allí, como animales domésticos que aguardasen los ademanes posesivos de su dueño. En el prado de Amelia San Martín las vacas pastaban sumidas en su sosiego matinal; el vasto paredón grisáceo, atravesado tan sólo por pequeños ventanos, de la casona oscurecida por las humedades del norte, contrastaba con el verde de la campa. Al fondo, hacia la derecha, se adivinaba más que se veía el tejado del molino, oculto bajo el follaje de los castaños. Y más arriba, las laderas hacia San Sebastián y el barrio alto de Landeral, con la corona sobre el azul del cielo del pico de las Nieves, o los montes del lado de Ampuero. Por la parte de atrás de la casa, hacia el poniente, la finca se extendía hasta la orilla del río. Era la “huerta”. En su primera mitad, efectivamente, había numerosos árboles frutales -melocotoneros, perales, ciruelos- y cuadros donde crecían hortalizas y legumbres. Bajo la arquería metálica del emparrado corría un camino de cemento que llegaba hasta la tapia que dividía la primera mitad de la finca de la segunda, dedicada al maíz y cuyos árboles eran principalmente manzanos. El portón de acceso a ésta se hallaba sombreado por un inmenso avellano entre cuyas ramas gustaba de esconderse el chiquillo para vivir a solas sus aventuras. Una mesa de madera recubierta de zinc, sostenida sobre un ancho poste, y sobre la que el árbol dejaba caer sus hojas secas y sus frutos maduros, parecía un altar consagrado a alguna divinidad campestre y olvidada. En muchos rincones crecían matas de fresas silvestres que el rocío mantenía húmedas gracias a la umbría. Y al fondo, en el ángulo mismo donde la huerta acababa, una puertecita de hierro, una suerte de verja enrejada, protegida por una

vasta losa que la cubría, daba paso al estrecho camino que, una vez dejado atrás el minúsculo puentecillo sobre el cauce del molino, seguía toda la orilla del río, bajo la oscura bóveda de los árboles, hasta desembocar en la carretera que conducía a la Magdalena, junto al robusto puente de piedra. Toda aquella zona de junto al río era como un ámbito encantado, un reino de sombra y quietud. En el cauce del molino el agua parecía inmóvil; las plantas acuáticas apenas si cabeceaban imperceptiblemente sobre el lecho de arena limpia y brillante; en el fondo sólo se movían los renacuajos, mientras en su superficie navegaban insectos zancudos o rozaban su lisa lámina las libélulas. La corriente del río dejaba escuchar su voz persistente entre las piedras que el sol del verano calentaba, al mismo tiempo que la brisa cantaba en el follaje: avellanos silvestres, saúcos, arces, fresnos y abedules elevaban sobre el agua su arquitectura estremecida; y el verdor de los helechos adensaba su humedad inquietante bajo la que reptaban criaturas invisibles que sólo se dejaban adivinar en el escalofrío que suscitaba la presteza de su huida.

Durante el invierno solíamos mantenernos alejados de sus márgenes. Pero cuando la primavera regresaba a sus orillas, Pedro y yo convertíamos el río en uno de los centros preferidos de nuestros juegos. La superficie lisa y oscura de la presa nos inspiraba un cierto respeto; en cambio nos habíamos familiarizado con los pozos poco profundos que el agua formaba en su caída y nuestra imaginación transformaba en rápidos las desigualdades de la corriente entre los cantos rodados y las raíces informes al descubierto. La incierta navegación de un pequeño balandro nos entretenía durante horas, descalzos y radiantes, hasta el mediodía, durante las pesadas horas de la siesta, y luego hasta el atardecer, cuando ya el sol se ocultaba, se adensaban las sombras y la húmeda soledad del paraje nos sobrecogía hasta que empezábamos a sentirnos como unos intrusos observados en silencio por la mirada innumerable del crepúsculo. (Por cierto, Pedro, Pedrito Zarco, que la misma edad había unido a mí para siempre, vivía en la finca frontera, la de su abuelo don Pancho. Ya hablaré de nuestras correrías...).

Todos los veranos peregrino de nuevo a la casa en que nací y se deslizaron los años y las horas de aquella dicha primigenia. Tal vez se trate de la caída -la recaída, mejor dicho- en una tentación peligrosa. ¿Qué es lo que busco? Lo más probable es que esté tratando de encontrarme por alguna parte con ese niño que me mira desde las fotografías de entonces sin acabar de reconocerme. A veces pienso que el paso del tiempo me ha abandonado en el presente como en una playa solitaria, que en realidad somos los restos de un naufragio, lo que queda tras los días felices, tras tantas lluvias y llantos, tras la sucesión implacable de las estaciones y los años que han ido paulatinamente convirtiendo el sol de cada nueva mañana

en un planeta cada vez más empañado. ¿Dónde estáis prodigiosos seres que resplandecíais de verdad y ternura mientras inclinabais hacia mí vuestros ademanes solícitos como el ramaje benévolo de los árboles del paraíso? Sólo quedan en pie, sólo persisten las cosas inertes, a veces minadas también por la decrepitud, las sensaciones que me permiten una asociación familiar, los ecos de voces apagadas, la vibración de un soplo de aire transitorio.

Salvo que una lluvia persistente la haya mojado, la verja produce el mismo chirrido; aquel chirrido exactamente. En los ladridos frenéticos del mastín que se lanza hacia mí como una exhalación, y cuya inequívoca actitud de desconocimiento me aconseja aguardar a que alguien de la casa acuda a franquearme la entrada, escucho aquellos mismos ladridos del Ton, que sí me conocía y se tranquilizaba en cuanto respondía a su saludo. Atravieso el jardín, subo las escaleras, entro, paso frente a la puerta entreabierta de la salita, frente al comedor, me lanzo al primer piso y luego al segundo, asomándome a cada habitación, salgo a la galería y a los balcones: a veces las cosas desaparecidas están allí donde estuvieron con una densidad y una consistencia más persistentes que las que ocupan su lugar; el pasado se sobrepone al presente y lo relega al distrito subalterno de la banalidad.

Estos árboles frutales de la huerta de atrás, con sus ramajes quietos en la atmósfera de agosto en que zumban los insectos, sumidos en la cálida pesadez de la hora de la siesta, ya no son los de entonces, sino sus espectros, un espejismo del tiempo pasado en este instante de hoy. La verja está medio devorada por la herrumbre; la maleza ha acabado por apoderarse de este rincón olvidado. De vez en cuando, un como amago de brisa que viene del río pasa de árbol en árbol y estremece al unísono sus hojas como un escalofrío sobre la piel de un animal dormido. Apenas si se escucha al fondo, en pleno estiaje estival, la voz disminuida e impertérrita del caudal del agua que se derrumba en la presa cercana. Todo es y no es a la vez; aquella hora del ayer remoto, y esta hora del hoy que aún parece palpable. Conozco muy bien al chiquillo de nueve o diez años que emerge presuroso de entre los maíces crecidos, con su pelo liso sobre los ojos y su escopetilla de aire comprimido, despegándose de la cara, entre manotazos y risas, los hilillos de las telarañas. Y detrás aparecen el rostro juvenil y la mata rubia de tía Pilar. Trae una llave, y entre los dos forcejean tratando de abrir la verja. Cuando al fin cede, entre chirridos, salen al puentecillo sobre el cauce del molino. La tarde resplandece.

4. LAS OTRAS CASAS

He aprendido a juzgar de la profundidad de las raíces que las personas, las cosas o los parajes han dejado en mi corazón por la frecuencia con que reaparecen en los sueños, por el tirón y el desgarramiento que sufro como en un oscuro sustrato de mi ser más íntimo, sumergido bajo el paso de los

días y que al despertar se me ofrece como un barro agrietado. Es el verano; me hallo en la orilla del río, penetrado por la frescura que asciende del agua que corre y que desciende desde el follaje. Por entre los troncos de los árboles, ahogada en la violenta luz del mediodía, columbro la lejanía de tejados de un rojo sucio entre más árboles sobre los que desciende la inclinación de los montes del fondo. En medio se extiende una vasta campa, la llosa, donde amarillean las cañas de los maizales. Aquellas casas de muros oscurecidos por el sol que los cuece, inhábil para acabar con sus humedades, es La Magdalena. Y ese nombre resuena como un latido. Camino junto a mi padre por el estrecho senderillo que bordea el río y su soto de sombras hasta desembocar al lado mismo del puente de piedra de la carretera sin asfaltar que nos llevará hasta el barrio. Aquel barrio donde él había nacido y a donde con tanta frecuencia solía conducirme.

Bajo el sol del mediodía la carretera polvorienta se le volvía al niño interminable; tal vez la impaciencia le resultara más insufrible aún que los ardores solares. Íbamos a casa de tía Aurora, la tía de mi padre, que compartía la vivienda con su hermano mayor, Manuel, y su mujer, Teresa; tía Teresa para los niños, Teresuca para los mayores. Íbamos a comer y decir que íbamos a comer donde tía Aurora equivalía a una promesa de dicha y tal vez de subsiguientes e ingratas derivaciones digestivas. Para que fuéramos a La Magdalena no era preciso que mediara ninguna clase de invitación; en realidad estábamos siempre invitados mis hermanos y yo. Tía Aurora derramaba sobre nosotros todas las predilecciones que las mujeres solteras han solido en tantas familias emplear generosamente sobre los hijos de sus hermanos o sobrinos, en definitiva, sobre los hijos que no tenían. Maravillosas, prodigiosas mujeres, queridísimas -tías carnales, tías segundas o tías abuelas: expresiones todas ellas que a los niños nos dejaban un instante de perplejidad- que circundaron de ternura nuestra niñez y a veces de tremendo amor desalentado nuestra adolescencia y juventud fatalmente despegadas. El caso es que cualquier oportunidad era buena para que fuésemos a La Magdalena; desde luego cuando se celebraba la fiesta del barrio, ya que además tía Aurora era la “santera” o cuidadora de la iglesita titular de la santa pecadora y arrepentida. Pero era prácticamente obligado que recaláramos en La Magdalena mi padre, mi hermano mayor y yo cuando regresábamos de alguna de nuestras correrías de caza o de pesca. Recuerdo que una tarde de septiembre, en que la lluvia había venido a obstaculizar nuestros propósitos cinegéticos, la sola vista de la higuera que levantaba su frondosidad junto a los muros de la casa hizo que nos olvidáramos de nuestra frustración y nos esquiláramos con presteza. Papá sonreía enigmáticamente desde abajo. Se hubiera dicho que el sufrido árbol, sobre cuyas ramas habíamos cabalgado tantas veces, se vengaba ésta de nosotros. Al principio fue algo así como un insólito cosquilleo;

cuando subimos algo más arriba, el cosquilleo se convirtió en alarmante calambreira: no había manera de mantenerse quietos y menos de tocar un solo higo. La higuera, cuya cima rozaban unos cables eléctricos, se había convertido en un magnífico elemento transmisor bajo los efectos de la lluvia. Tuvimos que descolgarnos más que de prisa y una vez en el suelo comprendimos la hilaridad de papá, en posesión desde hacía tiempo del insospechado secreto.

Aunque no lloviera, la parte trasera de la casa orientada al norte rezumaba una humedad crónica; las tapias, el muro, en el que sólo se abrían exiguos huecos, ventanucos destinados únicamente a una precaria e infrecuente ventilación, el suelo de tierra apisonada, todo se hallaba ennegrecido y encharcado. Como lo estaba también el camino de carros que avanzaba a lo largo de la fachada lateral y se internaba en el barrio. La “solana” era otra cosa; daba a una especie de placita descuidada donde reinaba el sol desde por la mañana, calentando las ristras de pimientos y las panojas de maíz, las maderas de la doble balconada y los sillones de paja en que los chiquillos nos sentábamos a mirar las historietas de Zipi y Zape. Entre las pesadas ruedas de un carro de labranza y bajo la caja de un tílburí -negro y amarillo- inmovilizados allí por el desuso, crecía la hierba y dormitaban los innumerables gatos de la señorita Mari Cruz, la pintoresca dueña de la casa frontera. La vocecilla de la señorita rayaba el cristal del día como un solo de flauta para llamar a sus felinas criaturas o para advertir a tía Aurora de nuestras excursiones punitivas contra ellas. Nosotros afectábamos ignorarla; era un ser insignificante, una minúscula desgracia gesticulante y fronteriza -frente a nuestra dicha de existir y alborotar-.

Lo mismo si se entraba en la casa por el portón delantero que por el de atrás con lo que uno se topaba era con la tiniebla borrascosa habitada por los cerdos -que en la Montaña dicen chones-. Los niños nos quedábamos quietos a una prudente distancia, perplejos y sin alentar siquiera ante aquellas masas de las que se exhalaban tan brutales berridos mientras hocicos sonrosados y los ojillos como llorosos parecían desmentir la fiereza de sus dueños. Tía Aurora nos los enseñaba con evidente complacencia; su buen año era una promesa viviente de los formidables chorizos y morcillas cuya secreta fórmula sólo ella poseía. Pero nuestra impaciencia por el resto de la casa nos hacía abandonar enseguida aquellas moradas infernales y subir por la escalera de piedra a la primera planta, la reservada a las habitaciones de dormir, siempre con las contraventanas entornadas, lo que las sumía en una penumbra inalterable, y a la sala de recibo, silenciosa como un templo, que contemplábamos mudos de admiración desde la puerta y que sólo se usaba en las grandes solemnidades familiares. Su piano no había sonado desde los lejanos días juveniles en que una tía Teresa recién casada conservaba aún la afición cultivada en el colegio. Sus sillas,

sus butacas y sofás, cuidadosamente enfundados, parecían ofrecerse a una muda tertulia de sombras. Sobre unos cojines de vivos colores, en el centro de la alfombra, un pequeño ser atraía magnéticamente mis miradas ansiosas: el perrito popularizado durante los años treinta por los dibujos de Xaudaró. El hecho de que no me lo dejaran tocar lo convertía para mí en la imagen misma de un absoluto inalcanzable.

Pero era en la segunda planta donde transcurría la vida diaria. Un larguísimo pasillo la atravesaba de un extremo a otro. Del lado de atrás, que daba al norte, venían a quedar la cocina, todavía con su amplia campana ennegrecida por el humo, y el para nosotros extrañísimo retrete, cuya sede enmaderada tanto nos divertía. Su orientación y la estrechez de sus huecos al exterior hacían, esta parte de la casa, oscura, húmeda y triste. En cambio, del lado del mediodía todo se inundaba de luz. En invierno los rayos solares se reflejaban en las amplias maderas del pavimento, abrigadas por la limpieza y el uso. En verano, la solana cubierta preservaba de sus rigores la inmensa sala de muebles desvencijados. Pero lo que a nosotros nos enloquecía era la expectación de los múltiples hallazgos que los innumerables armarios, cajones y rincones de las dos alcobas que daban a la salita nos prometían. El paso de los niños por una casa deja de sí huellas singulares; y a los niños que vienen detrás les encanta redescubrir juguetes olvidados, criaturas del entorno infantil cuya existencia se detuvo antes de agotarse porque sus dueños las dejaron en cualquier sitio, precipitadamente, al abandonar los parajes de su propia niñez. Soldaditos de papel que no llegaron a ser recortados; muñecas de trapo cuyo atuendo se pasó de moda y cuya sonrisa vino a congelar el súbito abandono. No son seres muertos; tan sólo aguardan una nueva primavera para desentumecerse y reanudar su vida de ensueño. Y eso era lo que hacíamos nosotros con las señales de paso de nuestros primos, en realidad primos carnales de mi padre y mayores que nosotros, cuyo rastro seguíamos entusiasmados como las alimañas que en el bosque husmean las claves de tránsito de sus congéneres. Nuestros juegos devolvían su palpitación a aquellos seres efímeros, y tía Aurora, que era quien se ocupaba de nosotros en aquella casa, disfrutaba con nuestro alboroto y reía estrepitosamente al tiempo que desde la cocina se exhalaban los efluvios del succulento cocido que nos había preparado y un silencio de muchos meses se hacía añicos bajo el impacto de nuestro parloteo incansable.

El 22 de julio era la fiesta de Sta. Magdalena, titular de la iglesita y patrona del barrio. Desde por la mañana temprano empezaban a escucharse los cohetes. Había misa con sermón, y cuando salíamos del templo a la campa que lo circundaba, bajo la sombra de los esbeltos plátanos, resplandecía con los tenderetes de la romería y bullía de gente endomingada. Mi padre se detenía a saludar a sus numerosos parientes y conocidos; y yo, muy

apretado a él a causa de mi timidez, sentía que compartía el prestigio que le daba el hecho de vivir en la capital. Por otra parte, el tío Manuel era el secretario del ayuntamiento, y eso contribuía a realzarme notablemente ante mis compañeros de colegio. Tío Manuel era un solemne caballero bajo y ancho, de cabeza redonda, rostro jovial a la par que serio y cuello macizo apretado dentro del almidonado de su camisa. A los niños nos llamaba poderosamente la atención la agilidad con que montaba en bici a pesar del enorme suplemento ortopédico de una de sus botas. Era bondadoso e irascible a la vez, como no es infrecuente que lo sean los cojos, y recuerdo mi consternación al oírle soltar una blasfemia monumental en un instante de irritación. Entre sus varias habilidades se contaba la de relojero de afición, que no sé muy bien si alcanzaba a arreglar relojes o tal solo a desmontarlos con imperturbable parsimonia. En cambio, sí que componía en ocasiones el de la parroquia mientras mi padre y yo, al pie de la torre le indicábamos a gritos la posición de las agujas en la esfera exterior.

Poco a poco se había ido formando un corro en torno a mi tío Manuel y a mi padre. Lo formaban algunos parientes venidos de otros barrios, ya que los de la Magdalena celebraban la fiesta en sus casas respectivas. La cháchara de aquellos benditos señores parecía volverse eterna, al tiempo que se espesaba el humo de los cigarros bajo el follaje de los plátanos. Mientras tanto el aire se llenaba del chasquido seco de los bolos y de los gritos y aplausos de quienes seguían el juego, de los pitos y carreras de los chiquillos, de las voces de la gente, del estruendo de los cohetes y de los vuelos enloquecidos de los vencejos. Cuando al fin se nos añadieron los dos señores curas, el párroco don Eladio y el coadjutor, el bueno e inefable don Federico, nos pusimos en marcha lentamente hacia la casa. Las señoras nos habían precedido bastante tiempo antes a fin de disponerlo todo para el banquete. El niño se sentía sobrecogido ante el cariz de celebración que parecía exhalarse de todas las cosas y todos los ademanes. Y la celebración era lo insólito, lo recién estrenado, lo que estaba allí delante de él y a su alrededor por primera e imprevista vez en su vida. Las personas se movían con cierta rigidez dentro de sus atuendos infrecuentes, pero se mostraban más joviales; la sala ofrecía su gama de tonos no consumidos por la luz cotidiana, sus espejos inusuales, sus texturas sin desgastar. Sentado junto a mi padre, con mi mejor semblante de niño relativamente circunspecto, yo pasaba revista a aquella admirable constelación de rostros, pacientemente trabajados por el quehacer diario, que ahora vacilaban sobre la adecuación de las sonrisas o el ángulo de inclinación de sus cabezas.

Nos sentábamos todos apretados en torno a la mesa, dentro de aquel comedor demasiado estrecho para tanta gente. Por las ventanas abiertas de par en par y cuyos visillos agitaba la brisa estival llegaban desde fuera las voces de los que pasaban por la calleja frontera a la casa y el eco lejano de

los cohetes. La amplia mesa cuadrangular, resplandeciente con su mantel de hilo blanco, se hallaba atestada de platos y copas sobre los que destacaba una profusión de botellas. Todos encomiaban unánimemente su excelente presentación, así como la vieja cubertería de plata que sólo lucía en las grandes ocasiones. Mientras los chiquillos echábamos mano subrepticamente a los entremeses y los mayores dejaban descarriarse sus miradas como santos de palo, Don Eladio bendecía la mesa y comenzaba el banquete. No logro volver a ver a todos los comensales. Estábamos desde luego mi padre, mi hermano mayor, mis dos hermanas y yo; mi madre, por mucho que quisiera a toda aquella parentela, prefería quedarse junto a mi abuela; sólo excepcionalmente nos acompañaba cuando nos invitaban a algún sitio. En realidad, salvo las salidas a la iglesia, te recuerdo siempre en casa, con la sensación de que no querías desperdiciar ni un solo instante de los que podías estar con tu madre; en particular te encantaba acompañarla en las excursiones por la huerta, sobre todo cuando nos levantábamos de la mesa después de comer y todo el mundo salía en busca de su postre preferido, cogido directamente del árbol. Tal vez una parte de nuestra dicha consistía en saber que estabas siempre allí, en casa. Cuando volvíamos de la playa, o de una escapada furtiva, o de casa de los primos, o del río, o nos llamaban para la comida o para la cena -ya anochecido, en medio de la excitación que nos producía corretear y jugar al escondite en el jardín-, tú estabas siempre allí, aguardándonos, cálida, acogedora, única, con tu maravillosa sonrisa y el tono melodioso de tu voz. Tú estabas allí; me gusta repetir esta frase en apariencia tan simple: tú estabas allí...

De manera que, efectivamente, no logro ver a todos los comensales a pesar de que el comedor está lleno, de que nos apretamos codo con codo y de que todo son caras sonrientes, sudorosas y un tanto congestionadas. Tío Manuel y tía Teresa, Don Eladio y Don Feder, el coadjutor, al que los chiquillos tanto queremos, porque es como un chiquillo grande. Y están también Tío Federico y tía Blanca. Esta con su vestido invariablemente negro, su pelo blanquísimo y su semblante invariablemente luminoso; aquel, alto y delgadísimo, pulcro, afable, siempre de gris, con un gran anillo en uno de sus largos dedos, perfectamente peinados sus cabellos grises y la bondad irradiante de sus ojos claros. Es médico; es el médico de los niños, de todos los niños del valle. Y a nosotros, cuando le saludamos, nos pone su mano inmensa y suave sobre el hombro y se inclina a darnos un beso en la frente.

Seguro que están también sus hijos, que son ya unos muchachos a los que nosotros admiramos en silencio como nuestros primos mayores: Santi, que será médico; Paco, con gafas y cara de niño estudioso, que es mi padrino; y Blanquita, con su cara redonda y su esbeltez adolescente. Cuando no estamos invitados aquí, en La Magdalena, lo estamos en su casa del Puente.

No logro identificar a ningún otro personaje. Serán esos parientes que nunca hemos visto antes, causantes ahora de nuestra cortedad y cuyas miradas escrutadoras nos paralizan convirtiéndonos en pequeñas personas mayores y serias. La que no está es tía Aurora; se mueve incansablemente en la cocina y sus manos parecen prodigiosas; el portento de cada plato en su punto es obra suya. Cuando al fin los chiquillos no podemos ya más con nuestra impaciencia por volver a la romería y se nos autoriza a levantarnos de la mesa y marcharnos, pasamos por la cocina a despedirnos de ella: nos va besando a todos mientras se restriega en el delantal sus manos enrojecidas y húmedas. Tía Aurora sonríe y vive, y se desvive para los que la rodean, para los que la rodeamos. Es como un ángel familiar y hacendoso, siempre disponible. Toda su filosofía estoica y desalentada sobre la inanidad de las cosas humanas y temporales -andando el tiempo recuerdo que la tomábamos el pelo porque cuando alguien, allá por el mes de febrero pretendía haber advertido que ya se notaba cómo crecían los días, solía responder con cara de circunstancias: “Dios, en seguida empezarán a acortar de nuevo...”, se trasmutaba en apego a las personas, en particular a sus sobrinos carnales o de segundo grado. Una fulminante conmoción cerebral vendría bastantes años más tarde a ahorrarle el sufrimiento de la separación alejándola definitivamente de nosotros un par de meses antes de su muerte.

La casa del Puente era otra de “nuestras” casas, por más que nuestro título de propiedad no consistiera en otra cosa que en la fuerte atracción que ejercía sobre nosotros. La habitaban tío Federico, tía Blanca y sus tres hijos; y con ellos vivía también tía Cristeta, una anciana afable y bondadosa, invariablemente sentada en el mirador en su sillón de mimbre, y a la que sólo con ciertas reservas nos aproximábamos a besar a causa de sus sorprendentes bigotes y su barbita de chivo. Ir al Puente, para nosotros, quería decir siempre ir a la casa del Puente. Cuando nos acercábamos, durante los lentos atardeceres de invierno o ya anochecido, en verano, en cuanto se dejaba atrás el recodo de la carretera se divisaba la lámpara ininterrumpidamente encendida sobre la puerta, en medio de la amplia fachada de la casa, pintada de un ocre tostado y flanqueada en su planta superior por dos miradores oscuros. Una cenefa blanca delimitaba con precisión los contornos de aquella construcción característica. Pero a pesar de su lámpara encendida, la puerta en cuestión solía hallarse siempre cerrada; si se entraba por ella uno se encontraba en un ámbito extraño, sobre un suelo de grandes losas, oscuro, húmedo y frío y con un penetrante olor a humo, era como un santuario donde se rindiera culto a alguna divinidad infernal; cuando ardía el fuego de su altar era en honor del cerdo, cuyos chorizos y otros productos de su matanza se ahumaban en aquel antro tenebroso. Pero no solíamos entrar por allí, sino por la pesada verja lateral,

siempre entreabierta, que daba acceso a un reducido jardín flanqueado en sus cuatro ángulos por sendos naranjos de follaje espeso, brillante y casi negro, y frutos perfectamente esféricos de un amarillo pálido y tentador, pero agrios e incomedibles. Bajo un gran arco de piedra, el sol penetraba en el zaguán de suelo empedrado y hacía resplandecer los muros blancos y los vivos colores de las flores que alzaban sus tallos desde los tiestos adosados a las paredes. Se dejaba a un lado la puerta de la consulta de tío Federico, y allí mismo arrancaba la escalera de piedra que conducía a la planta superior. Una enorme puerta de cristales traslúcidos dejaba paso a un mundo distinto, silencioso y en penumbra, un espacioso pasillo con suelo de anchas maderas enceradas, con varias puertas de cristales a los lados y a cuyo extremo una ventana derramaba el raudal de claridad que se reflejaba cegadoramente a todo lo largo de la alfombra de hule que recorría la extensión entera. Caminábamos despacio, haciendo chirriar quejumbrosamente algunas maderas, con miedo a resbalar y que se hiciera añicos el silencio que nos sobrecogía. Si era de noche, el pasillo permanecía a oscuras y de donde brotaba el raudal de claridad era del comedor y cuarto de estar, a través de su puerta abierta. En aquella pieza, no demasiado amplia, había algo que ejercía una poderosa atracción sobre los niños, no acostumbrados a semejante espectáculo: la chimenea, una chimenea de mármol blanco. En una chimenea en la que arden unos leños hay una suerte de hechizo que inmoviliza las miradas. Mientras los mayores nos hablaban o se hacían lenguas de lo que habíamos crecido, nosotros permanecíamos extasiados, absortos ante aquel prodigioso suceso: la transformación de la oscura materia en incandescentes palacios rojos y dorados; escuchábamos chisporroteos y llantos, la queja desgarradora de aquel tronco cuando la llama invadía sus venas mutiladas. Era como si la habitación se convirtiera en un templo de quietud, de sosegada espera; todas las cabezas se orientaban hacia las llamas como hacia el lugar de una epifanía. Veo a tío Federico extendiendo sus manos larguísimas hacia el resplandor que hacía brillar sus ojos claros. Él y mi padre conversaban despacio, en voz baja y circunspecta, como si hubiera un difunto en la casa. Por aquel entonces los mayores hablaban siempre de la guerra, que había pasado cerca con su cortejo de calamidades y cuyos ecos seguían llegando desde lejos.

Pero cuando íbamos a otras horas del día, hacia el mediodía si nos quedábamos a comer, o por la tarde, dejábamos enseguida a los mayores entregados a sus conversaciones y nos lanzábamos a las múltiples e incitantes aventuras que la casa y la finca nos ofrecían. En el inmenso desván de la última planta, cegadoramente iluminado a mediodía por varios tragaluces o cristaleras, mi hermano y yo hurgábamos sin descanso rincones, baúles y cajas, así como toda clase de viejos muebles ya desechados. Más aún que los juguetes -como en la casa de La Magdalena- y

que las escopetas o los objetos de deporte eran las colecciones de revistas gráficas y los libros de aventuras o las novelas policiacas lo que nos hacía olvidarnos del tiempo y su transcurso, hasta que alguien subía a buscarnos o ascendían hasta nosotros las voces perentorias por el hueco de la escalera. Después de la casa venía la huerta, con cultivos y árboles frutales. Un arroyo la cruzaba de lado a lado; y un puentecillo de losas salvaba el arroyo. Al extremo de la finca, una puerta de madera pintada de rojo permitía la salida hacia una especie de vado encharcado que llamaban “Canta ranas” y allí mismo comenzaba la áspera ladera poblada de encinas y cubierta de espeso matorral. Era el monte de Rauderas. Durante el invierno, si arreciaba el frío y había nevado, los jabalíes bajaban desde lo alto del monte y hozaban bajo la puerta de la finca.

La Magdalena y El Puente, aquellas dos casas y su contorno geográfico y humano, encarnaban ante mis ojos el mundo paterno, el ámbito de la parentela por el lado de mi padre. A él le gustaba llevarnos consigo y a nosotros acompañarle en aquellas reiteradas excursiones a sus orígenes.

5. TÍA JUANA

La veíamos desde la galería venir por la carretera, como una nubecilla oscura deslizándose entre los árboles, como un pájaro de buen agüero, arrebatada en volandas como si fuera una brizna mientras sus pasos cortos y rápidos agitaban sus faldones negros y sus diminutos zapatitos parecían no tocar siquiera el suelo. ¡Que viene tía Juana! ¡Que viene tía Juana!; gritábamos los niños y nos lanzábamos escaleras abajo a su encuentro. Y allí estaba tía Juana, plantada ante la verja, aguardando tranquilamente a que la abrieran. Era una figurita que irradiaba pulcritud y bondad a partes más o menos iguales. Si en sus buenos tiempos de moza bien puesta y plantada no debía de haber abultado demasiado, en su vejez había menguado inverosímilmente. Vestía de negro desde los pies hasta la cabeza: negros los zapatos con su negro lazo, negros los faldones de pliegues innumerables, negro el mantón y negra la toca que coronaban sobre su cabeza las dos orejitas del nudo. Su cara menuda era como un garbanzo, del color del garbanzo, y se hallaba surcada por infinitas arrugas. En medio, como dos puntitos maliciosos, brillaban sus ojillos vivarachos en perpetua inquietud.

—¡Lucía! ¿Dónde está Lucía?—; era su pregunta al primero que se acercaba a la verja. —¡Qué majos; pero qué majos estáis!; decía mientras nos iba besando uno por uno. —¿Pero está Lucía? ¿Dónde está Lucía?; enseguida se notaba cuál era la verdadera y única razón de su visita: ver a su prima Lucía -nuestra abuela-; indagar si se sabía alguna cosa más, o traerle a su prima el dato que según ella lo aclaraba todo... Tía Juana vivía con una única y exclusiva obsesión; vivía en realidad sólo por ella y para ella: el paradero de su hijo, de su hijo Juan, que se había ido a la guerra y no había vuelto de

ella. Le habían comunicado oficialmente su desaparición, pero nadie había podido confirmar, ni oficial ni no oficialmente, su muerte. Y si nadie le había podido dar por muerto es que estaba vivo. Y si estaba vivo, estaba en alguna parte -pero, ¿en dónde, Señor?- y podría volver; regresaría en el momento más inesperado. Primero dejaron de llegar sus cartas; luego llegó la notificación: desaparecido. La guerra proseguía; los frentes de batalla se movían con velocidad creciente. La guerra estaba a punto de acabar. Y un día terminó. Pasó el tiempo y fueron volviendo muchos; incluso algunos de los que se había dado por desaparecidos y hasta por muertos. Y Juan no volvía. Si no se había podido certificar su muerte debía de estar en alguna parte. Pero, ¿dónde, Señor? Y tía Juana iba de un lado para otro, de una oficina para otra, de un personaje que decían que tenía influencias a otro que decían que las tenía aún mayores; hacía que le escribieran solicitudes y papeles, recibía papeles y solicitudes, le llegaba una carta de alguien que afirmaba que creía que le había visto vivo, antes del día en que había desaparecido, después de aquel día... Y una tarde tras otra, con sol y con lluvia, con su paraguas negro o sin él, iba a ver a su prima Lucía: —¿Está Lucía? ¿Dónde está Lucía? Nos besaba a todos, uno tras otro. —¡Pero que majos estáis!, y subía con increíble agilidad las escaleras. Asistí en más de una ocasión a aquellas entrevistas. Permanecía callado y atento mientras mi abuela escuchaba a tía Juana con toda su paciencia, la dejaba hablar, la preguntaba y le iba delicadamente insinuando los motivos crecientes de desesperanza, a medida que pasaban los meses y no había huellas de Juan.

Pero la ansiedad por el regreso del hijo no era obstáculo para que tía Juana viniera expresamente a invitarnos a todos los chiquillos a fin de que fuéramos a comer a su casa en el día de la fiesta de su barrio. Angostina, sin duda haciendo honor a su nombre, no era más que un grupo de casucas recostado suavemente en un repliegue del valle. Cuando se remataba la pendiente pedregosa que llevaba a San Sebastián -iglesia que divisábamos perfectamente desde la galería de casa-, con su antiguo cementerio y su campa de robles y nogales, y cuyas campanas tañían en nuestros sueños de las mañanas dominicales antes de que nos despertáramos-, un camino, a la derecha, tiraba hacia Landeral; y otro, a la izquierda, iniciaba el fácil descenso hacia Angostina. El día de San Bartolomé -24 de agosto- era la fiesta de Angostina. Desde muy temprano sonaban las campanas y los cohetes. En cuanto llegaban los primos, a los que aguardábamos impacientes, emprendíamos todos juntos la excursión. Acudíamos primero a oír misa; el sol del verano irrumpía victoriosamente en el templo atravesándolo con sus cascadas transversales; el santo apóstol, en cuyo honor era la celebración, y sus celestiales compañeros, encaramados en las hornacinas de los retablos, parecían perplejos ante el espectáculo de aquella muchedumbre que entonaba con voces destempladas la “misa de

angelis". A la salida, las gentes menos piadosas y la chiquillería incontrolada llenaban ya la campa y se agitaban en torno a los tenderetes de la romería. La imagen de aquellos chavales enloquecidos ante la perspectiva de poderse gastar en lo que quisieran las dos pesetas o el duro que -a todo tirar- llevaban en sus bolsillos unas veces me hace reír, otras, me conmueve, y al final acaba por suscitar en alguna parte de mi ser una suerte de muda congoja ante el tiempo pasado, ante aquel lejano sol que encandecía nuestra niñez como si nunca hubiera de ocultarse. La dicha se había encarnado en un sinfín de cosas menudas: unos sobrecitos rosas, azules o amarillos encerraban cacahuètes, peladillas y garrapiñadas, petardos, pitos, muñecas de trapo o de cartón, cucuruchos de confites, juguetes de hojalata: precarias apariencias de lo imaginario, frágiles criaturas gracias a cuyo tacto el chiquillo creía apresar el pálpito de esa ráfaga extraña que es la vida.

Sin embargo, el recorrido por la romería después de la misa no era más que una manera de entretener nuestra impaciencia por llegar a casa de tía Juana. Irrumpíamos en tumulto en la cuadra y teníamos que detenernos en seco ante la negrura tibia y maloliente. Las moscas zumbaban en el aire espeso, las colas de las vacas y los bueyes se levantaban con isocronía y volvían a caer sobre los anchurosos lomos, y las testuces de las reses se volvían sorprendidas y serias hacia la tropa bulliciosa. Subíamos tanteando por la escalera y nos íbamos juntando todos en la sala en penumbra mientras las mujeres de la casa -tía Juana y sus hijas y nueras- nos pasaban revista con joviales expresiones de ponderación ante lo que habíamos crecido, lo guapos y "altiricones" que estábamos todos, y qué tal estaba la abuela y el tío Fernando, y "éstos son los de Marcial y Luisa", y "vaya bien que lo pasáis en Guriezo".

Los hombres no habían llegado aún, retrasados en sus conversaciones a lo largo de la carretera bajo los plátanos. Y a la chiquillería nos tocaba aguardar hasta la hora de la comida -que no tuviéramos prisa, que enseguida estaba todo, que ya veríamos- en la solana. El sol del mediodía caía a plomo sobre los tejados, las callejas, las tapias de las huertas y el follaje polvoriento de las higueras. Gritábamos y jugábamos, nos cansábamos de lo uno y de lo otro, no sabíamos ya sobre qué pie apoyarnos sobre la baranda, el hambre infantil se dejaba sentir y se nos pasaba, y no llegaba la bendita hora de comer. A veces enviábamos a la cocina, de la que nos llegaban las animadas voces de las mujeres, alguna discreta misión de pesquisa. Que enseguida estaba todo, que estuviéramos tranquilos; o asomaba tía Juana, con sus ojillos negros y su sonrisa agrietada: "enseguida, enseguida; no os preocupéis hijucos..." Por la esquina de la calleja asomaron mientras tanto los rezagados; les gritábamos desde arriba: Segundo, Máximo... ¡hola!. Miraban para arriba, agitaban sus manos y

sonreían de oreja a oreja bajo sus boinas domingueras. Entraron en la cuadra, los oímos subir por la escalera, escuchamos sus voces ásperas y bienhumoradas. Ya; ahora era seguro que vendrían a llamarnos a la mesa. Pero no nos llamaban. A las voces de las mujeres desde la cocina se unía ahora el sordo rumor de las conversaciones de los hombres desde el comedor, entre las que sobresalía el vozarrón de Máximo o las carcajadas con las que reía sus propias gracias. Parecía que se habían olvidado de nosotros. Nos sentíamos compungidos y casi con ganas de llorar.

Cuando al cabo de varias horas, debían de haber dado ya las cinco de la tarde en el reloj de pesas de la sala, nos mirábamos unos a otros, hastiados y perplejos, sentados de veras en torno a la mesa, casi sin podernos ver a causa del humo de los cigarros y la penumbra de la habitación, cuyas ventanas permanecían entornadas por temor al calor, las ganas de comer se nos habían pasado, y ni la vista ni el olfato eran ya capaces de estimularnos. Es cierto que nos pasábamos nerviosamente de mano en mano las fuentes de entremeses, que la sangría servida en unas enormes jarras de cristal nos exaltaba de antemano, y que el asombro ante tanto asado de oveja -con su aroma penetrante a establo y a hierba montesina- nos había reducido al silencio. Pero comíamos más en nombre del buen apetito que se nos atribuía que del que experimentábamos en realidad. Se deja de desear una vez que se ha deseado demasiado. Ya no se come con tantas ganas después que se han tenido unas tremendas ganas de comer.

Tía Juana y sus hijas dirigían el festejo desde la cocina; no se sentaban a la mesa. Quienes nos alineábamos a ambos lados de ésta, muy tiesos dentro de nuestras ropas festivas y de nuestras maneras inusuales, éramos: sus hijos y nueras y nosotros, la media docena de chiquillos invitados. Ahora, al evocar aquella escena, me divierte la cortedad recíproca que nos hacía sentirnos incómodos a unos y a otros, tal vez más a aquellos campesinos -nada tontos, pero sí un poco rudos y de no mucha fluidez verbal-, cohibidos al verse escrutados por unos chavales cuya desenvoltura daban probablemente por descontado. Sus miradas procuraban no encontrarse con las nuestras, mientras sus manos, enormes y escandalosamente curtidas, en contraste con la blancura del mantel, se movían con torpeza de las servilletas a los cubiertos y de estos a los cuellos de sus camisas. El nerviosismo les hacía trasudar y sentirse incómodos dentro de aquellos cuellos rayados, cerrados con un botoncito negro. Se reían y nos miraban, y nosotros los mirábamos y nos reíamos: unas sonrisas un tanto postizas mientras cada uno espiaba los ademanes de los otros. Pero el azoramiento y los cumplidos no duraban demasiado; quizás porque nos conocía más y nosotros le habíamos visto más veces -y era quien iba a casa de la abuela con su pareja de bueyes para las faenas del arado de la finca-, Máximo era el que primero se lanzaba al ruedo poniendo en ejercicio el ensordecedor

chorro de su voz. Era fácil tirarle de la lengua, aunque luego no se sabía cómo pararle, sobre todo una vez que había trasegado un par de vasos de vino. Los mayores se miraban unos a otros un tanto asustados ante la presumible inconveniencia de sus salidas en presencia de los niños; los niños nos desternillábamos ante ellas, llorábamos de risa y acabábamos atragantándonos o echando por la nariz la sangría que habíamos bebido unos instantes antes.

Cuando al final aparecía sobre la mesa la gigantesca tarta con que concluía la comida, los chiquillos estábamos que no podíamos más, ni nos cabía más en el cuerpo. Probablemente habíamos comido e incluso bebido más de la cuenta, contraviniendo así las meticulosas recomendaciones que nos habían hecho por la mañana, y además habíamos gritado y nos habíamos reído hasta enronquecer. No logro acordarme de más pormenores. Supongo que la comida se precipitaba hacia su desenlace en medio de un cierto desorden, y que los chiquillos, tras despedirnos de aquellas buenas gentes y haberle certificado a tía Juana lo bien que lo habíamos pasado, correríamos de nuevo hacia la romería. Os veo a todos: Máximo, Segundo, José..., envueltos en el humo de los cigarrillos, sudorosos y sonrientes, congestionados y benévolos, como tallas de un retablo rural. Y veo a tía Juana, traspasada de satisfacción, con sus manos diminutas cruzadas sobre el halda, despidiéndonos, viéndonos descender tumultuosamente por la escalera. La veo ahora. Reconstruyo en su memoria aquel instante que entonces no viví, arrastrado junto con los otros por la vertiginosa extraversión de nuestra inconsciencia infantil.

La viejuca saldría a la solana y se sentaría sobre una banquetilla. Miraría a los campos, encendidos por un sol todavía alto, a las espesas copas de los árboles y a los montes de Carranza, de un gris perla contra el azul del cielo estival. Su hijo, ¿dónde estaría su hijo?

6. EL HUNDIMIENTO DEL “ESPAÑA”

Así, de memoria, no sería capaz de precisar la fecha. Pero sí estoy viendo ahora mismo la luz de aquella mañana, algún día de abril o mayo de 1937. Todo el mundo sabía que, en los días nublados, tan frecuentes en Santander, o en los despejados y sin nubes no había bombardeo; pero que, indefectiblemente, si amanecía con cúmulos, la aviación “nacional” haría sin tardanza acto de presencia sobre los cielos de la ciudad. Si quiero, puedo volver a escuchar ahora mismo el ulular de las sirenas -había una muy cerca, en la fábrica de La Rosario-, o el inconfundible ronroneo lejano de los trimotores Junker que veíamos brillar al pasar de nube a nube como puntitos plateados.

El día había empezado a transcurrir sin novedad; las sirenas permanecían calladas. Pero de repente se empezó a advertir una desusada e inquietante actividad aérea: la aviación republicana pasaba y repasaba sobre la ciudad

una y otra vez. Algo estaba sucediendo en alguna parte. Más tarde, hacia la media mañana, la noticia comenzó a circular y a difundirse, entre el alborozo de los unos y la consternación disimulada de los otros: el acorazado faccioso “España” se estaba hundiendo frente al Sardinero, en la raya del horizonte. Yo -era entonces un chaval de siete años- lo supe porque me lo vino a restregar por las narices con aire vencedor otro chaval de mi edad, hijo de una de las familias de refugiados que habitaban en el chalé colindante. – Los nuestros -me lanzó a la cara- le han metido una bomba por la chimenea. Pero yo sabía lo suficiente de barcos para calibrar lo inverosímil de semejante suposición. Me acordaba perfectamente de cómo era el buque, que yo había contemplado mudo de estupor en la bahía -creo que, en el verano de 1935, con ocasión de la estancia en la ciudad del entonces presidente de la República Don Manuel Azaña-. Mi hermano mayor y yo éramos muy aficionados a los barcos, y ambos habíamos dedicado muchas horas a examinar con encendida curiosidad los volúmenes de la enorme historia de la Gran Guerra que nuestro tío Silverio tenía en su biblioteca. Yo sabía, pues, de barcos de guerra, de acorazados, cruceros y destructores, infinitamente más que aquel “rojillo” presuntuoso. De modo que, mientras el viejo acorazado se perdía bajo las olas -más adelante llegaría a saberse que a causa de la explosión de una mina contra la que chocó-, yo ganaba una batalla naval, incruenta y dialéctica gracias a mis conocimientos náuticos.

Si trato de rememorar mis imágenes de la guerra civil, me sorprende su nitidez. Sin necesidad de cerrar los ojos a lo que me rodea, a las cosas aquí presentes, los acontecimientos de aquellos días se me instalan delante con tal viveza y relieve que se diría que el tiempo transcurrido no ha hecho más que afilar sus perfiles. Yo creo que la causa de semejante fenómeno radica en el hecho de que el niño percibe inequívocamente la diferencia entre lo insólito y lo ordinario, entre la vulgaridad de cada día que ha aprendido a dar por supuesto, y la irrupción de lo inusitado que saca de quicio sus incipientes hábitos, los ademanes de los adultos que ya se le habían vuelto familiares, y hasta los cristales de las ventanas que se rompen con estrépito cuando cae una bomba en las cercanías. Los chiquillos vivíamos instalados en lo insólito; con la seguridad de que en cualquier momento sucederían cosas insospechadas e imprevistas, sin contar nunca con un horario consabido; a la espera siempre de la próxima interrupción. El resultado de todo ello fue que mientras contemplaba la ansiedad, la preocupación y hasta el sufrimiento y el pánico reflejados en el rostro de los adultos, lo que yo experimentaba era fundamentalmente curiosidad, una curiosidad absorta, con frecuencia perpleja y sólo en algunas raras ocasiones veladamente atemorizada. He de reconocer que entre los horrores de la guerra y el ambiente en que yo vivía medió la suficiente distancia como para que tanto

mis familiares como el chiquillo que yo era pudiéramos permitirnos el lujo de ser más sus espectadores que sus víctimas. En consecuencia, atribuyo a la circunstancia de aquella lejanía, en oculta colaboración con mi propio temperamento reflexivo, el desarrollo de un talante de espectador que andando el tiempo habría de convertirse en una cualidad predilecta a la vez que en un defecto o limitación quizás traducidos en un exceso de inmovilidad. He tendido a veces a considerar la vida como un espectáculo lejano, como una fanfarria de la que sólo me llegaban los ecos, a vivirme en ocasiones como ajeno y desdeñoso. No estoy seguro de si debo pedir perdón por ello.

Me esfuerzo por enfocar algunas imágenes iniciales un tanto imprecisas. Las tardes de julio son largas y cálidas; los niños jugamos en la huerta de nuestra casa de Menéndez Pelayo; el azul del cielo es como un topacio encendido. Y alguien baja -debe de ser una de las primas- diciendo que los mayores están arriba hablando de que hay guerra civil. Nos miramos unos a otros sorprendidos: ¿y qué es eso? Debe de ser que la hacen los guardias civiles...: es un caso de lógica lingüística infantil. Yo digo lo que he visto: papá ha traído el ABC; en la portada hay una foto de un señor, Calvo Sotelo; y dicen que lo han matado. Y no recuerdo más. Lo más probable es que los niños siguiéramos con nuestros juegos, sumergidos en la joya transparente del azul vespertino.

“Mi” guerra civil comenzó exactamente unos días más tarde, el 25 de julio, festividad de Santiago. No conservo absolutamente ningún recuerdo de los días que mediaron entre el 18 y el 25. He leído más tarde que la indecisión del gobernador militar mantuvo en suspenso la declaración del estado de guerra y que ello provocó al final la inclinación de Santander del lado republicano. El caso fue que hacia las cuatro de la tarde del día de Santiago Paquito estaba encaramado en la balaustrada de la escalera exterior que descendía a la huerta: la “carioca” de vivos colores que el chiquillo acababa de agitar como un molinete había subido vertiginosamente en el aire de julio trazando su rauda trayectoria de cohete y había ido a caer en la finca vecina donde vivía una familia amiga. La “carioca”, por aquel entonces a la orden del día entre los chavales, era un divertido artilugio consistente en una banda de papel de colores con una bolsita de arena que hacía de contrapeso y una cuerda en uno de sus extremos. Si se hacía girar con viveza el artefacto sujetándolo por la cuerda y soltándolo luego con presteza y habilidad, era capaz de ascender como un relámpago -rojo, amarillo, violeta...- llevándose tras de sí la mirada absorta de los niños.

Me estoy viendo con tanta claridad como si ahora mismo fuera yo aquel chiquillo: oteo por encima de la tapia a la espera de que aparezca Luis, otro crío de mí misma edad que es mi amigo, o alguno de sus hermanos. Y de

súbito, me caigo, me estoy cayendo; el suelo sube hacia mí y sueño al chocar con él. Me levanto instantáneamente; el asombro y la perplejidad son más vivos que el dolor, que tarda aún en invadir el campo de la conciencia. Y más fuerte que el asombro y que el dolor se apodera de mí el susto de contemplar mi mano derecha monstruosamente colgante de mi brazo, que de repente ya no me resulta familiar, que se me ha vuelto extraño y absurdamente parece muerto. Escucho con una cierta incredulidad mis propios alaridos que provocan un revoloteo de gorriones en los árboles frutales y hacen que algunos vecinos se asomen a los balcones y galerías. El susto de mi madre, que se hallaba tan tranquila, plácidamente sentada sobre un tronco con mi hermana pequeña sentada sobre sus rodillas, ha debido de ser morrocotudo. Acude tía Aurora, que estaría descabezando su sueñecito en algún rincón de la casa, y entre las dos me suben en volandas mientras me desgañito, ronco de llanto y ciego de lágrimas, gritando estentóreamente: ¡No me toquéis! ¡No me toquéis!

Hubo que empezar por buscar a papá. Aunque era el día de Santiago y la ciudad debiera haberse hallado en fiestas, la incertidumbre de la situación en el país hizo que no se celebrase la corrida de toros habitual. Mi padre y tío Silverio vinieron al cabo de poco tiempo, de modo que supongo que estarían en Puertochico, en casa de la abuela, o en el Club de Regatas. Para entonces el susto y el dolor debían de habérseme pasado un tanto pues ya no lloraba, y mi madre había conseguido fijarme el brazo maltrecho con un gran pañuelo blanco mientras yo trataba de no mirar aquella mano deforme e inquietante. Minutos más tarde, mi padre y mi tío me llevaban a Valdecilla en tranvía.

Para mí ir en tranvía hasta Valdecilla equivalía a un viaje larguísimo y sin precedentes. El niño tenía tan sólo una imagen muy vaga de aquel lugar, por delante de cuyas verjas había pasado varias veces en coche al salir fuera de la ciudad, pero donde nunca había entrado aún. La Casa de Salud Valdecilla gozaba entonces en Santander y aún fuera de ella del merecido prestigio de inmenso hospital flamante y el chiquillo oía referirse a Valdecilla con frecuencia en las conversaciones familiares puesto que tío Silverio ejercía en ella como médico especialista en corazón y pulmones, según entonces se decía.

Mis imágenes de la llegada a Valdecilla se conservan muy nítidas, tal vez porque luego y en distintas y muy diversas ocasiones habría de volver a penetrar en su recinto. El olor a sanatorio, los interminables pasillos, incluso los subterráneos que unían entre sí los diferentes pabellones, la blancura de los baldosines con su cenefa azul, las voces apagadas como en cumplimiento de alguna orden perentoria de silencio, el apresuramiento de médicos, enfermeras y monjas: sin duda son datos afianzados en mi memoria por su repetición ulterior. Pero a la vez hay dos elementos que se

sobreponen a todos los anteriores adelantándose enérgicamente frente a ellos, y que son precisamente los que nunca más habrían de repetirse. Ante todo, mi propio sobrecogimiento ante el destino que me aguardaba en aquel lugar; me parecía que todo cuanto veían mis ojos asustados tenía que ver con mi mano colgante e inerte; que todo el mundo iba a abalanzarse sobre mi brazo roto. Me temblaban las piernas y apretaba mi mano sana contra la de mi padre. Luego estaba, por primera vez ante mi atónita mirada, la visión de la guerra: en los pasillos se iban concentrando los primeros heridos del frente, que aún no lo era, evacuados de los choques que habían tenido lugar en el valle de Liébana. Vendajes ensangrentados, miradas ausentes, ayes de dolor, fusiles y correajes, y ese agrio olor de la sangre, el sudor, el barro y el cansancio, todos juntos en la atmósfera enrarecida de la tarde de verano.

Me llevan, me dejo llevar, de un lado para otro, con mi brazo en cabestrillo, que ya hace tiempo que ha dejado de dolerme, a través de salas y corredores. La tarde se vuelve interminable; el tiempo se estira y se estira. El chiquillo no abre la boca. Sus únicos asideros a una especie de serenidad expectante son su padre y su tío médico. Al fin entramos en una sala; me tienden sobre una cama alta y extraña, y asisto a la más rara faena que haya presenciado nunca. Sin duda empezarían por anestesiarme la zona precisa. Luego me introdujeron los dedos de la mano derecha en unos como dediles de cáñamo. Los dediles penden en su extremo de unos cordeles que se sujetan a un curioso artefacto cromado. El artefacto tiene una manivela, y un médico que no deja de sonreírme, sin duda para darme ánimos, la va haciendo girar con lentitud. Mientras tanto, una enfermera, una monja, mi tío y mi padre me sujetan y me tranquilizan. No lloro. No me duele. Simplemente, me siento un poco como pasmado y traspuesto. Respiro, como descargado de una ansiedad y un peso mortales, cuando advierto que mi mano ha vuelto a su sitio habitual y que el “tormento” ha resultado ser indoloro. Cuando algo más tarde me ayudan a incorporarme, estoy escayolado, y, sentado en la cama y con las piernas colgando aún inseguras, voy tomando de nuevo y no sin cierto recelo posesión de mis miembros.

Salimos de Valdecilla cuando ya había anochecido. El espectáculo insólito de las calles ocupadas por la tropa, de los caballos, los cascos relucientes y las armas, me hizo olvidar mi propia peripecia. Con la nariz pegada al cristal de la ventanilla del tranvía, demudado por el pasmo, me sentía oscuramente testigo y parte de un suceso extraordinario que se derramaba por el asfalto como la lava de un volcán arrasando sin posibilidad de retroceso la cotidianidad de las cosas e instaurando un sobresalto desconocido. Lo que veía rebasaba mi exigua capacidad de comprensión, y desde luego era incapaz de atender al susto sin duda

reflejado en las miradas desconfiadas de mis acompañantes. Había empezado en Santander la guerra civil.

7. EL AÑO “ROJO”

Mi brazo derecho conserva aún en el sitio preciso en que el radio se articula con la mano, la cicatriz que me dejó la escayola. Tú, querida mamá, te acordaste siempre de aquella noche fatídica que el chiquillo se pasó en un puro grito. “Me duele, me duele aquí”; repetía una y otra vez, en medio de un sonoro torrente de lágrimas y alaridos. Y era verdad que le dolía; como que a la mañana siguiente pudisteis comprobar que la escayola le había hecho una herida cuya huella habría de resultar extrañamente persistente: la misma que estoy ahora mismo palpándome y que las repetidas transformaciones de mi material celular no han sido bastantes a hacer desvanecerse. Hubo que volver a llevar de nuevo al chaval a Valdecilla, y allí le recortaron cuidadosamente la causa del desaguisado. Yo empecé por tanto “mi” guerra civil con un brazo en cabestrillo, casi como un héroe, porque yo veía uno en cada herido o tullido que me encontraba.

No sería capaz, aunque me lo propusiera, de relatar por su orden cronológico cómo se fueron deslizándose los acontecimientos de aquel año insólito al que luego, y aun durante mucho tiempo después, se siguió aludiendo como “cuando los rojos”. Pero son muchos los que persisten en mi memoria con tal nitidez que se adelantan al primer plano de mi percepción con el relieve de las mismas cosas que estoy viendo. Un relieve a veces áspero y doloroso, siempre melancólico y en ocasiones conmovedor; que acaricio como se pasa la mano sobre el lomo de una criatura doméstica, de un perrazo de lanas suaves y húmeda mirada empapada en una larga fidelidad.

Cuando vino septiembre, los niños reanudamos el colegio. Mi hermana menor y yo habíamos iniciado las primeras letras durante el curso precedente. Ahora regresábamos ya como “veteranos”, con ese complejo de superioridad de los niños en cuanto tienen a otros más pequeños a su lado. Y las primeras semanas debieron de transcurrir sin anormalidades sustanciales, o al menos sin anormalidades que alcanzaran a los niños. Tengo la sensación de que los mayores trataban de mantener la “normalidad” por encima de todo, y de que, además, en Santander, semejante normalidad sobrevivió de hecho a los sobresaltos iniciales, que llegarían a través de la prensa o la radio, o incluso del rumor, socavando sutilmente la cotidianidad, sin alterarla demasiado. Pero sí se percibía algo raro en el ambiente; era el miedo. Todo el mundo tenía miedo, los unos de los otros. Los niños nos cruzábamos por la calle con milicianos y milicianas cuyos atuendos nos dejaban boquiabiertos, sobre todo los de éstas. No habíamos visto jamás mujeres con pantalones, y no se diga armadas. La verdad sea dicha, no inspiraban confianza, y menos a unos asustados niños

“de derechas” a los que sin duda se había aleccionado para que por nada del mundo se pararan a hablar con nadie ni a mirar nada, ni se apartaran poco ni mucho de su itinerario señalado, de casa al colegio y del colegio a casa. No se olvide que los niños teníamos, siete años una de mis primas y yo, seis mi hermana menor, y nueve o diez la mayor de las primas. Los cuatro chiquillos pasaríamos sin duda inadvertidos, y no recuerdo que nunca nadie se metiera con nosotros. Pero éramos conscientes de los sutiles indicios que nos identificaban como hijos de “facciosos”, que era la denominación entonces en boga: simplemente nuestra manera de vestir y hablar o el barrio en que nos movíamos.

En cualquier caso, empezaban a dejarse sentir signos inquietantes que ni a nosotros se nos escapaban. Una tarde en que jugábamos en el jardín, un siseo inesperado nos hizo levantar los ojos hacia la verja de donde procedía; no habíamos notado nada, la campanilla no había sonado. Y allí, enmarcado por los barrotes, con su cara alargada y jovial había un señor que nos hacía señas en silencio, inconfundible a pesar de su atuendo para nosotros insólito: el Padre Joaquín, de paisano. Profesor de mis hermanos en el colegio de los Escolapios, el P. Joaquín, inmenso de altura y de bondad, perpetuamente sonriente, y que nos visitaba de vez en cuando como amigo de la familia que era, estaba allí y tal vez se llevaba un dedo vertical a la boca al tiempo que su sonrisa se desvanecía y nos indicaba con ademanes imperiosos que nos calláramos. La cosa no era para menos, dados los gritos de júbilo que lanzábamos al acudir a su encuentro, mientras alguno de nosotros corría a avisar que estaba en la verja -por aquel entonces siempre cerrada con llave- el P. Joaquín. ¡Padre Joaquín!, ¡Padre Joaquín! ¡Que está aquí el P. Joaquín!: la consternación de los mayores fue mayúscula, y no menor la nuestra al comprender la peligrosa proclamación a todos los vientos que acabábamos de lanzar de la identidad amenazada del bueno del P. Joaquín. Si éste debió de asustarse lo suyo, los demás no se contentaron con ello; así que entramos todos en casa nos echaron encima la más tremenda reprimenda de que tengo memoria. Y no pasó nada más. Pero la cosa no podía estar más clara: el P. Joaquín tenía que andar a escondidas porque era un sacerdote. (En casa nunca se decía “cura”; sino siempre “sacerdote”).

Para mí, desde luego, la guerra se hizo presente y palpable la mañana en que la ciudad recibió la primera visita de la aviación “facciosa”. Las sirenas de alarma habían sonado más de una vez sin que sucediera nada de particular de manera que su ulular del día aquel atravesó la atmósfera matinal sin provocar ningún especial estremecimiento; ya contábamos con que se dejaran oír de vez en cuando. Pero poco después empezó a dejarse escuchar una vibración sorda e inédita, primero lejanísima, escasamente perceptible, luego más próxima. Era un bordoneo desconocido que hacía

que las gentes se miraran unas a otras como perplejas, pero sin el reflejo todavía de mirar hacia arriba y correr despavoridos a cobijarse en portales, sótanos o refugios antiaéreos. Bueno; la verdad es que no todo el mundo corría, o al menos no corría de la misma manera. Con ocasión de los frecuentes bombardeos que sucedieron a aquel primero, la actitud de las gentes ante las alarmas se fue matizando de acuerdo con sus convicciones políticas. Los “rojos” huían presa del pánico; literalmente, parecían convencidos de que las bombas venían dirigidas directamente a sus cabezas, que los “facciosos” apuntaban a ellos. Por el contrario, los “facciosos” -paradójicamente de acuerdo con sus enemigos- se diría que se hallaban convencidos de salir irremisiblemente indemnes de la prueba; preferían quedarse en casa, o apresurarse hacia ella si la alarma aérea los sorprendía en la calle, por la sencilla y lógica razón de que los “rojos” aprendieron pronto a deducir la condición política de los ciudadanos por su manera de reaccionar ante la inminencia de un bombardeo. Una vez en que uno de nuestros “refugiados” -un funcionario del gobierno republicano, asturiano de origen, y además excelente persona- nos había llevado a mi hermano y a mí en su coche a recoger unas cajas de botellas de cerveza que su condición le permitía obtener en la propia fábrica de la Cruz Blanca, regresábamos ya a casa cuando empezaron las sirenas. Nuestro simpático huésped frenó en seco el vehículo y desapareció como por encanto sin dar explicaciones ni, al parecer, acordarse para nada de sus dos acompañantes. Mi hermano y yo, muy sorprendidos, pero nada asustados, nos quedamos tranquilamente en el coche hasta que el bueno del “rojo” regresó, aun visiblemente sobresaltado, a buscarnos así que hubo pasado la alarma. Luego resultó que su pánico provenía de un motivo suplementario: haber sufrido el famoso bombardeo de la fábrica de armas de Trubia. En cambio, tú, mamá, nos hacías reír muchos años después relatándonos una aventura contraria. Volvías a casa de la compra cuando se inició el toque de alarma. Tú seguiste impertérrita tu camino, sin otra alteración que la de aligerar discretamente tus pasos. La gente te adelantaba en su huida hacia un refugio próximo hasta que fuiste la única persona que continuaba en la calle, caminando con presteza, pero sin correr. Tanta serenidad de ánimo acabó por llamar la atención de una patrulla. Te rodearon con ademanes amenazadores y te arrastraron hacia el refugio a pesar de sostener en tu descargo que tenías un sótano en tu propia casa, lo que además era cierto.

Pero en aquella mañana del 27 de diciembre de 1936 el pánico se apoderó de toda la población así que empezaron a escucharse las primeras explosiones. De súbito el ronroneo de los aviones adquirió todo su vuelo siniestro. La transparencia del día se agrietó y saltó hecha pedazos. No teníamos los tímpanos ni las sienes preparados para recibir la horrible vibración de los cristales de las ventanas, la vacilación del suelo y el

repentino enmudecimiento de todo lo demás. Los tranvías y los automóviles se inmovilizaron allí donde el alarido de las sirenas los dejó vacíos, varados en la ansiedad. Criaturas y adultos corrieron paseo de Menéndez Pelayo abajo en medio de un rumor sordo de pasos sin palabras. La confusión de los pájaros se detuvo en seco; desaparecieron del aire como sorbidos por un huracán. Y la familia entera nos precipitamos por la escalera exterior hacia el sótano. No sólo estábamos todos -la abuela, ya entonces “refugiada” con nosotros, tía Aurora, Esteban, el juez de paz de Guriezo que teníamos “escondido”, vosotros dos y los niños- sino además otros parientes que ahora no recuerdo ya y que habían venido con ropas y alimentos para los numerosos presos de la parentela hacinados en la cárcel provincial o en el barco prisión “Alfonso Pérez” surto en la zona de la bahía conocida entonces como Los Arenales.

No recuerdo el tiempo que durara el bombardeo: ¿media hora? ¿una hora? -como una extensión interminable, prolongada hasta un infinito inmóvil por nuestras respiraciones entrecortadas-. Nos mirábamos unos a otros extrañados: el terror era una expresión inédita en los rostros de los demás; nos resultábamos irreconocibles. Sobre todo, los niños no salíamos de nuestro asombro ante aquel demudamiento sobrevenido a unas caras cuyos rasgos alterados nos habían sido familiares hasta hacía unos instantes. Las explosiones se sucedían mientras tanto en la lejanía haciendo estremecerse los cristales, deteniendo la respiración de la naturaleza y haciendo espesarse sobre la ciudad entera un silencio siniestro. Entre explosión y explosión la ansiedad se cuajaba anhelante en todas las miradas; e instintivamente la tensión acumulada se descargaba después de cada una de ellas en la oquedad abierta por su estrépito. Tuvieron que pasar unos minutos que parecieron inacabables hasta que de pronto comprendimos todos que la explosión anterior había sido la última y que el bordoneo pavoroso de los motores se había extinguido. El ulular de las sirenas, agrietando súbitamente los cristales que quedaban en pie del pánico reciente, nos devolvió a la realidad cotidiana anterior tan violentamente interrumpida por la irrupción de lo espantoso.

A decir verdad, yo no puedo decir que lo que había sentido hubiese sido exactamente miedo. En cualquier caso, mi miedo no debió de ser muy distinto del que experimentaba en una habitación oscura, cuando me despertaba a medianoche y percibía las palpitaciones de mi corazón, sus latidos aparentemente atronadores en medio del silencio poblado por lo desconocido. Quizás los niños no sean capaces de distinguir entre unos miedos y otros, y se limiten simplemente a asombrarse ante las variaciones que los distintos motivos de pánico imprimen sobre el rostro y las actitudes de los adultos. El caso es que cuando una vez restablecida la normalidad, abandonarnos todos el sótano y regresamos al comedor, asistí al más

extraño y sobrecogedor espectáculo que jamás hubiese visto ni sospechado: sin que mediara una sola palabra, mi abuela, mis padres, tía Aurora, Esteban, y cuantos allí estaban, se habían ido sentando en sillas y butacas, e incluso en los primeros peldaños de la escalera que allí mismo tenía su arranque, y habían prorrumpido, como de común acuerdo, en desaforadas e incontenibles carcajadas. Una risa nerviosa y compulsiva, como el producto de algún tóxico disuelto en la atmósfera del recinto, acababa de apoderarse misteriosamente de todas aquellas personas que yo estaba tan acostumbrado a contemplar, unas veces serias y otras joviales, en unas ocasiones locuaces y en otras parsimoniosas, pero jamás arrebatadas por aquella especie de viento de locura que las hacía llorar, toser y enrojecer ante el pasmo sin límites de los niños. Por el momento, ninguno de nosotros entendíamos nada, y mi muda expresión de perplejidad al borde mismo del pánico debió de ser tan intensa que tú me cogiste y me estrechaste entre tus brazos mientras papá se esforzaba por tranquilizarnos a todos. Sí; la escena ha permanecido indeleble en mi memoria, y más de una vez, al evocar aquellos días, os la recordé. Pero ninguno de vosotros dos la había conservado con la nitidez con que mi sensibilidad de niño la grabó para siempre.

A todo esto, era ya mediodía y nos dispusimos a comer. Detalle curioso, no soy capaz de recordar nada que tuviese que ver, ni en los días anteriores, ni en aquel 27 de diciembre, ni en los subsiguientes, con el normal ambiente de las fiestas navideñas. Conservo encendidas las imágenes de memorables noches familiares, pero sospecho, sin lograr precisar la razón de mi sospecha, que deben de corresponder a efemérides de otros años. De algunas con seguridad, tal y como más adelante pienso describirlas. Lo que sí sé es que los funestos presagios que nos llegaron, traídos ignoro por quién, durante el almuerzo familiar, seguidos muy de cerca por tenebrosos rumores, conmovieron hasta sus raíces la precaria situación de ansiedad en que muchos de los presentes vivían. La comida se interrumpió; hubo un estrépito de sillas removidas o volcadas, y sólo permanecimos sentados los niños, momentáneamente perplejos por aquel grupo de adultos desolados.

Durante el bombardeo, efectivamente, nadie había sido capaz de localizar la zona en que sonaban las explosiones. Ahora nos enterábamos de que las bombas -con propósito deliberado o no- habían ido a caer en un barrio obrero, denominado aún un tanto extrañamente Barrio del Rey, provocando la muerte de un número indeterminado de sus habitantes. Las represalias por aquel ataque tan cruel como inhábil no se habían hecho aguardar mucho tiempo: las turbas se estaban lanzando en aquel mismo momento al asalto del barco prisión “Alfonso Pérez”.

Y no se sabía nada más. La consternación había dejado sin habla a la familia; se miraban unos a otros buscando en vano alguna sutil muestra de

incredulidad ante lo peor al tiempo que rehuían asentir a su íntimo y horroroso convencimiento. Eran varios los familiares, parientes y amigos encarcelados en aquella trampa insalubre y ahora mortal. Yo miraba con angustia aquellos ingeniosos artilugios de varias marmitas superpuestas que se utilizaban para llevar la comida a los presos; experimentaba una rara sensación al considerar su alevosa inutilidad. Mientras tanto, la incertidumbre trabajaba sobre la imaginación aumentando hasta cifras enormes los muertos y hasta cotas frenéticas el salvajismo y la crueldad de los “rojos”. Ignoro los días que hubieron de transcurrir hasta que se contabilizaron las víctimas y se supo quiénes estaban entre los muertos y quiénes entre los supervivientes. Andando el tiempo, el chiquillo que había sentido sobre su piel el estremecimiento del ala del terror de aquella fecha fatídica, alcanzaría a leer en un libro pormenorizado las cifras de la tragedia. Pero durante muchos años el espectro del siniestro carguero, envuelto en su humareda en las nieblas húmedas de los sucios amaneceres portuarios, flotó en la marea de mis sueños como un buque fantasma desde el que llegaban ecos de alaridos y disparos.

Del resto de los bombardeos no conservo otras imágenes que las de su espectacularidad. Los depósitos de Campsa ardieron durante semanas haciendo ondear sobre los confines de la ciudad, por su lado suroeste, un inmenso penacho de apariencia vagamente volcánica. Una noche papá nos despertó, a mi hermano y a mí, para que contempláramos desde el balcón, al otro lado de la bahía, los incendios que el bombardeo nocturno, que no había logrado arrancarnos de nuestro sueño infantil, acababa de provocar en el campo de aterrizaje de Pontejos. La noche de primavera era cálida y más aún que el horizonte monstruosamente encendido, te estoy viendo a ti, querido papá, en calzoncillos; imprevisto espectáculo mucho más divertido para chiquillos que aquella lejana y consabida escenografía bélica. Ya he dicho que nuestra casa tenía sótano; un lugar que parecía bastante seguro para aquel tipo de bombardeos, por suerte no demasiado pavorosos ni destructores. Como aquella zona de Santander venía a quedar alejada de los objetivos usuales de la aviación “facciosa”, además de considerársela presuntamente “nacional” por su condición de barrio residencial burgués, nos fuimos sintiendo progresivamente más seguros y acabamos por no tomarnos siquiera la molestia de descender al sótano. Sólo el bueno de Esteban, hombre inocente y temeroso, que se pasaba las horas muertas sentado a la sombra de alguno de los frutales de la huerta, con su inseparable cigarrillo de picadura pegado al labio inferior, parecía tomarse en serio la presencia en el firmamento de los aviones “facciosos” y trataba en vano de arrastrar tras de sí a los chiquillos que solíamos andar jugando por allí. Nosotros éramos la única distracción con que el hombre contaba en su encierro -ya he adelantado que le teníamos en casa en calidad de

“escondido”- y su mezcla singular de bondad inocente y genio cascarrabias constituía una de las escasas distracciones nuestras. Una mañana en que, asomados todos a la puerta del sótano, tratábamos de identificar los lejanísimos puntos metálicos que brillaban en la inmensidad azul, la explosión de una bomba más cercana de lo previsto produjo una doble estampida que nos hizo desternillarnos de risa durante un buen rato: Esteban se coló despavorido hasta lo más profundo del sótano, que era la carbonera, y nosotros corrimos como insensatos a averiguar el lugar de la explosión, si es que se divisaba alguna columna de humo en las proximidades.

Pero la cosa resultaba mucho más excitante cuando el bombardeo nos sorprendía en el colegio. Podía suceder que las explosiones empezaran a retumbar sin darnos tiempo a abandonar el edificio. Entonces, doña Petronila nos llevaba a todos al amplio y destartado comedor, habitación interior considerada, no sé si con razón o sin ella, más segura por sus dos paredes “maestras”. Acurrucados todos en el suelo, rezábamos el Rosario mientras los cristales temblaban y parecía surgir de todos los lados a la vez el sordo estremecimiento de los impactos. Los pequeños acabamos por aprendernos el ritual de aquellas esperadas interrupciones de nuestras tareas escolares y los mecanismos del miedo dejaron de funcionar muy pronto para dejar paso a la diversión. Las piadosas y dramáticas reflexiones de doña Petronila al tiempo que se esforzaba en vano por dirigir nuestros ruegos a lo alto dejaron de hacernos mella. No se nos ocurría que la cosa fuese tan grave como para inquietar a Dios sobre nuestra suerte. Pero hubo un día en que las cosas se presentaron de otro modo. La mañana discurría monótona y trivial: dos por dos, cuatro, cuatro por dos, ocho; nada había que turbara el apacible transcurso de la tabla de multiplicar. Y entonces, de repente, lo cotidiano y consabido se resquebrajó: en medio de un estruendo horrisono de cristales y cascotes y de un trueno que conmovió la casa, los ventanales dieron paso a una cegadora ola de violenta claridad, a una especie de lenguas ígneas que lo volvieron todo transparente por un instante, lo mismo las caras que la tinta de los tinteros. El pánico nos inmovilizó primero a todos; luego resonó un alarido unánime, y un par de segundos más tarde la chiquillería se había abalanzado al pasillo y avanzaba como un alud por él. Por fortuna no hubo víctimas, ni siquiera heridos, y me parece que ni siquiera contusionados. Y, además, aquello que cualquiera hubiese creído un cataclismo, no tenía nada que ver con la guerra. Se había tratado simplemente de una explosión provocada por un escape de gas en la casa vecina.

La mayor parte de las veces, en cambio, las sirenas empezaban a escucharse con suficiente antelación como para que acudiéramos todos al refugio antiaéreo que nos estaba asignado. Este se hallaba en los sótanos

del Banco Hispano Americano de la calle de Lope de Vega. Me sorprendía ver gentes con mantas y otros pertrechos, como si fuesen a pasar allí el resto de la contienda. En realidad, nunca permanecimos más de dos horas en aquel recinto que a mí me impresionaba con su apariencia acorazada y al que sin duda se adjudicaban unas condiciones de seguridad que no debía de poseer.

Un día, recuerdo que era por la tarde, las primeras explosiones nos sorprendieron cuando descendíamos apresuradamente la escalera, y ya no nos permitió el servicio de vigilancia salir a la calle. Nos quedamos todos apretujados allí mismo al tiempo que algunos militares y gentes civiles buscaban cobijo en el portal. El bombardeo arreciaba y empezó a escucharse también el tableteo de la defensa antiaérea. Los oficiales conservaban la calma, pero el elemento civil comenzó a excitarse y a pedir el descabezamiento inmediato de cuanto faccioso anduviera por allí cerca. Todos nosotros, más o menos niños de derechas, empezábamos a sentirnos ya vagamente amenazados, cuando de pronto quienes se apretaban en el mismo hueco del portal se pusieron a gesticular y a mirar con insistencia hacia el extremo de la calle, entonces llamada de Calderón de la Barca. “¡Lo hemos derribado! ¡Lo hemos derribado! ¡Es un faccioso!” Me sorprendió el uso de aquella primera persona de plural gracias al cual parecían darse tanta importancia. Conseguí colarme entre las piernas de los primeros entusiastas y atisbar en la misma dirección. Allá lejos, efectivamente, en lo alto de un cielo de azul absoluto se abría y descendía lentísimamente la fulgurante flor blanca de un paracaídas.

8. EL DÍA Y LA NOCHE

Me he referido de pasada a doña Petronila y a su colegio. Vale la pena detenerse en la evocación de aquella singular institución en la que durante no menos de treinta años recibieron sus primeros saberes un número no desdeñable de niños y niñas de aquella parte de la ciudad, procedente de la pequeña clase media. Nuestras primas habían comenzado antes que mi hermana y que yo, y fueron ellas las que nos llevaron y sirvieron de guías. Tenía yo seis años y ella cinco, y una mañana de septiembre del año anterior a la guerra descendimos paseo de la Concepción adelante y luego cuesta de Lope de Vega abajo con nuestras flamantes carteras a la espalda. Debía de haber llovido no mucho antes y corríamos ebrios de entusiasmo con las capuchas puestas de nuestros no menos flamantes impermeables tratando de que no cayeran sobre ellas los chorritos intermitentes de los canalones.

Subíamos de dos en dos los peldaños de unas escaleras de madera ya muy gastadas por las generaciones de chavales que nos habían precedido, y nos parábamos en seco y sin aliento ante la puerta de un segundo piso. Llamábamos al timbre y allí nos quedábamos como perrillos mirando de hito en hito la misteriosa puertecilla que hacía de mirilla y por la que iba a

asomarse la inquisitiva nariz de Carmen, la muchacha de doña Petronila, alta, bondadosa y un poco mandona, cosa ésta última probablemente imprescindible tratándose de aquella tropa de ratoncillos uniformados. Porque lo estábamos: apenas habíamos entrado en el recibidor y exclamado ¡Viva Cristo Rey! -grito que allí y entonces carecía en absoluto de cualquier connotación que no fuera la exclusivamente religiosa- nos quitábamos nuestros impermeables y aparecían las pintorescas batas que vestíamos, negras, con unos pliegues o palas por delante, la botonadura por detrás, un cinturón rojo y un cuello blanco.

No es preciso en absoluto que yo ennegrezca las tintas de mi primer encuentro con las letras y los números por la sencilla razón de que éste transcurrió prácticamente a oscuras. Mi hermana, yo, y algunas otras criaturas recién llegadas fuimos dejados en manos de una señorita que me parece estar viendo ahora mismo. Se llamaba Isabel o Isabelita, era joven y seguramente no era fea, pero desde luego tampoco era simpática. Se conoce que aquella tarea de enseñar las primeras letras a unos mocosos sobrecogidos y desambientados no le resultaba demasiado grata, de forma que entre sus bostezos y lo tenebroso de la habitación -una especie de comedor interior alumbrado por una bombilla de escasísimas energías lumínicas- la mañana se convirtió en un inmenso hastío empantanado en el que los niños nos hundimos como en una ciénaga, soñolientos y literalmente aniquilados por aquella adormecedora retahíla: la b con a, ba; la b con la e, be...; o aquella otra: un - hombre - te - nía - un - oso...

Pero aquellos primeros días, sin duda alargados por su insufrible tedio, pasaron al fin, y empezamos a sentirnos a gusto en el colegio. Tanto se ha denostado a la vieja pedagogía, que ya hoy sospecha todo el mundo que no debió de ser tan atroz como la han pintado. Supongo que aquellas inefables señoritas sabían bastante bien lo que tenían que enseñar a los niños, pero es que además tenían algo que nunca falla con éstos, y es que eran absolutamente buenas y bondadosas, por supuesto a pesar de sus solemnes ademanes y de la seriedad de que revestían llegado el caso sus reprimendas. Pero no engañaban a nadie. Se establecía una como sutil complicidad entre su bondad y nuestras travesuras. Daban por descontado que tendrían que darse éstas, y que entre una y otra, entre la anterior y la siguiente, quedaría tiempo para que aprendiéramos la geografía, la aritmética y la gramática que habrían de bastarnos para seguir adelante en la vida, hacia tiempos de más y más complicadas dificultades.

Como ahora parece que se me tiene por un tipo relativamente pausado y condescendiente, encuentro cierta dificultad, en verme a mí mismo entonces como un niño voluntarioso y rebelde. No era nada fácil que nadie consiguiera que yo hiciera algo si no se contaba conmigo. Aprendía las cosas con satisfacción, pero lo que más me gustaba era vagabundear, lo

mismo por los pasillos y rincones de aquella casa tan singular que con un papel y un lápiz: dibujar era para mí lo más parecido a la sorpresa de las cosas de cada día, que siempre se me hacían nuevas e imprevistas. La guerra llenaba todos mis garabatos. En cuanto a la casa, me intrigaba aquella serie de habitaciones que daban a otras habitaciones, todas ellas interiores, al contrario de lo que estaba acostumbrado a ver en el chalet en que vivíamos. Siempre que iba al cuarto de baño, aprovechaba la oportunidad para encaramarme a una mesa y atisbar por una especie de alta cristalera lo que pasaba en la habitación contigua, que era la cocina. Observaba con toda atención las faenas de Carmen, y en una ocasión ésta creyó morirse del susto al levantar por casualidad la vista y sorprender mi rostro, insólitamente aparecido en el cristal. Cuando volvió en sí de su pasmo, se apresuró a cogerme de un brazo -una vez que hube salido de la habitación- y a llevarme ante doña Petronila como culpable de tamaña intromisión en sus dominios. Me sentí profundamente herido en mi amor propio, me enfurecí y proclamé a gritos mi decisión de marcharme inmediatamente a casa. Doña Petronila se limitó a cogerme cariñosamente un carrillo y a invitarme a que me tranquilizara. Luego podría irme a casa. Y la explosiva situación se deshinchó con facilidad.

A la salida del colegio nos aguardaban variadas e incitantes emociones. En la al menos relativa calma de aquella ciudad provinciana alejada por entonces de los frentes de lucha, los chavales disfrutábamos de algunas ventajas exclusivas. Por ejemplo, la de que nadie reparara en nuestras correrías. Mientras todos ellos se afanaban cada día en la propia supervivencia o en el desempeño de sus más o menos bélicas tareas, la situación engendrada por la guerra y sus derivaciones se había convertido para nosotros en un ilimitado espacio de libertad y en un formidable entretenimiento.

Cuando hacía buen tiempo -porque si llovía, cosa frecuente, subíamos a toda la velocidad que nos permitían nuestras piernas cuesta de Lope de Vega arriba, hasta alcanzar el paseo, donde los fornidos plátanos, al tiempo que nos resguardaban del agua dejaban caer sobre nosotros alevosos goterones- nos íbamos corriendo a organizar batallas y diabluras en Puertochico. Nos atraían poderosamente los vehículos militares aparcados, y prácticamente abandonados, al comienzo de la calle de Calderón, entonces todavía adoquinada, como por lo demás lo estaba también una buena parte de las calles de la ciudad. Nos subíamos a ellos, enredábamos y maniobrábamos sin que ningún bicho viviente diera muestras de preocupación por aquel atajo de mocosos capaces de desguazar en una tarde cualquier máquina bélica. Sin duda participábamos sin saberlo de aquella especie de falta de respeto a los símbolos de la guerra, tan difundida entre la población civil, incluso la que se sentía afín al lado republicano.

Rondábamos por el puerto curioseando con cierto estupor la mole para nosotros gigantesca del destructor “José Luis Díez”, al que su inmovilidad sospechosamente antiheroica le había hecho merecedor del irrespetuoso calificativo de “Pepe el del muelle”. Seguramente se trataba de una denominación ocurrida en algún ingenio análogo al que había apodado “Valdecilla-Sardinero” al inofensivo hidroavión de reconocimiento que - igual que la línea de tranvías aludida- despegaba puntualmente del aeródromo de La Albericia, atravesaba el cielo de la ciudad hasta Cabo Mayor y regresaba a su base, siempre y con toda regularidad, una vez que se habían ausentado los aviones facciosos. Nadie fue nunca capaz de averiguar qué era lo que trataba exactamente de “reconocer”, puesto que cualquiera sabía ya, sin necesidad de ningún reconocimiento, por dónde navegaban frente a la costa los navíos nacionales que sostenían el bloqueo del puerto: sus humaredas se divisaban con facilidad en el horizonte en los días despejados. Uno de ellos, el crucero “Almirante Cervera”, cuyos cañonazos se oía retumbar de vez en cuando, sirvió para otro apodo de vasta resonancia popular en la vida de la ciudad: al alcalde, empeñado con todo acierto y razón en desembarazar las calles de vetustos caserones que obstaculizaban cualquier pretensión de ordenación urbanística, se le empezó a llamar “Cerveruca”. Y con semejante diminutivo fue como pasó a la historia. En cuanto a nosotros, lo que nos pareció el colmo de la audacia consistió en atrevernos a arrojar una rata dentro del automóvil del gobernador. A decir verdad, la osadía procedió del grupo de mi hermano y sus amigos, unos años mayores que los alumnos de doña Petronila.

Mientras tanto, la procesión de los días transcurría como una mezcla extraña de normalidad y anormalidad, de cotidianidad en cuyo seno se daba por descontado que podrían aparecer en cualquier momento cosas anormales. En algún momento, que no recuerdo cual fue, nos quedamos sin colegio: había sido clausurado por enseñarse en él el catecismo. Los niños no entendimos en absoluto qué tenía que ver la enseñanza del catecismo con que hubiera o no colegio, pero no debimos de dedicar demasiado tiempo a plantearnos la cuestión. Lo inmediato era que había ya vacaciones y contábamos con el día entero para nuestras correrías. Y dada nuestra poca edad, el terreno de que disponíamos para éstas nos parecía prácticamente ilimitado. La casa en que vivíamos se hallaba rodeada por otros chalets que permanecían siempre vacíos; en realidad se hallaban deshabitados. El abandono y la humedad se habían apoderado de ellos. En los jardines, que olían a hojarasca en putrefacción, se habían borrado los caminos; en las huertas traseras, los árboles frutales ocultaban sus entecos productos bajo una frondosidad viciosa; gallineros y palomares estaban derruidos; y un pozo, al que nos asomábamos temerosamente, nos devolvía nuestros rostros lejanos y agrietados en su agua oscura del fondo, al tiempo que nuestras

voces emergían siniestramente alteradas de su resonante oquedad. Uno de los chalés era gemelo del nuestro. Qué sensación tan inquietante la de repetir en aquel ámbito hueco y de inacabables ecos los pasos de nuestra existencia cotidiana; era como transitar por un sueño, penetrar en nuestra propia casa después de muertos, regresar a un tiempo anterior como fantasmas de nosotros mismos para presenciar el desvanecimiento de todas las cosas familiares, el polvo y la nada. En otra de las casas, más vasta y antigua, la escalera estaba visiblemente carcomida; peldaños enteros y trozos de barandilla se desmoronaban a nuestro paso: experimentábamos el escalofrío de ascender a otra época, a otro país, de donde tal vez no podríamos volver. En un cuarto cerrado hallamos el esqueleto de un gato, todavía transitado por las hormigas; le imaginábamos enfurecido por el hambre, lanzándose contra los cristales de la galería, sin acertar a salir por el triángulo de un cristal roto por donde sin duda había entrado. Sin que el sobresalto nos permitiera decirnos nada unos a otros, huimos precipitadamente escaleras abajo. Con demasiada precipitación: apenas hubimos llegado todos al sótano, por una de cuyas ventanas bajas habíamos entrado, cuando un estrépito terrorífico y una polvareda amarillenta nos empujaron violentamente, como si se tratara de un huracán, hacia el exterior. La casa vacía se había hundido definitivamente en el pasado.

Mi hermana y yo, como pequeños que éramos, solíamos andar a la zaga de otros chiquillos mayores que nosotros. En las andanzas por Puertochico, predominantemente “masculinas”, yo seguía como la sombra al cuerpo a mi hermano que había quedado “descolgado” tras la desaparición del otro, de José Manuel, y a sus amigos. Desde el 38 del paseo de la Concepción hasta Miranda, donde residía nuestra tía Luchi, nuestras idas y venidas dependían de nuestras primas, una de ellas varios años mayor que nosotros. Era una adolescente alta y seria que cumplía a la perfección sus funciones de ángel tutelar, mientras que la segunda, inquieta y sorprendente en sus imprevisibles ocurrencias, solía ser la que nos arrastraba a todos como una ventolera en nuestras comunes travesuras. Calcúlese nuestra congoja cuando a consecuencia de una caída se partió espectacularmente la lengua y alguien sugirió la posibilidad de que no pudiera volver a hablar. Temor que vino a manifestarse como infundado en cuanto dejó de sangrar, se le pasó el susto y recuperó sin mayor infortunio su inagotable capacidad de charla irrestañable.

Pero cuando se trataba de saltar tapias, subirse a los árboles o merodear por las fincas contiguas, el capitán era María Teresa, nuestra vecina. Ahora comprendo muy bien que María Teresa fue mi primer amor, ese primer amor de los siete o los ocho años, absoluto e inconsciente, tan secreto que su único testigo tardío no será otro que el adulto, nostálgico y dolorido rememorador del mito de su niñez. ¿Cuántos años tenía María Teresa? Tres

o cuatro más que yo, a lo sumo; por tanto, no más de doce. Delgada, esbelta, con sus ojos azules y su cabellera rubia y rizada, sus pecas y su naricilla siempre husmeante, era algo así como una singular combinación de los encantos de Diana cazadora y Beatriz. Sé que la adoraba en silencio, que seguía su rastro palpitante y púber, esa misteriosa vibración de la feminidad cuando lo erótico, aún latente, llama al niño desde su futuro ignorado como una emanación fantasmagórica. Te estoy viendo trepar con tu agilidad de alimaña, anhelantes tus senos emergentes, vibrátiles las aletas de tu nariz de fierecilla a medio domar, largas y llenas de arañazos tus piernas, medio envueltos tus muslos como en una bandera al viento en tu falda-pantalón azul marino. El huracán subversivo en que consistían tus doce años sólo se calmaba cuando llegaba hasta nuestros oídos desde la galería la voz plañidera de tu padre: ¡Teresita! ¡Teresita!; gritaba el buen señor, y tú, aunque de mala gana, te descolgabas desde donde estuvieras, organizabas tu apariencia salvaje y regresabas a los buenos modales. Aunque nunca supe decírtelo, aquel diminutivo de Teresita me pareció siempre ridículo y torpemente inadecuado. Tú no eras una niña como las demás, apta para lazos y perifollos; eras una diosa del bosque, fuerza de la naturaleza que me levantaba en vilo; eras una exhalación rubia y azul, María Teresa.

La guerra es como un contagio atmosférico, como una contaminación que lo impregna todo, o como la polvareda provocada por una explosión, que se posa, sobre todo, que penetra hasta los más apartados rincones. La situación se reflejaba en los rostros, suspicaces, de mirada huidiza; en el tono de las conversaciones en la calle y aun dentro de casa; en una especie como de falta de pulso en el tráfigo cotidiano. Los tranvías subían y bajaban por el paseo produciendo un estrépito que contrastaba con el silencio circundante. Los viandantes parecían distraídos hacia lo que sucedía a su alrededor, ansiosamente atentos tan sólo a lo que podía suceder, a lo que irrumpiría de súbito, arrasando el precario equilibrio, como de castillo de naipes, de las cosas.

La guerra había alterado todos los hábitos de la existencia cotidiana. Por ejemplo, los de la alimentación. Antes se iba a buscar lo que se necesitaba, o incluso lo traían a casa, como el pan, la leche o el pescado. Ahora había que guardar cola para todo, incluso para el agua, que ya no fluía por los grifos con normalidad. Se hizo evidente en todo un antes y un después. Se decía: antes de la guerra; en tiempos normales. Ahora nos hallábamos en el “después”, en la anormalidad. Empezamos a ver en la mesa familiar cosas que no habíamos visto nunca: un pan negro cuyo adjetivo calificativo fue devorando al sustantivo hasta hacerlo desaparecer: se trataba de una negrura de incierta naturaleza de la que podían extraerse fragmentos de papel de periódico, trozos de alambre, de vidrio, cucarachas o ratones. Comíamos nabos, para nosotros los pequeños asociados con anterioridad a

sustento de vacas y conejos en Guriezo; y cuando después de comerlos salíamos para el colegio, nos gastábamos todos nuestros ahorros -en monedas de cinco y diez céntimos- comprando algarrobas en un puestecillo que había cerca de casa. Yo creo que más que hambre, que los mayores hacían lo imposible por ahorrarnos, lo que experimentábamos los niños era perplejidad ante una situación para nosotros incomprensible. Por mucho que se madrugara, siempre había ya una cola ante la carnicería o la tienda en cuestión, una cola que daba la vuelta a la esquina y a la que sólo llegaban los rumores y luego -fatalmente- la certidumbre de que la carne o las latas de conserva o los garbanzos se habían acabado. En cuanto a la expectativa de comer pescado, bastaba contemplar a las “parejas” inmovilizadas en la dársena de Puertochico por el cerco de la armada “facciosa”, para saber que la buena de Margarita no vendría, como cada mañana de antes, con su capacho rebosante de merluza, bonito, salmonetes o sardinas. Se decía que la iglesia de Sta. Lucía, convertida ahora en almacén, reventaba de jamones, embutidos y toda clase de maravillas. Pero probablemente todo ello no era más que un espejismo, un sueño, o una cueva de Alí Babá cuyo conjuro constituía un secreto del que estábamos excluidos.

La guerra había destefinado también sobre nuestros juegos. Mi hermano se daba una maña sorprendente para construir, sin más herramienta que una navajita, barcos y aviones de todo tipo, minuciosamente remedados y pintados. Las perras “gordas” y “chicas” que no se nos iban en algarrobas se nos iban en pliegos de soldados. Habíamos conseguido reunir representaciones de todas las armas y organizábamos tremebundas batallas a base de cerillas que arrojábamos como auténticas bombas incendiarias sobre aquellas indefensas figuritas que ardían sin remisión. También reunimos una colección de cascos bélicos auténticos: uno español, otro francés y un tercero ruso. Tal vez los venerábamos como signos de la invulnerabilidad de los héroes, a la manera como los hombres prehistóricos rendían culto a cráneos o cornamentas de animales totémicos. Hasta que un día se me ocurrió poner a prueba la resistencia de uno de ellos, creo recordar que, del ruso, asestándole un hachazo. El casco quedó destrozado, casi partido en dos, como una abominable imagen de la muerte en un campo de batalla.

Si hubo un momento en que los chiquillos nos quedamos sin colegio, mi padre se había quedado mucho antes sin trabajo. Aunque ajeno a cualquier militancia política, su presumible condición de persona “de derechas” le hizo quedar excedente como funcionario del cuerpo de Correos a poco de iniciado el período republicano. Y lo mejor que pudo hacer, y lo único, fue recluirse en casa tratando de pasar lo más inadvertido posible. Atraer la atención de quienquiera que fuese resultaba arriesgado. A pesar de lo cual, alguien al echar una mirada sobre alguna lista de ciudadanos

presumiblemente no afectos al régimen se fijó en su nombre, y un buen día recibió una citación que le emplazaba a presentarse como trabajador “voluntario” en una brigada que había de excavar refugios antiaéreos en el mismo centro de la ciudad. Mi padre se lo tomó con estoicismo y un cierto humor; tenía entonces cuarenta y cuatro años y estaba sano y fuerte. Mi hermano y unos amigos suyos, hijos a su vez de otro compañero de aquellos trabajos forzados, fueron a verlos y volvieron muy divertidos de la escena. Yo los escuchaba muy intrigado; tenía asociados los “trabajos forzados” con aquellos presos, vestidos a rayas y encadenados a grandes bolas de hierro, que había visto en alguna película.

Quién más, quién menos, todos nos fuimos acostumbrando paulatinamente a aquella especie de remedo de la normalidad, puesto que los sobresaltos diurnos, los más agudos, como eran los bombardeos, acabaron también digeridos y asimilados por esa formidable capacidad que los seres humanos, y en particular los niños, tenemos de habituarnos incluso a lo inhabitual, con tal que su previsibilidad, por precaria que sea, nos permita reducirlo a ritmo y cadencia. Había sin embargo ocasiones en las que el sobresalto, aunque irrisorio, podía volver a sorprendernos. Así, por poner un caso, cuando una tarde disparamos un cañón. Sí; un cañón, un cañón diminuto que se cargaba por la boca con corchos horadados y rellenos de pólvora. No logro recordar quién ni con qué motivo nos lo regaló. Pero sí que era una tarde de día de fiesta, soleada y silenciosa, y que mi hermano y yo nos dispusimos a estrenarlo colocándolo en un bastidor abierto de la galería. Mientras uno de nosotros lo sujetaba a fin de impedir su presumible retroceso, el otro tiró del resorte y disparó. El estampido hizo vibrar la galería, ahuyentó violentamente a los pájaros de todos los árboles de la zona y produjo un abominable hueco de silencio en el azul del atardecer. Sus ecos se prolongaron en una catarata descendente de ecos sucesivos y cuando el aire volvió a cerrarse sobre ellos, con la misma inocencia con que la superficie del agua se reconstruye sobre el naufragio, las ventanas y los miradores comenzaron a poblarse de cabezas inquisitivas que atisbaban la tarde entre perplejas y vagamente alarmadas. Luego nos fueron llegando los comentarios más hilarantes sobre el presumible origen del estruendo, y un poco más tarde se había restablecido ya la tranquilidad en la quieta atmósfera vespertina. Sólo nosotros, en posesión de su secreto, seguíamos con la vista la trayectoria ascendente de aquella nubecilla que nos hacía señas de complicidad al tiempo que se disipaba en la brisa primaveral.

La noche era otra cosa. Con la noche no se jugaba. Así que había oscurecido y se encendía el alumbrado, el miedo convocaba sus propias sombras, sus alas se cernían sobre el paseo desierto y hasta las palabras cambiaban de significación. “Ha sonado la campanilla” o “están llamando”,

o “Se ha parado un coche”, querían decir una cosa durante el día y otra muy distinta, tal vez siniestra, así que se había hecho de noche. Los toques de la campanilla de la verja eran a lo largo de las horas diurnas toques familiares y consabidos: el cartero, la panadera, el pescado, las primas o tía Elo. En cuanto a la detención de un coche, era algo que simplemente no se escuchaba, como no escuché el estrépito de los tranvías, muy diferentes según se tratase de uno que subía o de otro que bajara de Miranda. Pero de noche todo era distinto. Una vez que todos estuviéramos en casa, lo que solía suceder pronto, el repiqueteo de la campanilla, por el día tan jovial, golpeaba directamente en las sienes de cada uno y hacía que el pulso se disparase. Las barras de hierro que atrancaban puerta y antepechos de la planta baja estaban ya echadas, y apagadas todas las luces que pudieran verse desde la calle. Entonces, alguien abría sigilosamente uno de los ventanillos laterales de la puerta de entrada, o mejor aún, atisbaba desde detrás de los visillos del mirador o del balcón del primer piso. Los demás, niños y adultos, nos habíamos quedado mientras tanto inmóviles, allí donde el repiqueteo nos había sorprendido, conteniendo la respiración; y el sobresalto sólo pasaba cuando se había identificado el bulto entrevisto junto a los barrotes de la verja.

Una mañana los niños nos despertamos con la sensación de lo insólito. ¿Qué había pasado? A nuestro alrededor estaba todo patas arriba: todo el contenido de armarios y cajones se hallaba esparcido y confundido por el suelo. Y entonces nos relataron el suceso. A medianoche había sonado la campanilla; alguien la agitaba frenéticamente. Y todos los presagios fatídicos se vieron confirmados de un golpe: allí, junto a la verja, se arracimaban varias sombras de pésimo agüero. En lo primero que pensaron las mujeres de la casa -mi madre, mi abuela, tía Aurora- fue en mi padre: venían a por él. Y mi madre -sin pensárselo dos veces- decidió impedirlo con el único gesto perfectamente absurdo que le conocí en toda su vida: se lanzó al mirador, lo abrió y comenzó a pedir auxilio a gritos. Seguramente era lo último que aquellos buenos milicianos se habían imaginado toparse: aquellos destemplados gritos de mujer en medio de la noche. La increparon, amenazaron con disparar, sin duda mucho más perplejos que dispuestos a hacerlo. Mi madre sólo dejó de gritar cuando, también a gritos, manifestaron su exclusiva intención de registrar la casa. Y efectivamente, eso fue lo que hicieron, con una meticulosidad en la que se hubiera dicho que les iba la derrota fulminante de los facciosos. No parecía, sino que unas manos fabulosas se habían echado sobre la garganta de nuestra vivienda y la habían forzado a arrojar violentamente fuera cuanto contenía; ese fondo de armarios y cajones que el paso del tiempo hace que olvidemos. El inesperado entretenimiento de los pequeños consistió en el hallazgo de innumerables trastos y cachivaches de todo tipo que ni siquiera sabíamos

que existiesen; y la desagradable sorpresa de los mayores había consistido en el descubrimiento por los milicianos de algunos objetos harto comprometedores en un baúl del sótano. Resultó que unos parientes de mi madre le habían encomendado hacía tiempo la guarda de varios muebles y pertrechos que no les era posible trasladar a su nuevo domicilio. Y en nuestro sótano quedaron almacenados sin que nadie volviera a reparar en ellos. Cuál sería el pánico de mis padres al contemplar en las manos de los milicianos una bandera española rojo y gualda, un montón de fotografías de la familia real -aquellos parientes habían mantenido amistosas y cordiales relaciones con ella- y para colmo de desgracias, nada menos que un enorme revólver, si bien evidentemente inservible. Por más livianos delitos había gente en la cárcel. Por suerte, las explicaciones de inocencia ofrecidas por mis padres, o con más probabilidad la carencia de verdadera maldad de aquellos milicianos, disolvieron la gravedad de la situación en unas cuantas frases que pretendían encarecer la trascendencia del hecho y en la incautación de todos aquellos malhadados objetos.

Más adelante, y con mayor sosiego, fueron saliendo a relucir otros detalles, algunos hilarantes, del suceso. Tía Aurora, que seguía atentamente los pasos de un miliciano de una habitación a otra, le había increpado valientemente cuando el buen hombre se permitió una alusión a la cantidad de imágenes religiosas que había en la casa: –“¡Me cagüendiós!; en esta casa no hay más que santos!” –“Pues sepa Vd. que ése le juzgará a Vd. un día”, exclamó mi tía. El miliciano cerró el pico, bajó los ojos y prosiguió con aire contrito su búsqueda.

Parece ser que los milicianos mantuvieron durante todo el registro unas buenas formas impecables, al margen del exabrupto proferido por el que se dejó sorprender por los “santos” y de una cierta pretensión de ferocidad que no logró engañar a nadie. Su meticulosidad en no dejar nada sin indagar corrió pareja con su cuidado para no despertar a los niños, lo que efectivamente consiguieron. Sólo al final, y cuando ya estaban a punto de irse, el llanto de mi hermana de pocos meses hizo que se sintieran momentáneamente consternados. Pero uno de ellos resolvió la situación apresurándose a levantarla de su cuna con inesperada ternura: tenía, según vino a decir, una criatura parecida. La escena del registro se había quedado detenida de súbito, como a veces en las películas: los otros milicianos, mis padres, mi abuela, tía Aurora; todo el mundo estaba allí, pendiente de los ademanes de la pequeña, que fue mirando sorprendida uno por uno a todos los circunstantes y que luego, complacida sin duda con lo que veía y de nuevo tranquilizada, se meó generosamente en brazos del cariñoso y barbudo miliciano. Registradores y registrados coincidieron en una unánime carcajada, la tensión de la circunstancia se hizo añicos y el registro concluyó con la despedida de los intrusos, inesperadamente reconciliados

con los “burgueses” moradores de la casa, que se fueron deshaciéndose en disculpas por lo que habían tenido que hacer y rogándoles se olvidaran de las amenazas proferidas ante los inoportunos hallazgos del sótano.

Así pues, y dado que los temidos milicianos no eran tan fieros como se los pintaba, el miedo a los registros se vio considerablemente aliviado para en adelante. De hecho, recuerdo que hubimos de sufrir otro, en este caso durante el día, y no se desarrolló precisamente en forma terrorífica. Resultaba evidente que no era la nuestra una casa donde pudiesen hallarse tesoros ocultos; en la cocina no había nada que requisar y el dinero era escaso; por lo demás, ni los propios milicianos debían de confiar demasiado en el poder adquisitivo de aquellos billetes emitidos por algún organismo local.

De lo que ocurría en la ciudad a favor de las horas de la noche circulaban por todo Santander rumores espantosos. Por el paseo de Menéndez Pelayo arriba, hacia Miranda, se oía a altas horas trepidar los motores de coches que se dirigían hacia el faro de Cabo Mayor. Era un secreto a voces, o, mejor dicho: repetido sigilosamente y en voz baja, que se estaba arrojando a gente por sus acantilados; los famosos y siniestros “paseos”. Nada más estremecedor para los muchos insomnes de aquellas noches que oír detenerse un coche: el motor en marcha, portezuelas que se abrían y cerraban con estrépito, golpes en las puertas, voces ahogadas, tal vez gritos, y luego el violento arranque que diseminaba sus ecos en la oquedad del pánico. En Puertochico era peor, y la evidencia del espanto dejó muy pronto atrás el rumor inicial: mi tío divisó en varias ocasiones desde su casa los automóviles que se dirigían con los faros apagados hasta el extremo del malecón; vio los fogonazos de los disparos y oyó el eco de las detonaciones; y a veces alcanzó incluso a escuchar los lamentos de las víctimas y el chapoteo de los cuerpos al caer al agua. Eran noches sin luna, el alumbrado público no se encendía a causa de las incursiones aéreas, la ciudad insomne contenía su respiración, y la bahía ofrecía la superficie de sus corrientes como una masa ciega y sin brillos. Horas más tarde, cuando el yerto amanecer viniera a anunciarse con su pálida frente dolorida, el reflujo de la marea golpearía sordamente en las escalerillas del muelle y las gaviotas madrugarán de nuevo a sus roncos quejidos. Tal vez un perro anónimo se acercaría con ademán compasivo a lamer la sangre salpicada sobre el adoquinado del malecón.

9. HÉROES EN EL POLVO DORADO

Cuando se piensa en alguien, no es una definición conceptual lo que se tiene delante, definición tal vez imprescindible si lo que se precisa es dar cuenta de la persona en cuestión por la razón que sea; más bien pienso que ese alguien se materializa y adquiere bulto en una suerte de “secuencia simultánea” de imágenes e instantes: la persona es todas esas estampas a la

vez, superpuestas unas a otras sin anularse, antes bien convergiendo hacia una totalidad unitaria. No sólo la persona es todas ellas, sino que cada una de ellas es todas a la vez. Comprendo la atrocidad de todo esto en comparación con cómo eras tú, cómo sonreías y cómo se abría en el aire tu voz armoniosa.

Así, cuando trato de verte se me acumulan tumultuosamente los recuerdos, recuerdos tan vivaces como para destituir lo presente y convertirse ellos mismos en una presencia inmarcesible. Ya el tiempo no podrá hacer mella en tu eterna juventud, ya tus movimientos desbordantes de agilidad no se verán nunca trabados por la torpeza del reuma ni por el ritmo mecánico y suplementario del marcapasos. Te estoy viendo en tu primera y en tu última fotografía: la de tu primera comunión y la que yo mismo obtuve de ti, dos meses antes de tu muerte, junto a papá., en el puente de Bárcena Mayor: en la forma tanteante en que le coges a él la mano se adivina tu ceguera casi completa, la ansiedad de tu mirada casi vana hacia la redondez de la tarde de verano. Pero a la vez que tus fotografías, sólo más o menos parecidas a ti, estás tú misma. Te acercas al niño sentado en su orinal para envolverle en la mantita azul de sus cinco años. Te aproximas, te inclinas sobre los embozos de todas las convalecencias, sobre las toses de todas las madrugadas, en los cuartos en penumbra de las tardes de fiebre. Conozco tu rostro, aunque sólo oiga tus pasos que vienen y que se alejan, y la puerta que se cierra y el hálito que deja alrededor mío tu cercanía. Sé cómo es tu pelo, cómo miran tus ojos, como sonríes, la temperatura exacta de tus dedos. No es preciso que al niño se le inculque la dicha, porque la dicha eres tú.

Ahora, sobre el fondo de la guerra civil, y del “año rojo” de Santander, el perfil tuyo que se me destaca es tu intrepidez. Tal vez tu condición de mujer, por otra parte, te facilitaba movimientos que, llevados a cabo por papá, se hubieran vuelto desproporcionadamente peligrosos. El asunto “Tina” se me quedó particularmente grabado. Esta muchacha, prima lejana, de unos veinte años de edad, había hecho amistad en Guriezo con algunos de los oficiales nacionalistas vascos allí destacados, que habían convertido precisamente la casa de Desa en su cuartel y puesto de mando. Y dos de ellos la invitaron a venirse en su compañía a Santander en un vehículo militar. El caso fue que transcurrió un día entero y la chica no regresó. Ni al día siguiente. No regresó ninguno de los tres. Todos ellos desaparecieron sin dejar rastro. Se abrió enseguida paso una explicación: tenían que haber caído en manos de aquellos elementos extremistas de la FAI o de la CNT que tan irreconciliable aversión abrigaban por los separatistas vascos. Y entonces entraste tú en acción. Lo más probable es que los riesgos fuesen muy superiores a los que tú eras capaz de imaginar. Lo mismo da. EL hecho fue que tú empezaste a visitar uno por uno todos los lugares en que cabía

suponer que Tina pudiera hallarse detenida o secuestrada: comisarías y hasta “checas”. Nunca se aclaró si Tina iba siendo arrebatada por un viento de locura de los sitios a los que tú llegabas, como si un destino horrible se la llevara a otra parte antes de que tú aparecieras, o si sus secuestradores la trasladaban a otro paradero así que tú indagabas allí sobre ella. Le llevabas alimentos y ropas: invocabas la total inocencia de la muchacha, su relación casual con aquellos oficiales vascos, presuntamente incriminados. Todo en vano. Un atardecer, ya oscurecido, sonó la campanilla de la verja. Alguien preguntaba por ti: se trataba de una mujer que dijo -en medio de un inequívoco aire de ansiedad- que acababa de ser dejada en libertad y que la seguían. Había visto a Tina en la comisaría -no recuerdo en cuál- y le había rogado transmitiera el mensaje. Luego se perdió en la noche, paseo de la Concepción arriba. Y tú, impertérrita, te vestiste y saliste en busca de Tina. Regresaste al cabo de no sé cuánto tiempo, y cuando nuestra inquietud comenzaba a volverse intolerable. La chica ya no estaba allí. La feroz sinrazón de la guerra civil se la había tragado para siempre. Nunca más nadie volvió a saber nada de ella. ¿Fue arrojada por los acantilados de Cabo Mayor? Con el tiempo se acabó pensando que habría sido lo más probable. Y aquella muchacha, que yo recordaba haber visto alguna vez, que no se sabía dónde estaba, cuyo cuerpo no había aparecido, cuya tumba no estaba en ninguna parte, rondó mi imaginación infantil como un espectro exangüe, con su rostro dolorido de casi una chiquilla, perpetuamente sorprendida, inmensamente asustada, fantasma tenaz de lo más absurdo y monstruoso que esconde la humanidad en sus antros sin luz.

Debió de ser en septiembre de 1937, poco después de acabado el período republicano en Santander, cuando se celebró en Cabo Mayor un homenaje a los que allí habían muerto. Recuerdo que acudimos toda la familia y conservo vivísima la imagen de la muchedumbre convergiendo hacia el Faro desde los distintos puntos de la ciudad y extendiéndose con toda la multiplicidad de su colorido por los prados cercanos, así como nuestro inmenso cansancio de chiquillos que hizo a mis padres detenerse y que sólo pudiéramos seguir el desarrollo del acto desde lejos. Andando el tiempo volvería muchas veces en bicicleta, cuando con otros amigos llegábamos de excursión hasta la “Tumba del Inglés”, y en días más recientes acudo con frecuencia con mis hijos. Aunque sin razón para ello, lo cierto es que a veces me llama la atención y hasta me ofende el aire de indiferencia y vaga curiosidad con que las gentes que allí acuden acostumbran a contemplar el patético paraje o a disparar sus aparatos fotográficos. He observado que son muy pocos los que reparan en el austero relieve que conmemora a los muertos. Para mis adentros yo sufro siempre una suerte de estremecedora alucinación. Mientras brilla el sol de la tarde de agosto y mis oídos perciben las voces de los circunstantes sobre el fondo

de la monótona rompiente, y el cielo y el mar me invaden con su azul infinito como la inocencia, un ramalazo oscuro viene a azotarme: un frío húmedo asciende del fondo del acantilado, en la oscuridad de la noche la bruma y el sonido de las olas se abrazan como espectros; hay luces sordas, voces apagadas o gritos; tal vez disparos y lamentos que el sobresalto quiebra; yo sé que esos ruidos indiscernibles son de cuerpos que caen empujados, de pedruscos desprendidos en el forcejeo; y luego nada, porque las olas extienden su estrépito sobre el silencio ominoso y cómplice. Y ahora vuelvo a mirar esas piedras limpias bajo la transparencia azul del mar en la base del acantilado y siento como un vértigo, que no es el de la altura sino el del tiempo: aquel niño que yo era cuando oía evocar temerosamente a los adultos la suerte tremenda de las víctimas como Tina, la muchacha que aquí mismo, donde estoy ahora, sobre esta explanada del faro de Cabo Mayor, sería sacada a empujones de un coche y arrojada al vacío, sin tiempo para comprender ni advertir su destino, sólo acogida en su caída por la rudeza piadosa de las rocas, la húmeda caricia de la bruma y la inmensa mano benévola del mar.

Otras imágenes conservo, igualmente vívidas, de la etapa final del periodo llamado “rojo” en Santander. Con muy opuestas emociones, todo el mundo parecía saber lo que se avecinaba. Cuando la amenaza del ejercito nacionalista se aproximaba -creo recordar que con ocasión de la caída en sus manos de algunas de las ciudades limítrofes; ¿Gijón, tal vez?, el pánico se apoderó de la población desorientada. Un día se corrió la voz de que la única posibilidad de huida estaba en el mar, a pesar del cerco que los navíos de la escuadra facciosa mantenían sobre la ciudad, y las gentes se abalanzaron a los muelles y ocuparon toda suerte de embarcaciones, incluidas las menos adecuadas para la navegación de altura. Se dijo que muchas de éstas naufragaron sin llegar a desatracar, simplemente como consecuencia del exceso de peso de sus ocupantes.

Por nuestra parte, lo que hicimos fue replegarnos aún más a nuestra casa; nadie salía salvo por estricta necesidad y se mantenían cuidadosamente cerradas puertas y ventanas. Intentábamos no llamar en absoluto la atención de nadie; pasar inadvertidos, como las alimañas del bosque cuando se cierne una amenaza. Además, eran días de agosto, calurosos, cuyo transcurso volvía más lenta y pesada la forzada inactividad. Sumidos en la penumbra de las habitaciones de atrás, hasta las conversaciones se hacían más susurrantes y los movimientos por la casa más furtivos. Escuchábamos a bajísimo volumen la radio y bebíamos cerveza: los funcionarios del gobierno que habían permanecido un tiempo entre nosotros acababan de huir precipitadamente y nos habían dejado un buen número de cajas de botellas.

De súbito algo extraño vino a interferir la espera tensa en que vivíamos. Nos quedamos todos callados donde estábamos: sonaba la campanilla de la verja. Sonaba sin parar, lejana, estridente, intempestiva, absurda. No aguardábamos a nadie. No queríamos que nadie apareciera para nada. Pero la campanilla seguía sonando. Alguien se asomó a atisbar; entreabrió con infinitas precauciones uno de los “ventanillos” que había a ambos lados de la puerta y miró. ¿Qué ocurre? ¿Quién es? Un soldado. Era un soldado. ¿Un soldado? Si; un soldado, con su casco de acero, su uniforme, su fusil. Pero, ¿qué puede querer un soldado, qué pinta aquí, en medio de la ciudad abandonada ya por los republicanos, crispada en el compás de espera antes de que irrumpen sus inminentes ocupantes? A todo esto, y con intervalos isócronos y enervantes, seguía escuchándose el lejano retumbar de la artillería, como un horrible reloj de pesadilla que anunciaba la pronta “caída” de la ciudad en manos del ejército vencedor. El sobresalto provocado por el desconocido visitante debió de ceder muy pronto: después de todo no se trataba más que de un soldado. Un soldado no provocaba temor por muy armado que viniera; aunque fuera republicano, se suponía que un soldado luchaba y mataba en el frente; y además era un soldado republicano, “rojo”, o sea un derrotado... Mientras tanto, el soldado miraba hacia la casa con sus ojos cansados y su barba de varios días y volvía a agitar la campanilla. Aparentemente, no le extrañaba que tardaran en abrirle; se le notaba dispuesto a aguardar. Había que abrirle. Alguien salió a averiguar lo que quería, y sin duda el soldado debió de inspirarle confianza, porque desde la penumbra de la entrada vimos cómo le franqueaba la verja y le hacía pasar. El soldado se acercaba hacia nosotros sin vernos. Anduvo con un cansancio infinito los escasos metros que mediaban entre la verja y las escaleras de acceso a la casa, y se derrumbó materialmente en medio del estrépito del casco y del fusil al chocar con las gradas de piedra. El pobre hombre venía siguiendo el rastro de su mujer y sus hijos pequeños. Por las señas que ofrecía, debieron de ser efectivamente ellos quienes habían estado algún tiempo en el chalé inmediato, ahora desierto. Pero acababan de marcharse el día anterior, tal vez arrastrados por el reflujo de la muchedumbre que huía. Con la cabeza entre las manos, el soldado lloraba. Lloraba con un desconsuelo y una desesperación absolutos. Yo le contemplaba absorto, ignorante de que tenía delante de mis ojos pasmados de niño la imagen misma de la guerra y el heroísmo vistos por dentro: el llanto, la fatiga y la desolación.

Sólo cuando dejó de llorar se acordó de lo cansado que estaba y de sus pies deshechos. Entonces mi madre le invitó a entrar; se le condujo a la cocina, y mientras permanecía sentado mirándonos a todos, en particular a los niños que le contemplábamos silenciosos y expectantes a cierta distancia, repetía los pormenores de su patética persecución de una familia

que parecía escapársele misteriosamente de las manos cada vez que se aproximaba a ella. Te estoy viendo arrodillada ante el “héroe” vencido, tratando de aliviar sus pies derrotados en una palangana de agua caliente. El hipo y el llanto entrecortaban las pocas palabras su relato, mientras la abuela y tú procurabais seguramente en vano llevar algún consuelo y una incierta brisa de esperanza a su pobre corazón dañado.

El soldado -¿era acaso un “gudari”?- se marchó al cabo de un par de horas, más o menos reparados sus pies, su hambre y su desconsuelo. No hubo manera humana de convencerle para que se llevara sus pertrechos; y tú, con gran sobresalto, tuviste que hacer que alguien saliera al paseo furtivamente y abandonara el fusil junto a un árbol lo bastante alejado de nuestra verja como para que nadie relacionara el arma con nuestra casa. El casco cayó en nuestras manos y durante bastante tiempo nos sirvió de juguete. La imagen del héroe que se aleja en la tarde calurosa sin sus armas, en busca de su hogar desolado, ha persistido dolorosamente en mi memoria.

El cañón siguió tronando en la lejanía. Al anochecer enmudeció. La noche ensanchó compasivamente su silencio sobre los que se daban ya por vencidos y sobre quienes se sentían vencedores, unos y otros rendidos por su respectiva carga emocional. Como la luna llena cuando divide en dos zonas una calle -luz y sombra, ambas desnudas, así en los cuadros de Chirico-, la espera y la zozobra invirtieron a lo largo de las horas de la noche sus términos en las dos mitades humanas de la ciudad. Aún se oyeron disparos y aún se cometieron crímenes. Pero el cansancio reinó sobre ambas como una divinidad benigna.

A una hora indeterminada de la madrugada del día siguiente la ciudad despertó de súbito y se descubrió a sí misma incalculablemente transfigurada: para unos se había desvanecido una pesadilla; para otros comenzaba. Los primeros celebrarían durante decenios la efeméride como el día de la liberación; los segundos habrían de evocar repetidamente la fecha de la desgracia y la derrota. Tras aquel año de anarquía y sobresalto, en ocasiones criminal, la venganza, la represalia, las múltiples carátulas del rencor se aprestaban a salir de su sombría hibernación, de los días y los meses en que amarillentamente habían fermentado, para reanudar -sólo que con signo inverso y más dilatado cálculo- los tiempos del crimen y la injusticia.

Pero yo no sabía nada de eso. Mis hermanos y yo despertamos a un día inocente y luminoso -espléndido 26 de agosto-; el temor se había desvanecido en el aire limpiísimo como tantas veces habíamos visto disiparse las nubecillas de los disparos de los antiaéreos, y lo que se aproximaba e iba a reinar era la gloria de los héroes. Al silencio matinal, producto de la incertidumbre, sucedió el estrépito. No eran los ruidos

usuales de la mañana -los tranvías, los vendedores, la gente que acudía a las tiendas, actividades precisamente en suspenso- sino otros, desconocidos, enigmáticos al principio, como el sordo rumor que nos atrajo al jardín.

Paseo arriba estaban desfilando las tropas, un regimiento entero. Nos quedamos mudos de asombro. Salimos a la acera. La calle estaba casi desierta, y las pocas personas que contemplaban el espectáculo no sabían muy bien qué actitud adoptar, a pesar de tratarse de una zona de la ciudad residencial, burguesa y presumiblemente del lado de los vencedores. Los contrastes resultaban extraños: a lo lejos se escuchaba el estrépito de la ciudad; en el paseo, los espectadores observaban un curioso silencio, y las tropas subían por la calzada ajenas en apariencia a quienes presenciábamos su paso, y como envueltas en un vaho de cansancio y sudor bajo la bóveda de frescura de los árboles. A mí me parecían unos vencedores singulares con aspecto de vencidos. Avanzaban derrengados, con sus uniformes en desorden; muchos calzados con simples alpargatas mientras una bota les colgaba por delante y otra por detrás; el casco a la espalda, una boina o el gorriño cuartelero en la cabeza y una manta oscura terciada. Barbudos, sucios, con sus ojos inyectados de insomnio, miraban sin ver; sólo alguno que otro nos sonreía débilmente a los chiquillos. Me fijé en uno que llevaba un paraguas con el mango metido por el cuello de la guerrera, como los labriegos.

Tanto los soldados como los espectadores se mantenían en silencio. Lo que a distancia nos habla parecido un sordo rumor ahora se convertía en un verdadero fragor provocado por las herraduras de los mulos cargados de municiones y las piezas de artillería que rodaban sobre sus yantas de acero. El rumor de fondo lo constituían los pasos de la tropa. Mientras tanto, el sol de la mañana de agosto descendía por entre el follaje de los grandes plátanos y prendía sus medallones fulgurantes sobre los héroes transeúntes. Entonces, mamá, tuviste una de tus ideas, simple y redonda como el firmamento. Nos llamaste y empezaste a pasarnos botellas de cerveza que nosotros íbamos alargando, al principio tímidamente, a los soldados. Cuando las botellas se acabaron continuamos ofreciéndoles agua, vasos y jarras de agua de un enorme barreño que sacaste a la acera. La sorpresa y el agradecimiento fundían sus duros rictus de cansancio; nos sonreían y bromeaban. Para ti, que habías aliviado apenas unas horas antes el desconsuelo del soldado vencido, no mediaba gran diferencia entre éste y sus vencedores. Vencedores y derrotados coincidían en la fatiga; de algún modo eran todos unos vencidos. No advertías seguramente -y nosotros desde luego entonces tampoco- que estabas traspasando las fronteras enemistadas de todas las guerras civiles; que estabas rompiendo todos los frentes. Para ti no había amigos ni enemigos; no había más que pobres hombres deshechos bajo el peso opresor de armas y distancias; héroes

todos ellos por igual -tal vez secretamente deleznables- en el polvo dorado de la cálida mañana de verano bajo los plátanos.

10. LA FRAGANCIA DE LAS MAGNOLIAS

El amplio mirador semicircular del gabinete de la abuela abría de par en par todos sus bastidores a la mañana de abril. Enardecidos por la luz resplandeciente, los gorriones aturdían el aire del jardín desde lo alto de las palmeras. Y las grandes flores cremosas de la magnolia gigante, abiertas como una espuma radiante entre la frescura de sus hojas, se asomaban hasta dentro del mirador y lo invadían con su aroma perturbador. El chiquillo, convaleciente de alguna enfermedad infantil, se desperezaba paulatinamente entre las sábanas de la inmensa cama, sintiéndose vivir y respirar, dejándose arrastrar por la lentitud del tiempo como por una marea sin esfuerzo.

Tal vez la capacidad de la mente adulta para inspeccionar las cosas, palpar su superficie, indagar en su profundidad, y posesionarse en suma de la realidad circundante, no sea más que un tardío cociente de las inacabables horas de las convalecencias infantiles, de la experiencia obtenida sobre el lentísimo tejer y destejer de esa sutil tela de araña que es el espacio de una habitación en penumbra sólo transitado por las moscas rumorosas y los lejanos ruidos que llegan desde la cocina. Sostengo que el desarrollo de la percepción tiene mucho que ver con el tedio mortal de las tardes inmóviles, cuando el rumor de una cucharilla en un vaso de zumo, aproximándose por el pasillo, se convertía en un acontecimiento portentoso, en una expectativa de ilimitado placer.

Las enfermedades infantiles presentaban ante todo una cara malévola: el malestar de la fiebre, el escozor de la garganta, los vómitos, la diarrea. Me miraban la lengua, que estaba sucia; me ponían el termómetro o mi madre aplicaba sus labios a mi frente: “Este chiquillo no está bien”; “se ha enfriado”; “está muy caliente”; “está empachado” ... Y me metían en la cama. Varias de mis enfermedades entre los ocho y los diez años transcurrieron en la enorme cama de nogal de la alcoba de mi abuela. Yo aceptaba con estoicismo las purgas, las cataplasmas o sinapismos y hasta la tortura de la dieta. Pero me horrorizaban las noches de fiebre, las pesadillas: en la oscuridad casi completa de la habitación, a duras penas hendida por la lamparilla de aceite que ardía a los pies de la imagen del Sagrado Corazón, el techo parecía descender y amenazar con aplastarme; algo indeterminado e informe bullía y fermentaba, se abría y se cerraba, siseaba viscosamente y se derramaba como un lodo encendido. El universo se astillaba y sus despojos se precipitaban sobre mí como tragados por un sumidero. Y entonces, en el colmo de la angustia, se producía el prodigio del despertar: empapado en sudor y al mismo tiempo extrañamente fresco, entre las sábanas humedecidas que paulatinamente se volvían a la

temperatura del cuerpo relajado, me sentía de regreso al mundo de la noche familiar que configuraban vuestras manos -las tuyas, mamá, las de la abuela o alguna de mis tías- arropándome con infinito cuidado, comprobando sobre la frente dormida la retirada de las huestes febriles.

Y horas más tarde, ya bien entrada la mañana, el chiquillo se despertaba en medio de la delicia del nuevo día, acunado por los ruidos de la casa, balanceándose mágicamente en la corriente de fragancia que las magnolias hacían irrumpir por los antepechos abiertos. Había empezado la residencia en los límites imprecisos del ámbito paradisíaco de la convalecencia. Me aguardaba la dicha. Arrebujado entre las cálidas sábanas, con las aletas de la nariz estimuladas por el frescor de la habitación me dejaba mecer por la expectativa deliciosa de los días sin colegio, de las mañanas en que no habría que pensar en madrugar, por todo el ancho campo del tiempo a mi disposición.

Había otras habitaciones de la casa de Guriezo que también fueron escenarios de convalecencias. Estaba el gabinete de mis dos tías solteras, con un mirador gemelo al de la abuela y un antepecho lateral que daba al corral. Por él penetraban en las primeras horas del día sonidos excitantes: el canto del gallo y el parloteo de las gallinas, los mugidos de las vacas, las voces de Marcial y los ladridos de Tom. Y olores, olores que viajaban en la brisa y se colaban hasta hacer palpitante las sienes de dicha; olores aldeanos y violentos como el heno y el estiércol, la lejía del lavadero o la gasolina del garaje. Las dos enfermedades de más fuste, que señalaron el final de mi niñez, una bronquitis y unas paperas, con sus respectivas convalecencias, transcurrieron en el cuarto del mirador, como se le llamaba, puesto que cada habitación de la casa gozaba de su propia denominación -y así estaban el cuarto de la galería y el de la esquina, dedicado al nacimiento de los sucesivos hermanos y primos de nuestra generación-; sin mencionar ahora las restantes habitaciones del segundo piso. El chiquillo convaleciente estableció una estrecha y secreta relación de complicidad con el referido cuarto del mirador: había en éste unas repisas escalonadas sobre las que se depositaban con todo mimo manzanas prodigiosas que conocíamos todos con el nombre de “la cabaña”. Y el niño, torturado por las terribles dietas de abstinencia a que por aquellos años se sometía a las pobres criaturas enfermas, advirtió con deleite que cabía la posibilidad de irse comiendo con parsimonia algunas de aquellas frutas, cuidando de redistribuirlas luego de forma que no hubiese ningún tramo delatador, sin que nadie en la casa cayera en la cuenta del hurto. Estoy seguro de que mi tía Cari se habrá repuesto ya de su sorpresa al enterarse en su cielo de las manzanas que le sustraje. Por suerte para mí, los períodos de dieta solían ser muy cortos, aunque fuesen precisamente los días ingratos de los terrores nocturnos, de modo que mis hurtos permanecieron ignorados e impunes. Al mismo

tiempo, quedó científicamente demostrado que las dietas infantiles no eran imprescindibles para la curación de sus padecimientos usuales.

A pesar de fiebres, purgas, dietas y otros tormentos, algo que nunca experimenté fue la aprensión ante la figura del médico, como he visto que sucedía a otros niños. Sin duda la causa radicó en la condición familiar y acogedora de todos ellos. En Santander nuestros médicos de cabecera eran, o bien mi tío Silverio, hermano de papá, o bien el entrañable don Rafael Estrañi, de los que habré de ocuparme en alguna otra oportunidad. En Guriezo estaban don Miguel y “tío” Federico. Si cierro los ojos, puedo volver a reconstruir una situación repetida en multitud de ocasiones: oigo sonar la campanilla de la verja; abajo, la doncella ha debido de salir a abrir; se escucha cerrarse la puerta de cristales del recibidor, y luego el eco de unos pasos lentos, de alguien que se adivina jadeante, mientras sube peldaño tras peldaño de la escalera, ensordecidos por la alfombra; está ya cerca y se detiene; entonces resuena una voz poderosa y bronca, de bronquios cansados de fumador impenitente: “Doña Lucía...” Es don Miguel. Vive en una casa sobre el río; una casa como las que salen en los sueños, de piedra húmeda y silenciosa y con un vasto patio donde hay siempre, condenado a la inmovilidad del pasado, un coche de caballos. La fascinación de la casa destiñe sobre el personaje: yo me quedo siempre mirándole y escuchando su voz de ecos quebrados. Tras los reflejos de sus lentes emergen unos ojillos alegres por entre una piel cetrina llena de pliegues; habla con jovialidad. Se acompaña siempre de un bastón grueso o cachava. Don Miguel, que con sus grandes manos venosas contribuyó a traerme a este mundo, diagnostica, pronostica, se ríe socarronamente y se pierde de vista tras la puerta mientras charla con la abuela.

Don Federico era otra cosa. Para mis padres era simplemente Federico, como tío de papá; para nosotros los chiquillos era “don” Federico o “tío” Federico. Alto, escuálido, donquijotesco, atildado, finísimo, con su levita gris y un grueso anillo en uno de sus dedos larguiruchos. Escucho el tono contenido y un tanto melifluo de su voz. Le estoy viendo inclinarse sobre mí para besarme en la frente cuando venía a casa de visita. Siempre pensé que aquella manera de besar era la expresión más adecuada de su profesión médica, el beso aséptico y científico, el ademán hipocrático. Ahora se me ocurre que quizás no era otra cosa que un gesto práctico de sumisión a mi pequeñez y a su estatura. Me tomaba el pulso y me auscultaba con infinita delicadeza. Su mirada penetrante se deslizaba por la habitación, salía por la ventana, inquirendo el perfil y el nombre de la presunta enfermedad. Y luego, mientras prescribía con su letra menuda sinapismos y jarabes - jarabes que siempre sabían extrañamente bien- iba administrando sus consejos: dieta, cama, zumos de naranja y de limón.

La visita del médico era un paréntesis de media mañana o de media tarde que interrumpía las largas horas de silencio y soledad, a veces de hastío y aburrimiento, sobre todo a la caída del día. Pero estaban también las horas de agudizamiento de la percepción y de vuelo de la fantasía. Sentía cómo se ahondaba mi conciencia corporal; en la habitación en penumbra la fiebre me hacía tantear cada centímetro de frescura entre las sábanas, absorberlo ansiosamente; allá, al extremo de mis piernas, por donde mi ser iba creciendo y colonizando el mundo exterior, los dedos enervados hurgaban la textura del lienzo y me remitían su áspero tacto. Yo existía, ascendía por los rayos de sol que atravesaban la semioscuridad poblados de diminutas formas de larvas iridiscentes; guiñaba los ojos a los de lechuza en que se convertían los nudos de las maderas de las contraventanas; espiaba el itinerario de la luz sobre las paredes y los muebles. Y luego, en cuanto remitía la fiebre, leía y leía.

He olvidado muchas de aquellas lecturas. En casa no había muchos libros. Recuerdo de aquellos años las espléndidas ediciones del Quijote y del Gil Blas de Montaner, *Rosa la cigarrera*, que era un novelón en dos volúmenes, de Pérez Escrich, si no estoy equivocado, y los tomitos de la “Biblioteca Patria”, obras que debían de ser más ejemplares que buenas, aunque a mí, como es natural, me entusiasmaban; me acuerdo en particular de una colección de cuentos de Concha Espina. Pero quien me surtía de más libros era Pedro, Pedrito. En primer lugar, estaban aquellos “Flechas y Pelayos”, tebeos no menos “ejemplares” y de los que recuerdo sobre todo un relato que venía en la última página y se titulaba “El diamante hindú”. Salgari, Julio Verne y un fascinante relato de la guerra del Gran Chaco, se contaron también entre los libros leídos y releídos. Y a ellos se añadió también la emoción lacrimosa de *Sin familia* y el encantamiento de los cuentos de Andersen en una edición que me regaló la abuela Lucía y cuyos grabados persisten inalterables en mi imaginación. El soldadito de plomo se convirtió en tema predilecto de mis ensoñaciones, y sus peripecias tocan de nuevo mi corazón, el corazón del chiquillo que llevamos dentro, al tiempo que se renueva en lo más profundo del niño que fui la fragancia de las magnolias que penetraba por los antepechos abiertos en la mañana del convaleciente.

11. LAS OLAS

Cuando pienso en ti oigo las olas del mar. Yo sabía ya con mucha anticipación que por la tarde iríamos a la playa los tres, tú, yo y el perro. Cuando volvieras de la oficina. Mamá nos tenía preparados unos bocadillos de pan y chorizo untados con mantequilla. Y yo te aguardaba con impaciencia. Supongo que ello sucedía en la primavera, una vez que las tardes de abril o mayo iban siendo más largas, o durante el propio verano - entonces las playas se hallaban desiertas al atardecer-, o en septiembre y octubre, cuando el crepúsculo es todavía luminoso y cálido. Subíamos la

ligera pendiente del paseo de la Concepción bajo las altas arquerías de los plátanos, alcanzábamos el Alto de Miranda, y descendíamos por la avenida de los Infantes hacia el Tiro de pichón, los “campos de sport” y la “segunda playa” del Sardinero. Toda la zona se hallaba entonces desierta y salvaje. Dejábamos atrás los últimos chalets, atravesábamos algunos prados, y tras remontar las dunas nos hundíamos en la arena intransitada de la playa. La vasta superficie acogía nuestras pisadas sin sonido. Llegábamos hasta la orilla húmeda, dura y llana. Si la mar estaba tranquila, las olas se acercaban en delgadísimas láminas transparentes bordeadas de espuma silenciosa. Si había marea fuerte, rompían con estrépito a lo lejos y galopaban hasta chocar contra la playa con sus lomos coronados de crines hirvientes y airadas. El viento marino hacía tremolar con violencia nuestras ropas y nos dejaba sin aliento irrumpiendo por boca y nariz hasta nuestros pulmones. Permanecíamos silenciosos, aturdidos por el tremendo empujón de la marejada, y luego caminábamos descalzos, violentamente inclinados hacia delante contra los ramalazos de la ventolera. El perro ladraba a las olas, corría frenético en un sentido y en otro, se aproximaba a la orilla y retrocedía con viveza. Le arrojábamos al agua un palo y el animal se lanzaba a las olas, saltaba entre la espuma levantando su airosa cola de setter, nadaba y nadaba hasta alcanzar el señuelo y retrocedía hasta nosotros con él en la boca, sacudiéndose violentamente el agua, obligándonos a alejarnos para que no nos empapara.

El rumor del mar invadía nuestros oídos; la humedad saturada de salitre invadía nuestra respiración y estremecía nuestra piel; la luz dorada del poniente invadía nuestras pupilas; el mundo nos rodeaba, nos penetraba, se nos filtraba por todos los poros de nuestro ser; ¿éramos más él que nosotros, diluidos en el atardecer, bajo los raudos cúmulos resplandecientes o los plomizos nubarrones otoñales? Tú y yo acosados, cercados por los inquietos elementos, empujados el uno hacia el otro en la soledad del arenal. Si hay una eternidad de la memoria, será para reavivar interminablemente los instantes de plenitud, para volver a hacer presente la hora vespertina, gris, azul o rosa, los ladridos del perro -se llamaba Tony- y tu sonrisa apacible. Te miraba mirándome; tu hijo, tu crío pasmado de ocho años, tu dócil compañero de soledades. ¿De qué hablábamos? Hablábamos de las cosas: mira qué piedra tan extraña, mira aquel barco, ya vuelven las “parejas” de pescar, va a anochecer enseguida, ciérrate el cuello de la camisa, vamos a llevarle a mamá estas flores: aquellas flores insólitas que crecían al amparo de las dunas... El viento se lleva tus palabras y amenaza con llevarse tu boina; estás a mi lado, erguido en tus cuarenta años sobre el ribazo, cara al mar y al cielo oscurecido. El mundo me parecía inmenso y propio; lo era en realidad, como de las gaviotas que navegaban en las altas corrientes. Ahora miro las moles de los edificios y las luces de “Chiqui”. Por encima de ellos

corre el sendero que bordea Cabo Menor y por donde tú y yo caminábamos en las tardes soleadas. Ahora el mundo se me ha vuelto pequeño, angosto y ajeno.

Estaban también las tardes del puerto. Desde muy pequeño solías llevarme contigo a los muelles. Caminábamos hasta el puerto franco. Te parabas a enseñarme su tráforo, o lo que a mí al menos tal me parecía. Las grúas se movían lentamente en la carga y descarga de los vapores. Me llamaban la atención las montañas de carbón, las enormes cajas de maquinaria o las pacas apiladas de plátanos de Canarias o de patatas. Íbamos pisando los restos diseminados de todos los granos -trigo, cebada o arroz- que se almacenaban en los “tinglados”. Estoy viendo aún los viejos barcos de la Transatlántica, el “Marqués de Comillas, el “Magallanes”, o los buques de guerra, el “Canarias”, el “Almirante Cervera”: nos deteníamos a presenciar la ceremonia de arriar banderas, con sus toques de clarín y el encendido súbito de todas las luces.

Luego regresábamos en sentido inverso hasta Puertochico. Por aquellos años -los cuarenta, recién acabada la guerra civil- recalaban aún en la bahía los últimos pataches, con sus cascos renegridos, sus velas sucias y remendadas y la singular vida familiar de sus tripulantes expuesta a ras del muelle. Mientras tanto se habían ido encendiendo las luces de la ciudad, así como de las distintas embarcaciones y cuando estábamos ya a la altura del Club Marítimo, si mirábamos para atrás, el agua oscurecida se había poblado de reflejos. En la dársena del puerto pesquero se balanceaban las “parejas” y las “barquías” multicolores costado con costado; se mezclaban voces roncadas en castellano o en vascuence, ladridos de perros de aguas y pitidos de bocinas y sirenas. Tal vez estaban ya descargando las últimas boniteras recién entradas, y hombres y mujeres -ágiles, malolientes y gritones- se apresuraban en la faena y empujaban hacia la Lonja las carretillas del pescado, chorreante del agua de hielo y de reflejos verdes, rojos y amarillos sobre sus lomos plateados.

Ahora Puertochico ya no es Puertochico. Hace muchos años que desapareció el barullo de la gente pescadora. Sobre el fragor de fondo de las riadas de automóviles que lo bordean, se escucha un repiqueteo peculiar: es el que hacen los cables metálicos al golpear contra los palos de aluminio de los yates. La sinfonía multicolor de las embarcaciones de entonces se ha ensordecido: un uniforme color blanco predomina sobre el azul añil, el verde y el rojo. Se diría que las aguas de la noche, antes afanadas en la interpretación de tantas tonalidades simultáneas, descansan ahora inactivas, monótonamente blanquioscuras. Pasan gentes distintas, turistas y extranjeros. De vez en cuando el canturreo santanderino y puertochiquero salta de unos labios y estalla en el aire nocturno que huele a petróleo y a humedad: es un viejo marinero de rostro agrietado o alguna chiquilla

quinceañera enfundada en vaqueros, la guedeja rubia suelta y sucia, y los claros ojos inyectados por la brisa de la playa en el rostro tostado: es como si el espectro de un Puertochico muerto se irguiera en la brisa y nos devolviera un eco del tiempo marchito.

En Puertochico, al comienzo de la calle del Gral. Espartero, más tarde denominada Hernán Cortés, estaba el piso de mi abuela paterna, la abuela María, que yo recuerdo como una anciana silenciosa y sonriente, siempre alegres sus ojillos tras los cristales de sus lentes metálicas. Mis hermanos mayores almorzaban allí todos los días de colegio, en vez de subir al paseo de la Concepción; y allí recalábamos a diario, cuando regresábamos de la playa con tía Elo, o cuando tú y yo volvíamos de nuestras excursiones a los muelles. Desde el mirador contemplábamos el pequeño mundo siempre en movimiento de la plaza: “Cacheta”, malhumorado y bondadoso, y a quien los chavales aparentábamos temer, corría detrás de los perros que ensuciaban los míseros parterres o de los críos que molestaban a la puerta de su taberna, con su chaleco negro, arremangada la camisa y la “rodilla” al hombro. Las “añas” solemnes, las niñeras mesocráticas y los “militares sin graduación”, charlaban inacabablemente, rodeados todos ellos de chiquillos y perros: no sabían que estaban componiendo tarde tras tarde los dibujos de Xaudaró. Pasaban coches y tranvías, entraban y salían embarcaciones y con los prismáticos -que uno de nosotros dejó caer un día a la calle con grave riesgo de descalabro de un viandante- los buques que se deslizaban majestuosamente por la canal de la bahía o que fondeaban en ella. Al fondo atisbábamos Pedreña, el Puntal, Peña Cabarga, el pico de Solares, y en los días claros los montes de Ramales y Carranza y hasta las Nieves de Guriezo.

El piso de Puertochico, como todas las casas antiguas, tenía muchos rincones, varias habitaciones interiores, oscuras y repletas de cosas sugerentes, y un larguísimo pasillo donde jugábamos. Pero la pieza de mis predilecciones era el despacho de tío Silverio. Contemplaba temeroso los aparatos de rayos X, abría los cajones de la mesa, llenos de específicos médicos y revolvía sistemáticamente su biblioteca: me atraían las ilustraciones de los libros de medicina y sobre todo los enormes volúmenes de una historia de la Gran Guerra que yo leía y cuyas láminas, en particular de las batallas navales, me fascinaban. Algunos años más tarde, tendría yo doce o trece, habría de hallar un libro que tuvo un influjo enorme en mi inclinación por la historia: la pequeña biografía de Disraeli escrita por André Maurois. Mientras tanto, y desde su retrato colgado en la pared, Don Santiago Ramón y Cajal con su microscopio y su ademán de sabio me hacía soñar precozmente en la conquista de la ciencia.

Ayer por la tarde volví a Cabo Menor. Fue como desandar el tiempo y regresar a nuestras tardes, repetir nuestra excursión: tu presencia me

acompañaba, caminabas junto a mí, y “Tony” correteaba delante de nosotros. La atmósfera se ofrecía inusualmente sosegada; la mar sin olas brillaba como una lámina de plata bajo un celaje gris claro y la vista marítima de la ciudad se mantenía quieta en la luz de agosto. A mis pies, en el acantilado, apenas si se oía el manso rumor del oleaje. Por suerte no era mucha la gente que a aquellas horas transitaba por un sendero que se conserva casi igual al que tú y yo recorriamos hace más de cuarenta años. No me resultó difícil en exceso reinventar imaginariamente nuestra soledad de entonces. Apenas se advierte que hayan crecido los tamarindos que sobresalen de la cerca del parque. Me crucé con algún que otro paseante, dejé atrás tres o cuatro pescadores de caña y unas pocas parejas de enamorados. En la punta del cabo aún subsisten unas ruinas, pertenecientes seguramente a aquel cuartelillo de carabineros junto al que pasábamos. El sosiego del mar es tan profundo que el entrante de la playa de Los Molinucos parece una cala balear; no hay olas, el fondo se muestra transparente, y a lo lejos el faro de Cabo Mayor irradia su blancura en un azul pálido atravesado por anchas bandas plateadas. Desoigo los escasos sonidos del presente -las voces que llegan desde el parque o desde un yate fondeado frente a la playa- y me hundo en el silencio absoluto de lo que no me rodea, de lo ausente, de lo pretérito. Doy la mano al niño que fui, al chiquillo que se extasiaba ante el atardecer, que se adelantaba a tus pasos seguros. No había nada que decir, ninguna palabra que pronunciar porque cada cosa estaba en su sitio y todas ellas palpitaban dichosamente en el corazón de la vida circundante.

He vuelto a dejarme arrastrar por el pasado a la vez que mis pasos me llevaban por mi itinerario predilecto de estos atardeceres de otoño en el campo de la sierra madrileña. El sol acaba de ponerse a la espalda de El Escorial; el cielo sigue encendido, pero estas campas agostadas se han entenebrecido de golpe hasta confundirse sus oros secos con lo fosco de las encinas. Desde la carretera de Villalba llegan las luces raudas y los ecos de los coches; en los estrechos paréntesis de silencio que dejan, se advierte el vuelo tardío de las aves que acuden a recogerse en zarzas, olmos y olivos. Y de repente vuelves a mí, tu presencia me ocupa y me conmueve.

Durante años y años se repitió tarde tras tarde la misma situación. Sabíamos -mamá y nosotros, casi siempre a aquella hora en el “cuartito”- que estabas para llegar. Primero oíamos el chirrido de la verja del jardín; luego, cómo entraba el llavín en la cerradura y cómo se abría la puerta y se volvía a cerrar. A continuación, sin apenas poder decir que lo escucháramos, sabíamos que te estabas quitando la gabardina, poniendo en el perchero el sombrero o la boina, volviendo a coger de una silla el envoltorio que acababas de depositar en ella. Sentíamos crujir las maderas del piso, tus pasos se aproximaban, se movía el picaporte de la puerta si

estaba cerrada, y tú estabas ya allí en el quicio, emergiendo de la oscuridad del pasillo, sonriente, con tu paquete envuelto en papel de periódico. Volvías de la oficina, o de Ontaneda o de Liérganes o de Oviedo, y traías la carne, los huevos, la mantequilla, las alubias o las patatas que te proporcionaban los carteros. Eran los años de la guerra civil o de la posguerra, y todo aquello escaseaba en la ciudad.

He tratado de recobrar el encanto de aquellos instantes, la marea de bienestar que nos invadía y que de la expectación de aguardarte nos volcaba sobre la dicha de verte, de escucharte y respirar en el aura que te envolvía. Qué sutiles eran sin duda aquellas sensaciones que te precedían y con las que cada uno de nosotros, sin previo acuerdo, sin tener que decirnos siquiera unos a otros: “Es papá”, sabíamos que eras tú, elaborando dentro de nosotros la percepción entera que acreditaba tu auténtica proximidad primero y luego tu presencia verdadera. Y si ahora desde aquellos instantes viajo de regreso al hoy en que escribo, me encuentro con que un recuerdo inmediato, de esta misma mañana, vuelve a proyectarme sobre los lejanos días en que yo era un chiquillo de siete años. Al acercar a mis labios una caña de cerveza con sus buenos dos dedos de espuma, su olor me ha hecho revivir las horas del verano de 1937 en que, encerrados en casa con todas las contraventanas entornadas, por miedo al calor sofocante y a las incertidumbres del final de la dominación “roja”, pocos días y aun horas antes de la entrada de las tropas “nacionales” bebíamos las botellas de cerveza que unos “refugiados, funcionarios del régimen republicano, nos habían dejado en su huida. Este olor es como era aquel olor; la misma sensación inédita y penetrante que le hacía al niño vivir todo lo insólito de aquella hora de la tarde de agosto. Aproximo de nuevo la nariz a la caña espumeante, y el fenómeno de repite. Se diría que toda mi vida desde entonces se concentra en torno mío, adquiere como una solidez perdurable, es como una música que sigue sonando, aunque los instrumentos que la produjeron hayan enmudecido.

Puedo conseguir que aquel instante de tu entrada en casa se desdoble en un número ilimitado de instantes: si era invierno, había anochecido ya, y la lámpara, cuya pantalla dejaba en penumbra el resto del “cuartito”, caía con sus tonos calientes sobre la labor de mamá, los cuadernos escolares o un libro de cuentos. Si era verano, el crepúsculo rosado se reflejaba en las ventanas de las casas, hacia Miranda, y por los bastidores abiertos de la galería llegaban los ruidos de toda la vecindad, el bullicio de la calle de Tetuán y los ladridos de Tony que te había olido desde su caseta de la huerta. Tal vez la lluvia estaba tamborileando en los cristales al tiempo que multiplicaba los reflejos en las hojas de los plátanos del paseo, o se derrumbaba de súbito en casa todo el estrépito de un tranvía que bajaba, si su paso coincidía con el momento en que tú abrías la puerta de la entrada.

Pasarían los años, y tú seguirías entrando puntualmente por la puerta cada atardecer, cada noche. Algunos de tus hijos se casaron y abandonaron la casa. Yo seguía oyéndote cada día desde el despacho donde estudiaba, preparaba clases y conferencias, conversaba con mis visitantes o escuchaba música. Si advertías que estaba solo, entreabrías la puerta, nos mirábamos, nos saludábamos, intercambiábamos alguna noticia urgente, y volvías a cerrar encaminando tus pasos hacia el “cuartito” donde te aguardaba mamá ocupada en sus incesantes labores. El transcurso de los días y los años fue haciendo adensarse la existencia cotidiana, haciendo que cada día y cada acontecimiento se depositaran insensiblemente sobre la certeza que los anteriores habían proporcionado. Durante un tiempo, hasta que nos reuníamos para la cena, cada uno sabíamos dónde estaba el otro, cada uno de los otros. Había ruidos que viajaban de una habitación a otra o que subían y bajaban por la amplia escalera; entre todos ellos se componía la infalible presencia de todos para todos, y era como si la casa entera palpitara como un vasto seno viviente.

12. AÑOS TRIUNFALES

Los niños discurren muy bien, sólo que sin caer en la cuenta de que lo hacen. En último término, su percepción es infalible y sus juicios por tanto siempre certeros. La gente que me rodeaba y a la que yo quería había sufrido y se había visto perseguida durante el período republicano por quienes yo oía llamar siempre “los rojos”. Era natural y forzoso que el niño que yo era identificara a éstos con los “malos”, y considerara buena a aquella. Y además lo era. Ahora sé con certeza que toda mi parentela, sin excepciones, se componía de “inocentes”, de gente de la burguesía más o menos acomodada, ajena -para bien y para mal- a cualquier militancia política y dedicada a actividades no conflictivas: algunas profesiones liberales -varios médicos-, y el resto de mediano pasar, negocios, comercio o funcionariado. Que aparte de los varones escondidos o camuflados por diversos procedimientos, varias de mis tías hubieran pasado una temporada en la cárcel sin otro delito, que su condición de burguesas católicas, hacía perfectamente comprensible mi adscripción al lado “nacional”.

El año “rojo” había pasado sin excesivos quebrantos familiares, con la única y terrible excepción de la desaparición trágica de la prima Tinuca. La verdad es que los hermanos de mi madre residían desde hacía años en América; sólo uno de ellos estuvo preso en el penal de Santoña. Lo que se dice entusiasmo notorio por la causa nacional me parece que sólo se le pudo atribuir a un lejano pariente, un muchacho de origen cubano, falangista, legionario y por lo oído bastante “matón”. Los demás fueron regresando paulatinamente a sus quehaceres, y de la misma manera que habían pasado inadvertidos durante la guerra, tampoco se significaron ni beneficiaron del nuevo “orden” durante la paz. Aquella primavera tan esperada por cielo,

tierra y mar, no les trajo, que yo sepa, otra cosa que la reanudación de su diario afán interrumpido por la contienda. Tengo a la vista un mudo testigo de lo que acabo de decir. Es el carné del Cuerpo de Correos de mi padre. No hay en él más que tres fechas; las dos primeras pertenecen a su incorporación como jefe de negociado a la administración de Santander: 2 de mayo y 1 de junio de 1935. La tercera, en un segundo apartado de los varios que se ofrecen en blanco, dice escuetamente: Santander, 27 de agosto de 1937. O sea: papá volvió sin más a su trabajo al día siguiente de la entrada de las tropas “nacionales” en la ciudad. Había sido expulsado de Correos un año antes aproximadamente, por la misma razón por la que la mitad de los españoles había sido expulsada -o algo peor- por la otra mitad, según la zona de que se tratara y la condición respectiva de expulsores y expulsados. Y esto me trae a la memoria un hecho que cualquiera calificaría de divertido y grotesco, salvo su acongojado protagonista, al que recuerdo muy bien cuando se lo estaba contando a mi padre. Era un colega suyo y acababa de ser expedientado y “depurado” por los “nacionales” por la exclusiva y elocuentísima razón de no haber sido separado del servicio por los “rojos”. ¿Tal vez por ser “de los suyos”? De ninguna manera. Se habían olvidado de él; simplemente. Era un hombre insignificante, aparte de su cojera, no demasiado llamativa y que él se esforzaba en disimular.

Por suerte, papá, a ti se te daba muy bien pasar inadvertido. Supongo que tus cuarenta y cinco años, tu calva que siempre llevaste sin ostentación, o tu boina -que usabas más que el sombrero-; prenda ésta además que se volvió altamente inconveniente; como es sabido, los “rojos” no llevaban sombrero, y la circunstancia de poder permanecer mucho tiempo en casa, dejándote ver lo menos posible, contribuyeron a la tranquilidad de todos. Tu única colaboración, por supuesto forzosa, con la causa reinante fue tu trabajo de pico y pala en la excavación de un refugio antiaéreo. El bueno de tío Silverio en cambio cometió una torpeza que hubiese podido llegar a resultar fatal de no haber sido advertida a tiempo. Como médico se hallaba a cubierto de muchas amenazas muy propias de aquellos días. Se tendía siempre a pensar que un médico, mientras no se demostrara lo contrario, no era más que un médico: se le notaba menos si era de un color o de otro. Pero fue el caso que tío Silverio, incorporado por orden militar al servicio médico de la guarnición de la ciudad, les firmaba alegremente la baja a cuantos soldados se la pedían. Empezó a correrse la voz de que en el cuartel había un doctor que mandaba a casa a todos los que se querían largar, que eran muchos. Y poco faltó para que mi tío “liquidara” pacíficamente a todo el ejército republicano. Si le hubiesen dejado, habría hecho concluir en poco tiempo la guerra civil. Pero hubo alguien que le llamó amistosamente la atención y tío Silverio se escabulló y volvió a “escondersse” entre sus colegas de Valdecilla durante el resto del año “rojo”.

Mientras tanto, yo, un chaval de ocho años, había iniciado mis estudios de primaria en Guriezo, en el colegio de los Hermanos Maristas. Conservo buenos recuerdos de aquel ambiente. Lo siento, pero no puedo empezar a contar historias siniestras de monstruos con sotana y babero. Es verdad que hubo algún hermanillo que toqueteaba más de lo debido, y en zonas corpóreas digamos que menos adecuadas, a los chavales. Pero por lo común aquellos chavales no se dejaban; y la operación no tenía otro resultado que las burlas y los comentarios jocosos entre nosotros. Resultaba evidente la diferencia -lo era para mí y creo que para casi todos- entre aquel vergonzante masturbadorcillo de poca monta; olvidemos su nombre, y el resto de aquellos buenos Hermanos, de generoso talante, preparación nada inadecuada a su tarea, bienhumorados y cariñosos. Me acuerdo con toda claridad del Hermano Juan y del Hermano Cesáreo, gordito y jovial aquel, más sobrio en su expresión éste y que por ello mismo me sorprendió con sus preferencias por mí que no pasaba de ser un buen estudiante nada sobresaliente. Aunque, por lo visto, buen calígrafo y copista. Pero recuerdo sobre todo al imponente Hermano Máximo, el director: alto, erguido, con un cráneo a lo Lenin y sus lentes de pinza sobre la nariz aquilina. De un genio que podía llegar a cimas de violencia, no era autoritario; simplemente, irradiaba autoridad. Se le temía; es cierto; pero sobre todo se le respetaba. Yo le admiraba secretamente, pendiente de sus ojillos prodigiosamente vivos. Creo que era justo, bueno y con la suficiente dosis de cariño como para que no nos limitáramos a temerlo.

Una tarde, al acabar las clases, se nos hizo concentrarnos en el campo de juego. Y sin más explicaciones, yo al menos no me acuerdo de que las hubiera, unos individuos entre los que identifiqué a un primo lejano, nos formaron militarmente y comenzaron nuestra instrucción: éramos “flechas” y teníamos que aprender a desfilar. Luego nos repartieron unas camisas azules con los signos falangistas y las correspondientes boinas rojas, y nos transmitieron la primera consigna: los pantalones, que habían de ser cortos y de pana negra correrían por cuenta de nuestras respectivas madres. Ignoro cómo se sentirían por dentro los demás y en particular los mayores aquellos muchachos de doce, catorce o dieciséis años, que a mí me parecían tan enormemente “mayores”. Pero tengo la sensación de que todos o casi todos aceptamos aquella situación con la mayor naturalidad, como algo que formaba parte de nuestro entorno físico. Que algunos de aquellos chiquillos y muchachos fuesen hijos de padres “rojos” huidos, encarcelados, tal vez muertos, tal vez asesinados, era algo que yo ignoraba en absoluto, que no existía, sin más, en mi campo de conciencia. La verdad pura y simple es que no logro recordar que jamás percibiera ningún tipo de animosidad entre unos chicos y otros, o entre otros y yo mismo, a causa de nuestras respectivas procedencias políticas familiares. Si existía semejante

animosidad, se hallaba reprimida, o inconscientemente o por adoctrinamiento de sus madres. Sin embargo, me parece recordar que yo sabía que algunos de aquellos chicos, amigos míos, y aun particularmente amigos, tenían que ver con los “rojos”. Pero nosotros no hablábamos jamás de ello. ¿Era ése el origen de la enemistad que me demostraron en algunos casos un grupo de chicos de un determinado barrio, aquel precisamente donde vivía tío Manuel, el secretario del Ayuntamiento? No lo sé. Yo era demasiado pequeño para que se me ocurrieran ciertas cosas; seguía viviendo en mi mundo intacto, sin otras sombras que las que proyectaban las nubes que viajaban presurosas en el cielo inocentemente azul.

Todas las mañanas, antes de iniciar las clases, salíamos a la carretera, delante de la verja que circundaba el jardín delantero del colegio, formábamos en filas y cantábamos el himno nacional al tiempo que el Hermano Máximo izaba la bandera en el balconcillo semicircular que presidía la fachada de piedra rubia. “Triunfa España...”, creo que eran sus primeras palabras. Me pregunto si se izaban también las otras dos banderas y si cantábamos más himnos. Creo que no. Si cierro los ojos, vuelvo a ver la fachada del colegio, y vuelvo a verme a mí mismo, brazo en alto, cantando a voz en grito.

Pero mis otras imágenes “políticas” están muy embarulladas. Nos sacaban de clase cada vez que se celebraba una manifestación para festejar alguna victoria del glorioso ejército nacional. Alguien exclama: “Ha caído Castellón de la Plana”. Y acudimos al ayuntamiento desde cuyo balcón algunas personas se desgañitan. No me impresionan. Otra de aquellas manifestaciones se vincula en mi memoria con un formidable berrinche mío a causa de unos pantalones que no me quiero poner porque me están grandes, porque no me gustan. Lloro, grito y pataleo. Al fin me incorporo al cortejo que pasa ante nuestro jardín, mientras trato de ocultar mis ojos enrojecidos y mi aire contrito y derrotado en medio de la muchedumbre que desfila con expresión festiva. Por lo demás aprendí a diferenciar muy pronto entre el ejército victorioso, sus generales y su caudillo, y los falangistas. En casa era evidente la simpatía por aquellos y la reticencia ante éstos. Me parece que otro tanto sucedía en el colegio y con los curas. Un domingo, a la salida de la misa mayor, presenciamos un clamoroso altercado entre el cura párroco y el alcalde. Tenía que ver con los nombres de los “caídos” que acababan de descubrirse en un muro del pórtico del templo. No me acuerdo de más.

Que un niño nada agresivo y que iba para pacifista sintiera debilidad por las armas y los uniformes, es algo que encierra un misterio no desvelado todavía. Luego he observado pareja debilidad en otros muchos niños tan poco agresivos como yo lo era, lo que me ha llevado a preguntarme si no habrá en todo ello alguna secreta perversidad, la sombra de algo que oculta

su nombre dentro de las en apariencia más inofensivas criaturas. El caso es que mi abuela tenía entre sus más íntimas amistades a una señora cuyos hijos eran muy amigos de mis tías y tíos. Y entre ellos un general famoso, cuya fotografía había contemplado yo con frecuencia entre las siluetas de la guerra que solían aparecer en la prensa en torno a la figura del caudillo. Y un día el general y su familia anunciaron a la abuela su próxima visita. Yo estaba nerviosísimo. Que aquel personaje reproducido en la lejanía absoluta de los periódicos fuera a materializarse, a venir a casa, así, por las buenas, me sumió en la perplejidad. Nunca se me había ocurrido que lo que leía como sucedido en los frentes de la guerra perteneciera al mismo orden de cosas que lo que pasaba delante de mis ojos, y que en definitiva un héroe pudiera entrar en el jardín lo mismo que Don Miguel el médico. Porque los héroes lo eran de un modo absoluto y sin paliativos y un héroe era alguien que tenía que parecerlo constantemente, como una estatua, como el capitán Velarde sobre su pedestal, junto a su cañón y con su sable vibrante levantado en el aire victorioso.

Cuando poco antes de aquel mediodía tan esperado el inmenso automóvil negro se detuvo ante la verja y Tom, ignorante de que a los héroes no se les ladra, empezó a hacerlo con toda su furia de mastín irreconciliable con desconocidos, el grupo familiar que componíamos mis tías y yo descendió con cara de circunstancias al encuentro de los recién llegados, mientras la abuela, sonriente y mayestática aguardaba en lo alto de la escalinata. Besos, abrazos y expresiones de asombro; frases como ¡pero qué alegría!, ¡cuánto tiempo sin vernos!, ¡tienes un aspecto magnífico!, pero ¡cómo han crecido estos chicos!; o la temida presentación del niño: ¡este es Paquito, uno de los de Luisa; está aquí con nosotras; estudia en el colegio! Yo besaba aturdido a aquellas señoras tan altas y elegantes, circundadas por la atmósfera singular de sus perfumes; saludaba aturdido a los dos hijos del general, algo mayores que yo; y, sobre todo, sumido en el estupor y la decepción, estrechaba la mano del héroe y recibía sobre mi mejilla sofocada una caricia condescendiente. Resultaba que el general no vestía uniforme de general, ni ostentaba insignias de general sino de coronel, ni llevaba fajín rojo. Su esposa, elegantísima, altísima, estiradísima, se advertía enseguida que era la esposa de un general; los hijos, displicentes, estirados como su madre, era evidente que eran hijos de un general. Hasta a la cariñosísima señora que era su madre y a sus hijas las hermanas del general se les traslucía su ilustre condición. En aquel grupo la única persona que no parecía tener nada que ver con un general era el general. Con su mirada grande y un poco triste y su bigote entrecano, se le notaba como distraído de su fama, como apeado de un pedestal, como si le durara el aturdimiento de un combate lejano. Seguí con la mirada al abigarrado grupo que se desplazaba con lentitud por el jardín y se apretaba en torno de la

abuela, y como todo el mundo parecía haberse olvidado de mi frágil persona, me deslicé hacia la cocina. Por suerte para mí, no iba a sentarme a la mesa con los mayores: había visto preparar en obsequio de los visitantes algo atroz y repugnante: “¡Esto son ostras, tontaina!”, me había dicho la cocinera amenazándome con meterme una en la boca.

Mientras tanto, la guerra se iba alejando del horizonte del niño que yo era. Ya no había bombardeos, ni se veían soldados, ni otra cosa bélica que las conversaciones de los mayores sobre los acontecimientos de una geografía irreal: Valencia, Cataluña, eran nombres que aparecían en los libros de texto; sólo nombres. Una tarde de domingo en que mi primo José y yo merodeábamos por las callejas de Pomar en busca de un rincón donde fumar impunemente, dimos con una cuadra desierta y nos escondimos dentro. Ante un inesperado apremio fisiológico, de esos aparentemente contagiosos de los chavales, los dos a la vez, nos bajamos los pantalones y nos pusimos en cuclillas. Y entonces la descubrimos: casi debajo de nosotros, que sólo por casualidad no la habíamos pisado, semioculta entre la paja, una bomba, una bomba de mano de las que llamaban de piña. Nos incorporamos, como impulsados por un resorte, y salimos pitando. Una vez fuera, volvimos sobre nuestro sobresalto y discutimos el alcance de nuestro hallazgo. Como niños de la guerra sabíamos muy bien cómo se hacía estallar una bomba: cómo se tiraba primero de la anilla y luego se la lanzaba lejos; la tentación era muy fuerte. Sin embargo, debió de imponérsenos esa mezcla de cordura y miedo que tantas veces actúa sobre los chiquillos, de manera que corrimos a dar la noticia en casa, de casa avisaron a la guardia civil, y la pareja acudió con toda presteza, se hizo cargo del artefacto y lo hizo estallar en un descampado: se trataba simplemente de una bomba de humo.

Pero mientras los niños jugábamos a la guerra, había jovencitos aturdidos que por lo visto jugaban ya a la victoria. Una tarde, mientras aguardábamos a entrar en clase, empezó a difundirse el rumor, uno de esos rumores que parecen viajar misteriosamente en el viento: los falangistas habían ido a por “El Carajón”. ¿Quién era “El Carajón”? Yo al menos no había oído hablar nunca de él. El Carajón era un hombre que estaba escondido en el monte. Mi mente infantil se puso enseguida en marcha hacia ámbitos temerosos: barbas hirsutas, manos sucias, ojos inyectados en maldad, cañones amenazadores de una escopeta asomando entre los helechos del bosque. ¿Y por qué estaba escondido en el monte?: a saber lo que habría hecho. ¿Pero qué había hecho? Nadie había oído hablar de ningún crimen, de ninguna fechoría en toda la extensión del valle ni de la comarca. Pero era un “rojo”. ¡Ah! Un rojo escondido en el monte tenía que ser por fuerza un facineroso, un criminal. Parecía, pues, razonable que fueran a por él;

llevábamos demasiado tiempo oyendo que había que acabar con ellos, con los rojos, que la guerra consistía en que los nacionales mataran a los rojos.

La excitación sorda y los cuchicheos se disolvieron al aparecer los Hermanos ante las puertas de las aulas, pero durante todo el resto de la tarde el aire estuvo atravesado de miradas fugaces, de secretas inquisiciones, de alucinaciones instantáneas: gritos en la espesura, disparos, aleteo de pájaros asustados, sangre. Uno se había olvidado de repente de la regla de tres, de dónde estaba Teruel, de en qué mar desembocaba el Danubio. Por qué, a la salida del colegio, unos cuantos críos corrimos derechos al cementerio, es algo que ignoro. Algo escucharíamos, algún nuevo rumor llegaría hasta nosotros; el hecho es que sabíamos que El Carajón estaba allí. Y, en efecto, allí estaba. La verja del camposanto estaba cerrada; y veo con toda nitidez al grupo de chiquillos, encaramándose, forcejeando unos con otros en medio de su excitación silenciosa, sobrecogidos, atravesadas sus mentes por la exhalación heladora de la muerte, sin odio ni pena, simplemente absortos. En realidad, no alcanzamos a ver el cadáver; nos lo impedía una paredilla que sólo dejaba sobresalir sus pies que colgaban de una especie de angarilla. La parte inferior de unos pantalones remangados, unos pies sucios, unas alpargatas medio sueltas: era El Carajón, llamado así por mal nombre, apodo e insulto que le predestinaban al desprecio final, como consignándole a las descargas con posta de las escopetas de unos héroes falangistas, tal vez inconscientemente nostálgicos, desde su retaguardia de señoritos, de las batallas que no habían tenido particular interés en librar en el frente.

Bueno; esto último era algo que entonces no se me podía ocurrir a mí. Y además el rumor decía algo más: que El Carajón, al verse perdido, había matado a uno de sus cazadores. El muerto era un muchacho al que todos conocíamos, casado con una hija del alcalde y con uno o dos críos pequeños. Cuando llegamos a la casa donde vivía el matrimonio, aún estaba allí el camión en que habían trasladado a los dos muertos, al Carajón, tirado en el cementerio con destino a una fosa sin nombre, y al falangista muerto por él y ya convertido en héroe vengado por sus compañeros de aventura. Poco después se añadió su nombre a la lista de los caídos por Dios y por la patria, mientras un nuevo avieso e insistente rumor fue instalándose en el pueblo: en realidad El Carajón no había tenido tiempo -si es que había sido esa su intención- de matar al muchacho. Los falangistas habían empezado a disparar a mansalva sobre El Carajón sorprendido en su escondite, y uno de ellos -cuñado por más señas del "caído"- había matado involuntariamente a éste.

Pero, ¿de qué se acusaba al Carajón? Nadie supo responder a esta pregunta. El Carajón era un muchacho de pocas luces que estaba asustado

y se había tirado al monte con una escopeta vieja y dos latas de sardinas. No se necesitaban muchas razones para sentirse asustado; en realidad no se necesitaba ninguna. Y los falangistas se fueron a por él porque se había escondido en el monte. Si estaba escondido es que era un rojo, y si era un rojo había que acabar con él. El raciocinio se imponía por su propia evidencia. Oí relatar en casa secamente lo ocurrido y lamentar las dos muertes, la del falangista como accidente desgraciado, y la de El Carajón como puro y simple asesinato. Yo no me atreví a contar lo que había visto: aquellas alpargatas de cadáver, aquel estupor ante la muerte mientras el rumor del viento sonaba lúgubre a nuestras espaldas en las ramas de los fresnos y los avellanos que circundaban el camposanto. Los niños sólo pueden expresar su rechazo de la sinrazón con un silencio absoluto, con sus ojos abiertos en medio de la noche que miran sin pestañear unas alpargatas medio colgando de los pies del cadáver de un pobre muchacho asesinado por haber tenido miedo.

13. EL VERANO

Si cierro los ojos, “siento” el verano. Como si me penetrara por todos mis poros. El verano, que son todos los veranos, todos los veranos de niño, en Santander y sobre todo en Guriezo. Aguardábamos impacientes a que viniera tía Elo a recogernos, a los cuatro, mis hermanos mayores, mi hermana pequeña y yo. Veranos de 1935, de 1936 -hasta que empezó la guerra-, de 1937 y 1938. Íbamos en tranvía hasta Miranda o hasta el mismo Sardinero; pero con más frecuencia subíamos a pie el paseo de Menéndez Pelayo. Qué excitación al asomarnos al Alto de Miranda y contemplar sobre los tejados y los árboles que descendían hacia el Sardinero las cúpulas del Casino y el azul, los dos azules del cielo y el mar. La brisa cantábrica se nos venía encima de golpe, abríamos la boca, inhalábamos el oxígeno, el yodo y la humedad salina y nos manteníamos unos instantes sin aliento, como embriagados, mientras la frescura del aire se nos colaba bajo nuestras camisillas y nos escalofriaba. Tía Elo se desgañitaba recomendándonos precaución; nosotros nos dejábamos arrastrar por nuestra propia inercia cuesta de la Cañía abajo y luego la esperábamos a su término, antes de cruzar las vías del tranvía. Después, bajábamos por la escalera del balneario, nos sentábamos en uno de los últimos peldaños para descalzarnos, y ya estábamos sobre la arena de la playa. Donde daba la sombra, la arena se mantenía húmeda y fría. Al sol parecía que quemaba.

Un día, hace pocos años, volví a repetir secretamente aquel gesto infantil. Había ido yo a que me lavaran el coche, mientras María Jesús y los niños se adelantaron a la playa de La Concha. Al regreso, descendí los peldaños de la escalerilla, me senté en el último y me quité las playeras. Una enorme y estremecedora turbulencia meteórica se levantó en mi interior. Allí estaba yo mismo, con mi pantalón corto de milrayas y mis piernas tostadas,

quitándome las sandalias. Una congoja inmensa me sobrecogió; un niño abortó me miraba con tristeza desde dentro de mí; y la presencia de todos vosotros me circundó, desvaneciendo el instante en que me hallaba. Estabais allí de nuevo, ofreciéndome una dicha imposible: papá, mamá, tía Elo. Me sentía al borde del llanto, bajo esa mano que nos aprieta la garganta y que se llama dolor por la felicidad del pasado y su destrucción. Yo era aquel chiquillo que acababa de descalzarse y que salía corriendo detrás de sus hermanos; que se desnudaba con presteza y como poseído por un vértigo se lanzaba a las olas. Como quien sólo a fuerza de brazos y pies emerge agotado de un torbellino abisal, regreso despavorido del pasado hacia el presente en que me estaba quitando las playeras. A mi alrededor subía y bajaba la gente indiferente; María Jesús y los niños me aguardaban unos cuantos metros más allá, entre la playa Primera y la Concha.

Por aquellos años era mucho menos numerosa la gente que acudía a las playas. La guerra civil despobló el Sardinero. Incluso nosotros dejamos de ir, supongo que sólo durante algún tiempo, a causa del susto de tía Elo, y del nuestro, desde luego, cuando unos mozalbetes algo mayores se metieron con nosotros a causa de los escapularios y medallas que llevábamos al cuello. Acostumbrábamos a regresar en las primeras horas de la tarde en el tranvía que por el paseo de Reina Victoria nos llevaba hasta Puertochico, donde comíamos en casa de la abuela María. Nos subíamos a una “jardinera”; estoy viendo nuestras piernas colgando mientras tratamos de desprendernos la arena de nuestro vello impúber. Voces y chirridos de ruedas en los rieles; exaltación de los pequeños, insólito aire jovial en los mayores. El tranvía deja atrás la Magdalena; la brisa es refrescante en la atmósfera encendida de Julio. El cielo está azul, es cielo de nordeste; la bahía resplandece semioculta por los pinos. Siento mis ojos muy abiertos, mi sonrisa dilatada hacia los demás; las de los demás hacia mí; tía Elo en particular nos mira y se ríe, se ríe y nos mira, sus miradas pasan chispeantes de unos a otros. Ignoro cómo se llama lo que siento; no atiendo a los nombres de las cosas ni a los perfiles de las situaciones; estoy todo vuelto hacia fuera de mí, hacia el resplandor de la bahía entre los pinos, hacia el azul del cielo, hacia las palabras y las miradas y la sonrisa de los rostros.

Mis sueños de ahora se han ocupado de ir traducíendome y descifrándome aquellos instantes. Una y otra vez he soñado que volvíamos en tranvía hacia Puertochico. Me estoy quitando la arena de las piernas; tía Elo me mira y se ríe; me dice algo que no alcanzo a oír a causa del estrépito de las voces y el fragor de los hierros del tranvía. Siento la brisa contra mi cara y mi torso; están los pinos, la bahía cegadora y el azul donde reina un sol al que no se puede mirar. Y ahora sí sé lo que entonces no sabía, en lo que ni siquiera pensaba: que era un chiquillo feliz, y que la dicha era tan grande, tan ilimitada, tan absoluta, que no cabía siquiera la posibilidad de

pararse a pensar en ella. Lo niños son tan felices porque no saben que lo son; y si lo supieran, ya no lo serían tanto. Esa es la clave de la niñez. Tampoco los niños que sufren comprenden su sufrimiento; y por eso es mayor su infortunio. Una pena sin riberas que los adultos jamás comprenderán. Pero en la lucidez de los sueños se nos revela el secreto.

Otra imagen del verano, también en Santander. Es una tarde interminable del mes de julio. Los niños estamos cenando en la amplia cocina; el antepecho está abierto de par en par. ¿Las siete, las ocho, tal vez las nueve? Hay aún mucha luz; un azul vespertino hondo y empastado. Perfiles familiares como telón del horizonte: chimeneas y tejados de la Rosario y de Cirages, larguísima fachada del colegio de los Escolapios. Quizás el sol, que lentamente deriva hacia el ocaso, del lado de Peñacastillo, incendia algunos cristales. Casi seguro que era el verano del 35, y estamos todos: los hermanos mayores, mi hermana pequeña, yo, sentados a la mesa. Yo, de cara a la tarde que irrumpe por el ventanal abierto. Vosotros, los mayores, estáis de pie alrededor: la abuela María, Tía Elo, tío Silverio, vosotros dos; tú que te mueves con las faenas de la cena. Debe de ser Domingo, porque estáis todos y en cambio no están las chicas, ni la cocinera ni la niñera. Y hay un júbilo espontáneo en las palabras y las miradas, una atmósfera de dicha en la que todos respiramos sin esfuerzo. Y ahora mismo, mientras voy repasando uno a uno vuestros semblantes que vierten el amor como un vino dorado, empiezo a sentir una tremenda congoja: nadie sabe que uno de nosotros va a morir, que una fulminante septicemia se llevará en unos pocos días a Pepenel. Absurdamente, os veo a la vez contentos y llorosos, siento a la vez la alegría y la consternación, me invaden a la vez la calidez del verano y la mano fría del invierno. Pepenel es ese mismo niño que me mira desde las fotos familiares. Tiene siempre en su cara una sonrisa de listeza y de malicia; un jersey que tú misma le habías hecho, unas medias de sport, un pelo negrísimo unas orejillas de soplete. Me acompaña siempre, como a vosotros, la presencia de aquel chiquillo que no creció con nosotros, que no está ya en las fotografías posteriores, pero que vosotros divisabais como a lo lejos, cuando vuestras miradas pasaban por encima de nosotros y se perdían, empañadas por una lágrima que no llegaba a correr, detenida en lo que sucedió, en lo que pudo no haber sido.

Y estaba, sobre todo, el verano en Guriezo. Desde la Semana Santa, todas las cosas se apresuraban hacia el verano. Salíamos de estampida del colegio hacia una tarde que nos aguardaba con todas sus horas disponibles; no llegaba nunca el momento de volver a casa. Nos perdíamos en el encinar detrás de las chiquillas, con la imaginación disparada a deseos confusos; se trataba de escaramuzas efímeras cuya malicia procedía más de insinuaciones cogidas al vuelo en la charla de los chavales algo más crecidos que de una incitación íntima. Andábamos por los diez u once años:

son imágenes, las de los “juegos amatorios”, correspondientes sin duda al último año del colegio. Si regreso a tiempos anteriores, siento la brisa que se cuela por todos los antepechos abiertos; los manzanos han florecido; la cantinela de los carros cargados de brezo o de hierba se arrastra con la lentitud de las parejas de bueyes, con sus testuces ocultas por la piel de oveja que cubre los yugos. Se escucha todo el día el canto de los pájaros en los árboles del jardín; llega desde el río el rumor de la crecida y empiezan a madurar las cerezas tempranas. Nos reunimos todos a comer en la galería: los bastidores abiertos, la mesa circular del centro y la cuadrada lateral, reservada a los niños, resplandecen de manteles inmaculados; la vajilla blanca y los cubiertos de plata multiplican los reflejos. Huele maravillosamente bien: esos aromas que excitan la impaciencia de los niños.

No sé quiénes aguardamos ya en la galería a que aparezcan los rezagados: la abuela Lucía, tía Amelia, tú, mamá; cuando llega de abajo, de la terraza de la cocina, un súbito tumulto de gritos y lloros. Voces acaloradas, llantos y pasos que se precipitan escaleras arriba, e inmediatamente irrupción en la galería de una de las criadas con Ramonín en brazos, ensangrentada la cara, sus gritos agudos y su lloro desconsolado interrumpidos a trechos, espasmódicamente, por el propio terror de la criatura. Sobresalto; se indaga lo ocurrido mientras se acude a limpiar la herida y se ordena tajantemente la desaparición de los chiquillos que han subido detrás en silencioso escuadrón amedrentado. Cuando se restablece la serenidad y amainan el llanto y el desconsuelo del pequeño -que no tiene más de cinco años-, alguien se apresura a salir hacia la farmacia con el niño en los brazos a fin de que le pongan unos puntos de sutura, y nos vamos enterando de lo sucedido: que el chiquillo había hecho ademán de alargar la galleta que estaba comiendo a Tom, que el perro había levantado su zarpa hacia la galleta, que el niño había retirado la mano, y que la zarpa del animal, que había ido detrás, le había arañado la cara. Todo había sucedido tan instantáneamente que en realidad nadie había tenido tiempo de verlo, de cuantos allí mismo rodeaban en aquel momento al chiquillo. Porque alguien debió de hacer notar que cuando se le enseña una galleta a un perro, éste no adelanta la zarpa sino sus fauces, y que con lo que arañó a Ramonín no fue con las uñas de su zarpa sino con los dientes. Mientras tanto, el susto había pasado, y a los pequeños nos hicieron sentar a la mesa sin aguardar a más. Nos mirábamos todos unos a otros muy excitados y hacíamos cábalas sobre lo horrible que debían de ser aquellos puntos que estarían en aquel mismo momento dando a Ramonín. A la vez, mirábamos en silencio a tía Amelia, la madre de Ramonín: le iba volviendo el color; se tranquilizaba poco a poco y trataba de sonreír. El tono de las voces recuperó su nivel de normalidad y volvimos a percibir el olor de las magnolias del

jardín y los efluvios de las fuentes con ensaladilla rusa, y el estimulante bienestar del mediodía circuló nuevamente por todos nosotros.

Una vez que el verano dejaba sentir sus calores -lo que en Santander no suele acontecer antes de comienzos del mes de julio- la abuela mandaba sustituir la galería, con su exceso de luz y sol, por el amplio comedor de la planta baja, orientado al norte, fresco y aun sombrío con sus espesos cortinones color granate. En aquel entonces aquel comedor a mí me sobrecogía. Cubiertos sus muros hasta media altura de madera oscura, y el resto empapelado de granate como la tela del cortinaje, la pared del fondo se hallaba de arriba abajo ocupada por un formidable aparador encristalado donde brillaban la porcelana y los juegos de copas y vasos, y se alineaban las largas filas de botellas de vinos y licores. En el otro extremo, junto a la puerta de doble hoja, y flanqueada por sendos sillones, un antiguo trinchero sostenía bandejas y piezas de plata, así como un par de esbeltos candelabros que sólo vi encenderse, para infrecuente encanto mío, cuando faltaba la luz eléctrica a causa de alguna avería. El yeso de la techumbre, con cenefas floreales en relieve a lo largo de sus bordes, estaba pintado de azul celeste y en ambos polos unos angelitos gordinflones -moreno el uno, rubio el otro, en imagen y remembranza, nos decían- de dos de nuestros tíos, niños aún al decorarse la pieza, parecían navegar ingravidamente por la célica bóveda, sosteniendo sus correspondientes bandas de tul con aire ligeramente idiota. “Este es tu tío Domingo; y aquel tu tío Tato” nos aseguraban, mientras torcíamos el cuello y abríamos -fatalmente- la boca, mirando, un tanto escépticos, a nuestros distantes, encumbrados y celestiales parientes. El centro del comedor lo ocupaba una mesa larguísima flanqueada por media docena de sillas de alto respaldo a cada lado y dos sillones en sus extremos, bajo los múltiples brazos metálicos de la lámpara. Cuando no cabía todo el mundo -lo que no era infrecuente-, nos ponían a los pequeños una mesita auxiliar en la esquina junto a la puerta de la pequeña azotea que daba a la escalera exterior. Y se suponía que teníamos que comer en silencio, fenómeno éste muy aleatorio y que dependía de distintos extremos: si nos gustaba lo que habíamos de comer -que hubiéramos de hacerlo era algo que se daba por supuesto e indiscutible-, o si picaban nuestra curiosidad las conversaciones de los mayores.

En aquellas primeras horas de las cálidas tardes del verano, la comida familiar concluía con una ceremonia que en particular a la abuela y a ti, mamá, os encantaba: en vez de tomar los postres en la mesa, nos levantábamos todos y salíamos detrás de vosotras a cogerlos directamente en la huerta. La fruta colgaba paradisiácamente de los árboles, o yacía en tierra recién caída, que era con frecuencia la más sabrosa. Peras, manzanas, melocotones, paviás, ciruelas, guindas: olores y sabores, antes presentidos

que gustados; la brisa húmeda y templada, un poco empalagosa, que traía en volandas los aromas de los frutos que se pudrían entre la hierba; el ronroneo de los abejorros y otros insectos atraídos por los golosos zumos de la fermentación; el vuelo fraudulento y bajo de los pájaros -gorriones, jilgueros, tordos-, que observaban a prudente distancia la intromisión de los humanos en su succulento mediodía estival; nos reíamos, nos hablábamos a gritos, mordíamos las tersas superficies frutales y masticábamos su pulpa como si el mundo no fuera a acabarse jamás; las encías se dejaban penetrar por los azúcares como rocas sobre las que irrumpiera una dulcísima marea, el vello de nuestros brazos se erizaba de placer. Mamá: identifico la dicha en tu rostro, te ríes mientras defiendes tu cara de las ramas bajas que alejas con el antebrazo y acometes a mordiscos el melocotón que sostienes con la otra mano. Nos miras y te miramos; te ríes y nos reímos; las palabras cuelgan de los labios entre unos y otros como los hilos que las arañas han tejido pacientemente desde la víspera y que nos llevamos nosotros por delante. Y ahora, al cabo de los años y de tantos veranos, escribo aquí esta frase de apariencia trivial: ¡qué di-cho-sos é-ra-mos!...

Los veranos parecían no acabar nunca. Disfrutábamos tanto de las mañanas y las tardes, del sol y la sombra bajo los árboles, de estar todos juntos y de vernos unos a otros, que el tiempo parecía haberse detenido y la vida era como una sonrisa derramada sobre todas las cosas, desde las más minúsculas hasta las más importantes. Yo soportaba bastante bien la relativa soledad del curso escolar; durante el cual en la inmensa casa no solía haber más chiquillo que yo. He descrito ya cómo mi imaginación poblaba aquellos meses. Pero ahora la realidad se había vuelto diferente. Mamá y los hermanos pasábamos juntos todas las vacaciones; papá se nos añadía en cuanto se lo permitía su trabajo y supongo -no puedo recordarlo con exactitud- que además de sus cortas semanas de ocio, venía de Santander cada fin de semana, que entonces aún no se llamaba así. La abuela Lucía llenaba la casa y la existencia cotidiana con su espléndida presencia rebosante de actividad; y junto a ella, tía Pilar y tía Cari, ambas jóvenes aún y solteras contribuían al clima de jovialidad que se intensificaba todavía más cuando se presentaba tía Amelia con sus hijos,

A media mañana, la chavalería en pleno echábamos mano de las bicicletas y enfilábamos la carretera hacia la playa de Arenillas: varios kilómetros en los que íbamos dejando atrás Rioseco, El Pontarrón, hasta coger la general que bordeaba la ría de Oriñón y nos dejaba -a la vuelta del murallón de Cerredo, cortado casi a pico sobre la costa, y del crucero que recordaba sobre la punta un trágico accidente ocurrido no hacía muchos años que había hecho caer hasta el mar a una pareja culpable-, frente al irregular saliente rocoso que acogía la playa misma de Arenillas y el langostero, así como la pequeña cala que hacía de puertecillo para las

embarcaciones pesqueras de la gente de Islares. Aquella playa, que desaparecía durante la marea alta mientras que la baja hacía que se prolongara en un inmenso arenal hasta el otro lado del estuario de la ría de Oriñón, ejercía sobre todos nosotros una enloquecedora fascinación.

Nos lanzábamos con nuestras bicis por la pendiente de grava que descendía desde la carretera como si fuéramos a la conquista de una playa misteriosa y salvaje. No lo era en realidad, pero lo cierto es que por aquellos veranos de los años 40 sólo nosotros disfrutábamos de ella. “Nosotros” éramos mis hermanos y yo, nuestros primos y unos cuantos amigos de unos y otros: aquella tribu de chavales que veraneábamos en Guriezo. El turismo no se había inventado aún; sólo en muy contadas ocasiones venían otras gentes, de Islares o del mismo Guriezo, o se detenía algún automóvil casual. Podíamos, pues, satisfacer en aquel paraje maravilloso nuestro doble instinto de descubridores y propietarios. Si no aquel, éste al menos se veía corroborado por el hecho de que la generación anterior de nuestra parentela, allá por los años 20 y 30, nuestras tías y tíos, así como la muchedumbre de sus amigos, habían sido los auténticos pioneros de los placeres estivales en la playa de Arenillas, tal y como me constaba por las decenas de fotografías que yo tenía muy vistas en casa, en el secreter del gabinete de mis tías: aquellos caballeros de punta en blanco, con sus bastones, sus cuellos altos y sus sombreros de galleta; aquellas damas con sombrilla, sombreretes encasquetados, talles bajos y esbeltas piernas al aire -más bien a la vista que al aire-, puesto que las llevaban enfundadas en deslumbrantes medias blancas; lo que señalaba escandalosamente el contraste con la otra generación, la de los abuelos, de bombín o chistera y largos vestidos reptantes. Lo que más me intrigaba en aquellas fotos era encontrarme con que me eran familiares -mis tías, sus amigos y amigas, sus primos-, pero que allí se mostraban en una edad análoga a la que yo mismo tenía, algunos años más tan sólo, pero extrañamente vestidos de personas mayores. Me parecía que nosotros éramos los primeros niños vestidos justamente de niños; con pantalón corto y el pelo cortado al flequillo, con calcetines y trenzas.

Con la marea alta, el agua llegaba hasta las escalerillas de piedra, haciendo desaparecer la playa; entonces había que tirarse desde las rocas, cosa que me imponía un miedo probablemente saludable, mientras admiraba a mi hermano mayor y a sus amigos que lo repetían una y otra vez con intrepidez. A los pequeños nos gustaba más la marea baja; entonces nos bañábamos en las olas que se acercaban a romper en la arena, o andábamos y andábamos por el arenal hasta alcanzar el horizonte de su extensión dorada, llegando hasta las dunas de Oriñón. A nuestra derecha, mientras caminábamos descalzos, hacia la mar abierta, se prolongaba el Cabo Cebollero, cuyo suave lomo tenía todas las apariencias de una inmensa

ballena varada. En Arenillas eran muchas las cosas que nos llamaban la atención. En determinados días y mareas, el agua bufaba y brotaba en forma de surtidor cuando penetraba en ciertos cubículos subterráneos; y en el langostero nos asomábamos a sorprender a los hermosos crustáceos que se deslizaban por el fondo de su mansión marina como extraños guerreros mongoles.

Unos cuantos metros más allá, hacia Islares, había una campa entre maizales donde se celebraba la romería de San Roque, delante de la ermita del Santo legendario y popular. Ese día la mañana en la playa, después de haber oído misa, tenía el aliciente de la comida campestre bajo los árboles -había por allí frutales, más algunos plátanos, encinas y olmos- de las tortillas de patatas, los pimientos rellenos y la bota de vino empinada por la chavalería con ademanes pretendidamente viriles y un sí es no es culpables. Las romerías se sucedían estratégicamente distribuidas a lo largo del verano; iban por barrios, como la risa. Del lado de El Puente caían El Cristo, La Magdalena y, ya a fines de la estación veraniega, San Bartolomé y la Merced; y del lado de Rioseco y Pomar - donde vivían nuestros primos -, San Lorenzo, la aludida de San Roque, y la de Santa Ana, en el barrio alto y lejano de Ranero. Íbamos a todas ellas a pie o en bicicleta; a ésta última, recuerdo haber subido alguna vez en carro de bueyes. Fuéramos a unas o a otras, mis primos y yo teníamos en todas ellas una tarea de nuestra particular incumbencia: éramos monaguillos, y se contaba con nuestros servicios. A veces éramos incluso nosotros los encargados de llevar a las ermitas de turno los trebejos para el culto. Luego, ayudábamos a misa; y yo, infaliblemente, me desmayaba. Como chicos formales y bastante piadosos, solíamos estar en ayunas y esa circunstancia, junto a la destemplanza de la hora, las llamas hipnotizantes de las velas, el olor de las flores y la humedad rezumante de las paredes, hacía que al poco rato empezara yo a sentir un sudor frío, un extraño malestar por todo el cuerpo, una especie de vértigo, y izas!: me cayera todo lo largo que era, si es que antes no había podido levantarme de la grada en que me hallaba arrodillado con tiempo para sentarme o mejor aún salir al aire exterior. Entre los siete y los diez años, yo besé las losas de todos los templos de la comarca, desde la iglesia parroquial hasta la última y más remota ermita.

En cuanto la gente salía de la ceremonia religiosa empezaba la animación de la romería. Los músicos -a los que habíamos escuchado tantear sus instrumentos desde dentro de la ermita-, atacaban ahora con decisión los aires de moda. Con un acordeón, un violín renqueante y algún instrumento de viento -saxofón, clarinete o fagot- y a veces el complemento de una batería, la atmósfera festiva se llenaba de melodías tan pegadizas que las oigo aún en algún rincón de mi mente sin mayor esfuerzo: “Vuela, vuela, palomita...”, “Sin novedad, señora baronesa...”: la ilusión de los festejos

populares viajaba entonces sobre ligeros estribos. Los chiquillos observábamos a las parejas que se decidían a bailar, curioseábamos entre los puestos de chucherías -chucherías de los años 40, infinitamente más incorpóreas que las de hoy, se hubiera dicho que con menos sustancia material y mayor dosis de ensueño-, y regresábamos a nuestras casas no demasiado tarde, todavía entre dos luces. Conocíamos a toda la chavalería campesina, y habíamos jugado muchas veces con ellos al fútbol en el colegio; pero había como una distancia impalpable entre ellos y nosotros. Éramos los “nietos de doña Lucía”; una denominación que escuchábamos con frecuencia sin asomo de orgullo ni sensación cualquiera de privilegio. Era exactamente eso: una “denominación de origen”, como la de los vinos. Admitida unánimemente por todo el mundo, nos situaba en una determinada margen de la realidad, lo que hacía que en un momento dado abandonáramos la romería después de habernos codeado amigablemente con nuestros camaradas de colegio sin habernos llegado a mezclar propiamente con ellos. ¿Experimentábamos alguna especie de inconsciente satisfacción al sabernos de otra clase? Es muy posible. Pero se trataba de algo que se daba por supuesto, como una realidad cósmica, sin que nadie pensara en refregársela en la cara a nadie. Yo quería sinceramente a bastantes -no voy a decir que a todos- de mis compañeros; y pienso que a ellos les ocurría lo mismo conmigo. No es dudoso que a ello contribuía en no pequeña proporción, dados los tiempos que corrían, el hecho de saberse que nadie de nuestra parentela inmediata - inequívocamente “de derechas”- se había dejado arrastrar ni a la más ligera represalia, ni había en ningún momento insinuado siquiera la más leve denuncia contra nadie supuestamente “de izquierdas”.

El verano estaba lleno de excursiones. Todos los montes que circundan el valle eran campo para nuestras aventuras. Había para mí como dos vertientes de emoción. De un lado estaba la orilla del río, allí mismo donde terminaba la finca de la abuela, con su arboleda y su presa resonante; luego el monte umbroso que señalaba por el Este el lugar exacto de la aparición del sol por las mañanas: era Rauderas con su bosque de pinos y eucaliptos, y muy arriba de él, casi en la cima, o al menos así me lo parecía a mí, los manantiales que surtían de agua a la finca de mis abuelos -conocidos como “la fuente de Serrano”-, y a la de don Pancho, colindante con la nuestra: mi abuelo y don Pancho, compañeros de fortuna e infortunios en Cuba, habían levantado a su regreso sus casas y sus fincas paredañas, y luego “construido” sus familias respectivas. Este era el lado del nieto de don Pancho, Pedrito, y de mí, exclusivamente. Él y yo formábamos, como solía decirse, rancho aparte, y colonizábamos nuestro propio territorio, que se extendía al Puente, al Puente arriba y hasta Trebuesto. Por otro lado, hacia el Oeste, estaba La Magdalena. Era el barrio de mi padre y su parentela, y

en consecuencia lo considerábamos pertenencia de mis hermanos y mía. Y hacia el Norte, del lado de Rioseco, se extendía la “zona” de nuestros primos de Pomar, que abarcaba también a Valbaciencia y Ranero y se prolongaba hasta El Pontarrón, la frontera de Guriezo, asomado a la carretera general Santander-Bilbao junto a la ría de Oriñón. Los chavales nos sentíamos un tanto sobrecogidos cuando desembocábamos en nuestras bicis en la general para ir a la playa de Arenillas; sólo más adelante, con más años, nos arriesgaríamos hasta Islares y Cerdigo, o hasta el propio Castro-Urdiales. En sentido contrario, la carretera se empinaba enseguida -una vez pasado el puente sobre la ría- hacia el alto de Candina y Liendo: eran territorios que, si no nos estaban expresamente vedados, rebasaban al menos nuestros arrestos ordinarios. Sólo recuerdo haber escalado una vez -antes de los once años- la cuesta de Candina hasta su alto con ocasión de una carrera ciclista que pasaba por allí: lo consideramos todos una proeza.

Yo iba con mucha frecuencia a Pomar; le decíamos “ir a donde tía Marichu”; muchas veces, en invierno y en verano. Aquel caserón en que vivían los tíos y los primos encerraba para mí singulares atractivos. Se dejaba atrás la calleja de suelo irregular y enlodado, y por una verja de madera se penetraba en un pequeño jardín con mirtos y limoneros; a la derecha, por una escalera de cemento, se subía a una galería lateral, encristalada y adyacente a la casa, y un tanto destartada, reservada a los juegos de los niños. Me atraían los juguetes de mis primos, diferentes de los míos -como un coche de pedales-, y los libros. Recuerdo uno, *Los naufragos de Spilberg*, que me tuvo en vilo durante varios días y cuyas imágenes deambulan aún por mi memoria. Estoy viendo aquel volumen de tapas amarillentas y vuelvo a encontrarme con mis piernas cruzadas en el suelo mientras viajaba entre los hielos polares y los rebaños de renos huían bajo los disparos. Si cierro los ojos, escucho de nuevo el sordo rumor que hacen las patas innumerables de las manadas; resuena como en un corazón distante; revive como una punzada intolerable.

Nos gustaba entrar, como en un mundo encantado, en la vieja cocina de campana, oscura, impregnada toda ella, como todas las cosas que en ella había, del olor a leña quemada y a humo que acababa por prenderse también a nuestras ropas y pelo. Frente al fogón se movía nerviosamente la buena de Patro, la cocinera, fresca y cariñosa; y en algún rincón de la pieza, sobre alguna de las banquetas de madera renegrida y brillantada por el uso, se sentaba silencioso su padre, Federico, con su cigarro sempiterno en la boca desdentada cubierta de enormes bigotes lacios, como los de un bandido mexicano, y su entrañable bondad, celosamente disimulada bajo el imponente mal genio de los cojos. Era un cojo aparatosísimo, con una pierna inarticulada, doblada en escuadra, que convertía al pobre viejo en un garabato semoviente cuando daba cuatro pasos. “¡Federico, chispas...

pas!"; le gritábamos mi primo José y yo, desde lejos, cuando le divisábamos sentado sobre un tronco junto a la verja del jardincillo. Y Federico se levantaba como movido por un resorte y nos amenazaba con aspavientos y voces estentóreas.

Al acercarse la hora de la merienda nos íbamos sentando todos los críos en las dos bancas que se extendían a ambos lados de la mesa de nogal tosco. Patro, o la propia tía Marichu, o la tía Mili, su hermana, nos servían el pan con chocolate y la leche, tibia y salada, cuyo sabor me resultaba siempre tan sorprendente. Y luego nos quedábamos todos sentados, aguardando. ¿Aguardando, qué? Aguardábamos a que viniera la bruja. La bruja era Pepita "la garria". Pepita la garria, de acuerdo con su nombre a lo que más se parecía era a una castaña enana - que en Guriezo llaman "garria -, y se presentaba dos veces cada día, con exactitud astronómica, saludaba a los presentes en la cocina, y levantaba una por una las tapas de los pucheros. No era una bruja malvada; era simplemente la bruja de la curiosidad campesina. Hasta que un buen día, Patro, harta de que le husmeasen sus guisos, discurrió una broma genial: calentó al rojo un hierro y dos minutos antes de la llegada de Pepita se lo aplicó concienzudamente a las asas de los pucheros. Todos aguardamos en silencio, con caras de circunspección. Escuchamos los pasos de Pepita por la escalera; se acercaba ya por el pasillo; entró, nos miró, saludó y echó mano al asa del primer puchero. Resonaron a la vez su grito de terror y nuestras carcajadas unánimes. Pepita giró en redondo y se lanzó escaleras abajo con la misma presteza que si hubiera salido disparada por la ventana en una escoba. En adelante es de suponer que acudiría a satisfacer su curiosidad irreprimible a otras cocinas de la vecindad.

La verdad es que habitábamos en un universo inocente y bastante humorístico. Ignorábamos las sordideces o las tragedias que sin duda se ocultarían bajo los tejados de las casas, y no veíamos de las personas más que su faz benigna y sus ademanes divertidos. Por ejemplo, los que habían quedado como tallados en la persistencia de los apodos. Decían "Campanillas" a un individuo famoso por su optimismo y su espíritu emprendedor de pintorescas empresas; "los Ratones" eran la numerosa descendencia de "El Ratón", llamado así por sus orejas generosas y su nariz prominente; "La Polla" era una mujer grande, rubicunda y riente, inflada como una clueca; se conocía a otra como "la Hipolitona", que no hay ni que decir que venía de algún abuelo Hipólito, pero que llamaba la atención por su voz ronca, su alta estatura, sus modales bruscos y su dudosa limpieza. Aunque a los chiquillos lo que más nos sorprendía era su bigote. Pienso que sería inadecuado suponer que eran gentes a las que se despreciaba; simplemente sucedía que eran motivo de risa y objeto de un trato jovial y a veces cazurro. Y como es cosa bien sabida, el apodo es algo que se conoce

y se utiliza, pero que nunca debe llegar a oídos de la persona aludida, lo que le haría perder toda su gracia y convertirse en insulto. En una ocasión, al cura párroco, que anunciaba durante la misa mayor dominical la próxima celebración de un funeral, se le escapó inocentemente el apodo patronímico del difunto; la juerga del vecindario fue colosal, así como la indignación de la parentela del finado ante aquella auténtica violación de un tabú sacrosanto.

Durante los largos días del verano podían pasar muchas horas sin que se nos echase en falta. Podíamos desaparecer sin necesidad de explicaciones, sin otros límites que las horas convenidas de las comidas y los montes lejanos que se suponía que no pretenderíamos traspasar. Una de nuestras excursiones predilectas, desde Pomar, era precisamente la de tirar monte arriba, hasta las alturas de Cerredo. Formábamos el grupo mis primos Leonardo y José, y yo. Dejábamos atrás el puentecillo sobre el arroyo, las últimas casas con críos y gallinas, la arboleda y la campa junto al río, y nos lanzábamos a la empresa maravillosa de ascender, paso tras paso de nuestras botas de tachuelas, hacia la inmensidad de la tarde, de la montaña, y del azul del cielo sin colonizar. En las altas praderas que circundan los picos de Cerredo pastaban las vacas salvajes que por aquellos contornos apellidan “monchinas”; frenéticos de miedo y exaltación, llamábamos su atención desde lejos, para echar a correr y escondernos detrás de una casilla en cuanto levantaban hacia nosotros sus testuces hostiles. Tras haber remontado trabajosamente la pendiente de una campa, volvíamos a dejarnos arrastrar ladera abajo por nuestra propia inercia, hasta rodar a veces por la hierba, cuando ya los músculos enervados de nuestras piernas habían dejado de respondernos. Nos quedábamos tumbados boca arriba, sin aliento, mientras la corriente vespertina inflaba nuestras camisas y escalofriaba nuestros torsos sudorosos. Sobre nosotros, en la vastedad del firmamento, los buitres trazaban sus lentos círculos majestuosos y siniestros. No eran tanto las aventuras reales lo que nos atraía vertiginosamente, cuanto su sueño, la dilatación de la fantasía sin límites en el inmenso pulmón de la tarde, ebrios de viento altanero, de cielo y de mar. El Cantábrico se tendía a nuestros pies, y nos quedábamos mucho tiempo inmóviles, sentados con las manos entrelazadas delante de las piernas, perdida la mirada en el horizonte, siguiendo la humareda de un barco o el trazo de una vela blanca. Desde los últimos confines convergía hasta nosotros una mitología inocente; no era la diosa del mar, sino la de la dicha la que intoxicaba nuestras mentes impúberes. Apresurábamos el regreso cuando ya se consumaba el atardecer y los campanos del ganado invocaban la noche campesina con su relente y sus caminos oscuros.

14. SOPA DE ALMENDRAS

Estoy seguro de haberte oído explicar en más de una ocasión, querida mamá, en qué consistía y cómo se hacía la famosa sopa. Pero ahora, en este preciso momento, me siento incapaz de recordarlo. Tampoco me interesa demasiado, ni lo necesito. Es otra cosa lo que voy buscando. Si pronuncio en mi interior so-pa-de-al-men-dras, lo que percibo no es el aroma, ni el aspecto, ni el sabor de la dichosa sopa; sino toda una escena familiar, trivial en apariencia, pero entrañable hasta las lágrimas: hay al pie de la escalera un niño de seis o siete años -es en Menéndez Pelayo, 38- que tiene cogido de la mano un osito de felpa, o tal vez estrecha entre las suyas la de su hermana más pequeña, y mira, absorto y en silencio, oscuramente exaltado, la irrupción de lo insólito, de lo maravilloso. Lo absolutamente extraordinario, lo “otro”, consistente en la complicada operación que los mayores -papá, tío Silverio con la colaboración más bien dudosa de Pepenel y Lin- están llevando a cabo para introducir en la cocina la amplia mesa familiar del comedor de diario. Nada más que eso; algo tan sencillo como eso. Pero basta esa variación de tan escasa entidad en la rutina de todos los días para que lo que se avecina adquiera los caracteres de lo deslumbrante, de lo inolvidable: la cena de Navidad en la cocina, caldeada por el fuego del fogón, pero con la mesa grande, necesaria para acoger a su alrededor a todos los que vamos a sentarnos a ella. A vosotros dos y a los chiquillos, que ahora somos cuatro, se añaden la abuela María, tía Elo y tío Silverio. Las personas componemos el grupo familiar habitual; cuanto nos rodea pertenece a la existencia más cotidiana; pero es el hecho de vernos reunidos los que somos, en la cocina, alrededor de la mesa grande que habitualmente está en el comedor, lo que transfigura la situación, la convierte en única y la vincula para siempre, en la memoria del niño absorto, a la celebración de algo prodigioso: la Navidad familiar de su infancia. Pienso que esa imagen precisa debe de corresponder al año 1935: el chiquillo tiene ya seis años y sin duda se han acumulado en su mente, superponiéndose unas a otras, las imágenes de años precedentes. Por otra parte, vive aún el hermano que morirá poco después, antes del verano de 1936; de modo que no puede tratarse de la celebración navideña de ese año, dolorosa por más de un motivo. Pero la familia lleva poco tiempo viviendo en el chalet de Menéndez Pelayo, 38. En suma: la mesa que cambia de lugar se funde con la sopa de almendras, y ahora, al cabo de los años, en esta orilla del tiempo transcurrido, como en una playa desconocida el superviviente de un naufragio, vuelvo a silabear para mis adentros un “abretesésamo” milagroso: so-pa-de-al-men-dras..., y regreso a vosotros y al niño absorto que se ha quedado parado ahí mismo, al pie de la escalera, en la noche del 24 de diciembre de 1935.

No hay nada tan persistente como las impresiones de los sentidos. Sin ellas el mundo se nos desvanecería, se nos vendría abajo irremisiblemente. Todo ha desaparecido: la casa, vosotros, nuestra propia niñez; todo ha sido arrebatado por el huracán del tiempo. Quedan la sopa de almendras -no, propiamente, ninguna de las impresiones puramente sensoriales dejadas por ella, sino el precipitado esencial de todas ellas-, las tostadas con almíbar, el turrón y el mazapán, las “cosquillas” y la risa que provocaban en los pequeños las burbujas de la sidra -el “champán” se lo reservaban los mayores-. Entiéndaseme bien: no es que persistan las impresiones por separado; o, mejor dicho, no es que si las voy recontando una a una -cosa fácil de realizar-, mi vivencia actual de la noche de Navidad se reduzca a cada uno de los olores y sabores de que se halla constituida. No; es otra cosa. Recuento cada uno de esos elementos, pero la noche de Navidad es otra cosa. Está hecha desde luego de todos ellos: cómo sabía cada cosa, cómo irradiaba la luz sobre el mantel, los cubiertos, la porcelana y el cristal; cómo brillaban las miradas de cada uno sobre los demás; cómo cada uno nos sentíamos acariciados por aquellas miradas de los otros; cómo apresábamos los niños la ternura que emanaba de todos vosotros, presintiendo en lo más hondo de una conciencia oscura la inminencia del infortunio, el presagio de la mortalidad. Y ahora, todo eso junto, todas esas imágenes fundidas, como una humareda venenosa levantándose de los detritus del pretérito, o como una esencia tóxica que navegara por mis venas, irrumpen en mí, me habitan, me desvinculan del presente precario en que vivo, y me arrastran consigo a un instante eterno: ése mismo que yo designo como “noche de Navidad”.

Otras veces el círculo familiar era más amplio. Cuando la celebración de las Navidades se llevaba a cabo en Guriezo, la casa de la abuela podía acoger a más de una treintena, entre niños y adultos, como los que debimos de reunirnos en 1932, a juzgar por una fotografía de ese año, exactamente del día 13 de diciembre. Para esa fecha, el santo de la abuela Lucía, nos congregamos todos sus hijos e hijas, con sus respectivos consortes, y la siguiente generación de los nietos; en total, treinta y una personas. Tal vez fue la única, y desde luego la última, vez que nos vimos todos reunidos. No eran entonces fáciles ni frecuentes los viajes transatlánticos, de modo que primero la guerra civil y luego la mundial impidieron el retorno de varios de los tíos hasta después de acabada ésta última, y obligaron a algunos a marcharse y no volver más. Así pues, la noche de Navidad de 1932 las luces del amplio comedor debieron de destellar con particular brillantez. Yo no recuerdo nada, salvo que fue una noche resplandeciente, maravillosa, como de cuento. Que estábamos todos muy excitados y contentos. Que los mayores parecían muy habladores y joviales. Que la sensación de dicha irradiaba de unos a otros. Miro a ese niño de tres años, con su sempiterno

flequillo sobre los ojos, sonriente, feliz: soy yo. Siento una extraña emoción y como un deseo de protegerle contra un destino incierto. Pero ahora, en esa noche en que la casa es como una ascua con todas las luces encendidas en el hall, en el comedor, en la escalera, sólo el sueño es capaz de empañar el brillo de sus ojos ante el pasmo de la alegría ambiente. Ve brillar todos los fulgores a la vez en la bola de cristal que corona el arranque de la escalera; y es lo último que mira antes de caer rendido mientras le suben en volandas. Fuera, en el sosiego del jardín, caen con infinita lentitud los primeros copos de nieve. Paquito no puede sospechar que el mundo no está bien hecho.

Y luego, todas las Navidades de mi niñez se funden en una sola Navidad; las de todos los años en un mismo instante luminoso y cálido. La abuela sonríe desde la cabecera de la larga mesa de blancura resplandeciente a sus hijos y a sus nietos: las últimas muertes en el seno de la familia quedan muy atrás; los sufrimientos que se avecinan no se dejan presentir aún. Hay en la atmósfera como la vibración sinfónica de un compás de dicha, las conversaciones y las risas se acaban de disparar después del breve silencio de una oración liminar. Casi seguro que mi abuela habría presidido la plegaria como recuerdo habértela oído presidir tantas veces a ti, mamá, cuando al principio de la cena navideña rezabas con nosotros un padrenuestro por los caminantes y los sin hogar, por todos los tristes y los afligidos de la tierra. Mientras bajaba mis ojos hacia la porcelana del plato que tenía delante, yo me perdía como entre las páginas de un libro de aventuras por la oscuridad de los senderos, por la inhospitalidad de las veredas y los bosques, bajo el agua, la nieve y el frío de la ventisca. Ahora mismo, si pienso en la injusticia del mundo, o en el silencio de Dios, imagino a aquel caminante en la noche que duraba en su tránsito doloroso lo que el padrenuestro que rezábamos todos juntos.

Papá aprovechaba sus pocos días de descanso durante las vacaciones de Navidad para salir de caza. Prefería la caza invernal, el ave fría o la sorda, aves que los fríos de diciembre abatían sobre los campos y los sotos ateridos por la escarcha o la nieve. Veo a mi padre cazador como en un cuadro de Bruegel: la mañana gris y plata; los sonidos rayan el silencio del paisaje campesino, más intenso aún que de ordinario. No se oye a los pájaros; sólo a los cuervos y a los tordos; no transita nadie por la carretera; en el jardín se percibe de vez en cuando un vuelo callado, o el sobresalto de una rama inclinada que se yergue de súbito dejando caer su carga de nieve. Salimos temprano, en cuanto empieza a brillar un sol yerto y amarillo. La carretera rezuma humedad y brilla ante nuestros ojos; se oye por todas partes como un siseo: es el agua del deshielo que circula suavemente por todos los regatos. Al llegar a la “cruz” de Cuatro Caminos nos desviamos por la carretera de La Revilla hacia los campos de Balvacienta, y luego

seguimos el ascenso -atravesando cercas y torrenteras- hacia las zonas altas de praderas y bosques de Ranero.

Me paro ahora a auscultar los lejanos latidos de la mañana invernal: nuestras botas chapotean en las trochas hundiéndose en el barro; aguas múltiples se deslizan, gotean, chorrean, entonan su murmullo por todas partes: oscurecen la corteza de los troncos, abrillantan la epidermis de las hojas, reptan bajo las yerbas y los helechos; reflejan la luz clara y fría del sol de diciembre cuando desgarran como lienzos empapados las nubes grisáceas y espejean en los charcos. Cuando cruzamos campo a través las tierras de labor, ennegrecidas y esponjadas por la humedad, el espesor de nuestros pasos se ablanda en las manchas de nieve aún no derretida. Los robles, las hayas, los castaños elevan hacia la altura sus ramas despojadas; el invierno ha convertido los bosques en vastas naves de columnas destechadas, como en ruinas luminosas, sin bóveda, de templos de un culto antiguo. El cielo, de blanco y azul intensos, limpios y ateridos; las ramas sin hojas ni viento; la tierra que exhala su humedad omnipresente como un aliento sosegado; toda la naturaleza nos envuelve como una cúpula cristalina. Papá se detiene en seco y amartilla la escopeta; Tony se ha quedado unos pocos pasos delante de nosotros, con su airosa cola ondeante, y de súbito, con un estremecimiento de la masa de arbustos donde estaba escondida, sale una sorda de vuelo bajo. Papá no dispara; sólo lo hará cuando el vuelo reúna todas las condiciones merecedoras de un disparo. Un disparo es como una pequeña e instantánea obra de arte. La caza no consistía para él en abatir sordas o avefrías sin más ni más. La trayectoria del vuelo del ave tenía que ser tal que permitiera al animal el despliegue de todas sus posibilidades de huida y al cazador el ángulo exacto de tiro a fin de adoptar la postura más erguida, como si la naturaleza hubiera de poder contemplar la plenitud del instante.

Andábamos y andábamos durante toda la mañana. Papá era incansable. A veces nos parábamos unos minutos y nos volvíamos hacia el paisaje que, a medida que ascendíamos, se desplegaba hacia el fondo del valle. El sol brilla cegadoramente en cada mancha de nieve y en cada charco; jadeamos y aspiramos el aire límpido, frío y húmedo. Aquí y allí divisamos los tejados oscurecidos por el agua y atravesados por las hileras blancas de la nieve en las concavidades paralelas de las tejas. De las toscas chimeneas de piedra se elevan con lentitud las humaredas de las cocinas campesinas. Cuando años más tarde, en Comillas, tradujera la primera égloga virgiliana me acordaría de estos instantes. Y ahora que evoco lo uno y lo otro, pienso en ti y me siento al borde de las lágrimas. Desde luego no hay nada tan doloroso como el recuerdo de la dicha lejana. El sufrimiento por ésta es como nuestra sombra inseparable.

Con el tiempo he llegado a comprender que lo que a papá le atraía de verdad en la caza no era el hecho de la caza misma, de cobrar con todos los honores del código del buen cazador media docena de piezas a lo largo de una jornada, sino la posibilidad de sumergirse durante un día en el paisaje natural, andando sin parar, escuchando el canto de los pájaros, aleccionándome sobre tantas cosas como sabía de los entresijos del campo: “Mira: una camisa de serpiente; por aquí cerca tiene que haber una cama de zorro; ése pájaro que canta, es un zorzal; seguro que tiene el nido entre aquellos espinos...”. A mí me consumía la ansiedad cuando iba pasando la mañana sin que disparase un solo tiro. Por fin, en medio de mi propio sobresalto, se echaba la escopeta a la cara y sonaba el disparo: la sorda caía como un objeto atroz, súbitamente descolgado del cielo mientras el silencio abierto por el tiro desgarraba como una herida el corazón desprevenido del día. Parecía que los instantes goteaban por un costado roto como si se apresurara el deshielo, al tiempo que Tony regresaba con su trofeo en la boca, nervioso y agitando vertiginosamente la palma de su cola. Tal vez el ave, zancuda y cenicienta, dejaba sentir aún los latidos de su diminuto corazón; y enseguida era ya sólo una cosa inerte que mamá cocinaría con una delicada salsa de chocolate.

¿Fueron las Navidades de 1939-1940 las últimas que pasamos en Guriezo? Seguramente. Unos meses más tarde, en mayo, la desaparición de la abuela vendría a alterar brusca y radicalmente mi existencia, empujando aquella casa hacia el pasado irremisible y a mí hacia mi propio e incierto futuro.

15. PASOS EN EL PISO DE ARRIBA

La iglesia de San Vicente rezuma de sus piedras la memoria mística de mi niñez. Erguida sobre su acrópolis, emerge del fantástico bosque de las encinas ostentando en el azul del horizonte su mole plateresca. Una imagen instantánea e indeleble: con mi abuela y mi madre subo las gradas de la puerta de la cabecera del templo -que sólo se abren el día de Jueves Santo- y me quedo absorto ante la torrentera de luz que brota violentamente del fondo de la nave: es el “monumento” iluminado por decenas de velas de cera -en aquel entonces no se había admitido todavía la electricidad en las iglesias- y que se instalaba en el altar lateral del lado del Evangelio. Las luces titilan en la húmeda penumbra, la traspasan como indecisas incandescencias y al reflejarse en la gigantesca cavidad del retablo mayor encienden sus columnas y su follaje de oro. Las tallas apostólicas que lo pueblan se animan de visajes intermitentes; una ascua, como de Pentecostés brilla en la calva de San Pedro.

Desde entonces, innumerables veces en mi vida he repetido el mismo ademán de acceder al espacio sagrado, penetrar en esos ámbitos que la fe ha multiplicado en nuestros pueblos y ciudades, y dirigir la mirada hacia el fondo y hacia arriba. Templos espléndidos -León, Chartres, Seo de Urgel...-

, o simplemente entrañables- Universidad de Comillas, Carmelitas de Santander... La fe se ensancha, crece y se transforma; el espíritu ostenta las cicatrices de innumerables batallas. Pero el ademán ante el símbolo de la presencia divina se mantiene intacto: el espacio puro, la luz intacta, el tacto de lo ilimitado en el límite que lo alude.

Mi piedad de niño -sin duda suavemente orientada por mi madre desde los mismos umbrales de la existencia consciente- estuvo desde muy temprano influida por mi condición de monaguillo. Me parece estar viendo al chiquillo que durante la ceremonia del fuego nuevo en la mañana del Sábado Santo de 1938 se unió espontáneamente y trémulo de emoción contenida a la numerosa “troupe” de primos y amigos a los que había seguido muchas veces con la mirada en sus complicadas evoluciones en el presbiterio y que ahora rodeaban al párroco en el atrio de la iglesia. Al margen de las consabidas e inevitables travesuras propias de la edad, aquellos monaguillos éramos unos chavales bastante formales y que tomábamos en serio nuestras funciones. Puedo asegurar que no respondíamos en absoluto a esa imagen estereotipada del monaguillo travieso e irreverente, familiarizado en exceso por su asiduidad de trato con el mundo religioso con Dios y sus servidores y aprendiz forzoso de un descreimiento que tardará en llegar lo que el chiquillo tarde en colgar sus pintorescos hábitos. La razón era muy sencilla: los sacerdotes a los que servíamos en el altar eran los primeros en tomarse con seriedad y autenticidad evidentes lo que hacían. Los dos párrocos que sucesivamente conocí durante aquellos años coincidían en su empeño porque las palabras y los gestos de la liturgia estuviesen de acuerdo con lo que significaban, y el inefable Don Fede, el coadjutor, por más que su misa se resintiera con frecuencia de ciertas prisas y urgencias, era un ser evangélico y encantador, incluso ferviente, a su particular modo y maneras.

Por suerte, la piedad que me rodeaba en casa merecía ese nombre, y no tenía nada que ver con la caricatura de piedad que tantas veces ha suplantado y usurpado sus perfiles vaciándola de su sustancia. Ante los ojos absolutamente abiertos de un niño no caben monsergas: el niño capta irremisiblemente lo que ve, y ve lo que los demás son a través de lo que hacen y nada se diga de lo que dicen. Por supuesto, las mujeres de la familia eran sin excepciones piadosas y bastante rezadoras, pero la piedad no concluía para ellas en las prácticas religiosas; al contrario, la piedad empezaba donde éstas acababan. Era en ellas una actitud, una forma de ser y de actuar, su modo de existir en el mundo. Los varones no eran, claro está, tan rezadores, pero su piedad me resultaba evidente. Una piedad que consistía en no hacer el mal, ni de obra ni de palabra -en casa no oí jamás denigrar a nadie, ni dar el más leve pábulo a la maledicencia-, y en hacer el bien que se podía: jamás se despidió sin alguna ayuda a quien la solicitaba.

Tratándose de una familia “de derechas” y de inclinaciones monárquicas, siempre oí referencias respetuosas hacia los representantes del régimen republicano, empezando por la persona de don Manuel Azaña. Y el horror suscitado por tantos desórdenes y crímenes como trajo consigo la guerra se dirigió por igual a unos y otros. Me acuerdo con toda claridad de haber escuchado a mi madre disculpar los desmanes de los “rojos”, basándose en la ignorancia y la miseria de las masas. La piedad en nuestro ambiente familiar no era por tanto algo adventicio y ocasional, sino la sustancia de que estaban hechos los actos de cada día, el ser y el estar ante Dios y ante los demás.

En aquel entonces los niños rezábamos nuestras oraciones al levantarnos y al acostarnos. Además, se bendecía la mesa y se rezaba el Rosario por la noche. Debo reconocer que esta última devoción constituía para los chiquillos -y habría de seguirlo siendo para mí durante años- un auténtico suplicio. Entre el cansancio que se habla ido acumulando durante el día y la monotonía repetitiva del rezo, no tenía nada de extraño que nos fuéramos quedando dormidos unos tras otros, allí donde estuviésemos acurrucados. En Guriezo, nos arrodillábamos todos en las sillas del comedor, de asiento mullido y alto respaldo. Pero el sueño las convertía en altamente peligrosas. La diversión preferida de todos nosotros consistía en seguir los vaivenes - para atrás y para adelante- inverosímiles, espeluznantes, de la buena de tía Marichu. (Esto sucedería algunos años más tarde, cuando con su marido tío Fernando viniera a establecerse en la casa de la abuela, una vez ésta fallecida).

He tratado de sondear en los inicios de mi conciencia religiosa y moral; me intrigan los orígenes. Pero por desgracia es algo tan sumergido en los primeros años como un fondo marino, y tal vez se corra el riesgo de removerlo vanamente, sin conseguir otra cosa que enturbiarlo. Una cosa curiosa: no logro recordar a mis padres aleccionándome en las cuestiones de conciencia, cosa que sin duda alguna harían; sólo me recuerdo mirándolos; observándolos cuando rezaban en casa o en la iglesia. A ésta fui muchas veces y durante todo el tiempo de mi infancia y aun durante los años de adolescencia en compañía de mamá. Sus templos preferidos en Santander eran el de los Carmelitas de la calle del Sol y el de los Redentoristas en el Alto de Miranda. He vuelto a entrar en ellos en busca de aquellas emociones primordiales: la luz tamizada, el olor de la madera y de la cera, los ecos, los ruidos de la calle deslizándose en el silencio del ámbito vacío... A mi padre le estoy viendo arrodillado ante su mesita de noche, la cabeza entre las manos.

¿Qué cosa era Dios para mí? Dios era una presencia protectora, una bondad cálida, una confianza indecible. Nunca un ojo insomne y sin misericordia; siempre como una mano de frescura y acogimiento. Como la

mano de mi madre en las madrugadas de fiebre; como la mano de mi padre apretando la mía. O como hoy la mía en la de mi hijo menor. O como un hogar. Tú estás en tu habitación; trabajas, escribes, escuchas música, sueñas. Y de pronto, en el piso de arriba, suenan unos pasos familiares; alguien va y viene y la casa se llena de una presencia querida, de una fragancia impalpable, de una temperatura justa que hace que la vida ascienda y sus latidos percutan pausados, regulares, sonoros, navegantes en el flujo del tiempo. El crujido de la madera, la claridad entornada de las alcobas en las primeras horas de la tarde, la quietud, la hora detenida; otros tantos indicadores de una proximidad, de una inminencia. O en un rincón del jardín de la casa de Guriezo, bajo las acacias y las mimosas que dejaban descender hasta mi piel los rayos del sol de primavera, mientras sostenía sobre mis piernas un libro abierto, en el silencio que precedía al mediodía. O en la huerta de atrás, sentado entre las altas hierbas, observando el minucioso empeño de las arañas, el vuelo tardo de los abejorros, la rama oscilante de la que acababa de brincar un pájaro. Sentía un calorcillo que ascendía por las venas; estiraba mis piernas desnudas llenas de rasguños, me tumbaba con los brazos cruzados bajo la nuca; las nubes viajaban en lo alto, la brisa frotaba las hojas de los frutales, el azul del cielo descendía hasta mis párpados entornados como una mirada de muchacha... Y de nuevo la presencia inminente, las palabras a punto de pronunciarse, alguien protector, amistoso, risueño, supremo. Y así siempre, hasta hoy. He pensado mucho sobre Él. He leído una buena parte de lo que los hombres han escrito a favor y en contra suya, para demostrar su existencia y su inexistencia, filósofos, místicos y ateos. Él, su presencia amorosa.

Como es cosa sabida y tanta gente de mis años recuerda, por lo general con desagrado, a veces con un escalofrío de rencor, eran aquellos, años en que en los ambientes religiosos reinaba la moral de pecado. A mí sólo me alcanzó de refilón. No recuerdo en absoluto que en casa se nos asustara con la idea del pecado. Para mi madre, la religión era cuestión de amor y verdad, y los pecados contra los que se nos ponía en guardia a los niños eran el egoísmo y la mentira. Permanece muy viva en mi memoria la aguda compunción que sentí cuando en un arrebató de genio, durante alguno de nuestros juegos -tendría yo seis o siete años, le di a mi hermana con un palo y le hice sangrar, ligeramente, en la frente. Como también me consternó mi propia audacia cuando entré en la clase del Hermano Máximo a hurtadillas, abrí el cajón de su mesa y me apoderé de un par de “regalices”.

Y luego llegó el día en que el chaval de ocho años que yo era empezó a prepararse para la primera comunión y oyó hablar en el colegio de las misteriosas “cosas feas”. A los niños que procedían de familias “burguesas” nos había llamado muy pronto la atención lo que más tarde identificaríamos como naturalidad de los muchachos campesinos en todo lo concerniente al

sexo. Acostumbrados a presenciar desde pequeños como la cosa más trivial la cubrición y el parto de sus animales domésticos -era usual que se enviara a los críos a llevar la vaca al toro-, de modo que la generación no ofrecía para ellos mayores misterios. Por otra parte, tampoco recuerdo que los buenos sacerdotes que nos educaban y nos confesaban insistieran con exceso en tales asuntos. Me parece que eran bastante sensatos y que se limitaban a escucharnos y darnos algunos someros consejos De modo que las llamadas “cosas feas”, si no dejaban de tener un lado sórdido, constituían por otro la irreprimible curiosidad ante el cuerpo propio y el ajeno, el descubrimiento -no exento de perplejidades de toda índole- de la vida, y la percepción del latido todavía lejano de un deseo sin nombre. Porque a la vez emergía el oscuro sentimiento de la belleza femenina. Adoré desde muy pronto -su pongo que en torno a los ocho años- la fragilidad de las niñas, y ahora comprendo también que era ya sensible al encanto de las muchachas jóvenes cuyas largas piernas y cuyos senos levantados me producían una turbadora delicia. Mi “educación sentimental” empezaba por tanto de la mejor manera posible y en las circunstancias más favorables: en medio de una constelación de hermanas y primas, y de amigas de aquellas y de éstas.

Resulta banal la observación de que un niño introyecta las actitudes de su entorno familiar. En casa hubo siempre un sincero respeto hacia la Iglesia y los sacerdotes, a los que, como ya he hecho observar se los llamaba siempre sacerdotes y nunca “curas”, sin duda como reacción contra el uso escasamente favorable de ésta última denominación. (Por eso fue mayúsculo mi pasmo cuando oí cantar por la calle en Santander, durante el año republicano de la guerra civil, aquello de “Si los curas y frailes supieran...”). En cuanto a los dos sacerdotes, párroco y coadjutor, de Guriezo durante mis años de niñez, Don Eladio y don Federico, se los apreciaba personalmente, se reconocían sus virtudes -aquellos buenos sacerdotes las tenían- y se disimulaban piadosamente sus defectos -no menos visibles-. Tardaría aún bastante tiempo en descubrir que en el gremio clerical no hay más ni menos sinvergüenzas que entre los laicos.

Mi abuela y mis tías reparaban devotamente los ornamentos del culto deteriorados por el uso o destrozados por los avatares de la guerra. Incluso se ocupaban cariñosamente de “vestir” al inefable Don Fede, cuidándose de su atuendo y sotanas bastante más de lo que lo hacía el propio buen señor.

He tenido la oportunidad de escuchar el relato de las vivencias del día de la primera comunión de labios de mucha gente de mi edad. He oído atacar con saña el tan repetido tópico del “día más feliz de mi vida” que entonces y aún ahora compone el relamido texto de los recordatorios de la efeméride. A mí me parece que esos supuestos recuerdos dependen en

notoria proporción de cómo se haya desenvuelto con posterioridad la “biografía” religiosa de cada uno. Esas imágenes, desconectadas del resto de la propia vida desde la ruptura de la etapa infantil o adolescente, por fuerza han de ser revividas con desdén o franco desvío. Si por el contrario fueron seguidas por un desenvolvimiento ulterior del ser religioso hasta alcanzar uno mismo la adultez del cristiano consciente, es casi seguro que se las revivirá con íntima ternura hacia el niño que uno fue, hacia el chaval que aguardaba el advenimiento de una presencia misteriosa que no le ha defraudado, aunque en la actualidad se halle despojada de las ilusiones tempranas.

Bien es verdad que, por aquel entonces, y aun en tiempos posteriores, eran bastantes las criaturas atribuladas por obsesiones absurdas imbuidas por padres y educadores, como por ejemplo la del incalculable delito de tocar la sagrada forma con los dientes. Pero yo debí de tener la suerte de que sólo me dijeran cosas sensatas. Mi personal obsesión fue de muy otra especie y giró en torno a un traje de marinero. No se conocía en aquellos años otro atuendo, ni yo podía imaginármelo. Azul o blanco, con una cruz metálica pendiente de un cordón dorado y tal vez una moña de seda blanca sujeta al brazo, el traje de marinero era el habitual, aunque no faltasen las extravagancias como la sufrida por dos amigos míos a los que se vistió para el suceso nada más y nada menos que de soberanos pontífices. Pero eran tiempos de escasez y resultaba difícil dar con la tela adecuada, de azul marino. Durante unos cuantos días temí por mi traje. Ahora que lo pienso creo que lo que más me sugestionaba era el hecho de que fuera a vestir mi primer pantalón largo, cosa que yo anhelaba como el colmo de lo excepcional porque entonces los niños “de ciudad” lo llevábamos siempre corto. Al fin mi madre logró encontrar la pieza adecuada. El problema siguiente radicaba en la laboriosidad de la modista, prodigiosa en su eficiencia profesional pero temible y desesperante a causa de su insólito concepto del paso del tiempo. Oí comentar más adelante entre sus proezas contra la condición temporal de lo humano que había entregado después de la guerra unos pares de pantalones para unos niños que se le habían encomendado antes de ésta, y que en otra ocasión el capitán de un transatlántico habla tenido que interrumpir la operación de desatraque del muelle a fin de que una dama pudiera al fin recibir un vestido encargado como es natural mucho tiempo antes de su partida para América. Ignorante de semejantes riesgos, hube de someterme varias veces al suplicio de las pruebas, y se suponía que el traje avanzaba entre una y otra. Pero pronto nos embargó a todos el convencimiento de que el tiempo avanzaba más de prisa que la confección del traje en manos de la modista. Los días pasaban y yo estaba ya literalmente abrasado por la ansiedad. Tres días; dos; uno. Transcurrió aquella víspera del día señalado, anocheció, me acostaron, y mi

traje no habla llegado. A la mañana siguiente -era un radiante día de mayo- me desperté muy pronto, traspasado por encontradas emociones. El traje seguía sin aparecer. Medio vestido, en calzoncillos y camiseta, el chiquillo subía y bajaba las escaleras, inquiría y se sentía al borde del llanto... Al fin, cuando faltaban escasos minutos para el momento inaplazable de salir para la iglesia, llega el traje. Nunca se había sentido tan dichoso -instantes después de haberse sentido tan desdichado- como al verse ante el espejo con su traje azul de marinero. Cuando me paro ante el retrato de aquel conmovedor chiquillo de ocho años, con su pelo al flequillo y su tímida compostura, que parece pedirme cuentas de la administración de su inocencia, me pregunto si todas las emociones de aquel día se reducían al estreno de un traje de marinero. Creo sinceramente que no.

Ocurre que la mayor parte de los adultos, incapaz de regresar retrospectivamente al niño que fueron, simplifica la niñez y hace de ella algo tan pobre como su propia adultez esquilmada. Pero los niños que fueron entonces muchos de los adultos vulgares de ahora valían infinitamente más que sus descendientes, tan venidos a menos. Así el adulto mostrenco piensa que el niño sólo soñaba con los regalos o el traje de primera comunión, mientras que el niño que se disponía a recibir ésta, atendía a múltiples y muy complejas incitaciones simultáneas. Yo estaba literalmente fuera de mí ante la perspectiva de estrenar un traje de marinero con pantalones largos. Y esto es tan cierto como que me hallaba tremenda y seriamente consciente de la gravedad del sacramento que iba a recibir. Tenía en la presencia eucarística toda la fe que un niño -psicológicamente hablando- puede tener. Pero aquella fe, psicológicamente infantil y endeble, era teológicamente -teologalmente- verídica. Me veo a mí mismo creyendo en ella, deseando la venida de Dios a mí. Este deseo era tan real y consistente como el de lucir mi traje azul de marinero con pantalones largos. No veo por qué reducir a la inexistencia aquella emoción en beneficio de esta última. Como tampoco comprendo la necesidad de resignarme a vaciar de sentido la clara certidumbre que me habitaba de una conciencia limpia, resultado de la inquisición, cargada de seriedad, a que había sometido la memoria de mis actos antes de mi primera confesión.

Sigo siendo capaz de señalar con exactitud el lugar que ocupaba en la grada inferior del presbiterio de la parroquia en el momento de recibir la primera comunión de manos del anciano señor arcipreste de Castro. Me veo a mí mismo: emocionado, anhelante, serio, con la impresionante seriedad de los niños. No recuerdo en cambio que se nos hicieran, ni me hicieran, particulares regalos. Los tiempos eran difíciles y después de la ceremonia se contentaron con obsequiarnos en la placita de la iglesia a todos los niños con un chocolate colectivo y los inevitables churros. Alguien -tengo la imagen borrosa de que fue mi madre- me dijo que en adelante la primera

comuni3n habr3a de notárseme en que yo fuera más obediente y más aplicado. La verdad es que yo no sobresal3a en ninguno de los dos aspectos. Era un chiquillo corriente con más ganas de vacar a mis imaginaciones que a otra cosa.

Pero la primera comuni3n vino a intensificar mi comunicaci3n con Dios. En la actualidad Dios tiene mala prensa y lo más piadoso que se oye decir de Él es que no existe. Y eso, después de haberle atribuido una siniestra condici3n de torturador de niños o de estrangulador de las más vivas apetencias y emociones humanas. No lo puedo remediar: cuando escucho o leo las “razones” de un ateo me siento corroborado en mi fe. Sartre o Bertrand Russell iban a tener andando el tiempo casi tanta influencia sobre mi fe como mi propia madre; y nada se diga de esos ateos impresentables que nos depara con frecuencia nuestro incorregible celtiberismo. Pero estas son cuestiones sobre las que no voy a insistir ahora. El hecho es que aquel chiquillo de ocho o nueve años contaba con una presencia amistosa y protectora; se sab3a secretamente acompañado y atendido por alguien que era dentro de él más él que él mismo. Como es natural, no se dec3a a sí mismo estas cosas; pero las viv3a. No o3a voces interiores ni exteriores; no tenía nada que ver con Luisito Cadalso. Incluso hubiera sospechado vehementemente una impostura de haberlas escuchado. Era evidente que Dios no hablaba, así, sin más ni más. Pero todo le hablaba de Dios. Las montañas plateadas contra el cielo azul, las encinas, los altos tallos del maíz que el viento ondulaba, la música del río, el vuelo de los pájaros y la tenacidad de las arañitas balanceándose de una rama a otra; lo grande y lo pequeño, lo lejano y lo próximo; entre todas las cosas compon3an una voz poderosa, persistente y sinfónica. Y el niño, extraviado en sus quehaceres escolares o en sus juegos, en medio de sus divagaciones solitarias o de sus andanzas con sus primos o con Pedrito, permanecía secretamente atento a aquello, a Aquel, creciente raz3n de ser de su vida incipiente.

16. PEDRO, PEDRITO...

Con nuestras botas de siete leguas, claveteadas de tachuelas, nos lanzábamos al monte. Éramos dos, Pedrito y yo. Era ya la tercera generaci3n que reanudaba sus lazos, después de los dos abuelos, lejanos parientes, que habían hecho juntos su fortuna en Cuba y habían vuelto a su valle montaños de origen a levantar sus casas y multiplicar sus descendencias respectivas - lo que desempeñaron a conciencia a juzgar por el número de sus hijos e hijas-, y de éstos, compañeros de juegos en la niñez y mocedad, y amigos luego inalterables, como mi madre y la de Pedro.

Efectivamente, la finca de mis abuelos y la de los abuelos de Pedro -el abuelo de éste, al que nunca conocí, se llamaba Don Pancho, y la casa de Don Pancho, por antonomasia, era el nombre que atribu3amos a la suya-, se hallaban paredañas. Desde la habitaci3n de mis t3as, o desde el cuarto

llamado del mirador, que era mi dormitorio con frecuencia, por encima de las tapias del corral, se veía la casa de don Pancho, amarillenta y marchita, entre un follaje de árboles insólitos: membrillos, magnolias, pinos, cedros y espesos laureles, además de las palmeras que en la Montaña han venido a quedar como el símbolo de las mansiones erigidas por los indianos de finales del siglo pasado o de principios de éste.

Desde el monte que dominaba por el Este las fincas -llamadas de Desa, probable contracción de “dehesa”-, y donde estaban los manantiales que los abuelos habían alumbrado para ellas, contemplábamos Pedro y yo una perspectiva inédita: nuestras casas a vista de pájaro, los tejados rojos de las tres villas -contigua a la de los abuelos de Pedro se hallaba la de doña Josefina, la hija mayor de don Pancho-, el bosque de los jardines, los árboles frutales de las huertas que llegaban hasta la orilla del río, el humo de las chimeneas que al medio día ascendían en el aire quieto, y el extraño silencio que la distancia imponía sólo taladrado por lejanos ladridos. Resultaba inquietante poder divisar nuestro mundo familiar desde lejos: lo habitualmente grande se volvía pequeño, lo cotidiano inusual, lo conocido misterioso. Nos parecía planear sobre nuestro entorno como las aves que sobrevuelan sus nidos o como dicen algunas personas haberse sentido en sueños o durante un estado de coma, evanescentes testigos presenciales desde un más allá que permite el retorno... A veces nos escapábamos a media mañana, en otras ocasiones por la tarde, con nuestros bocadillos para la merienda; no recuerdo si siempre con las debidas licencias; en realidad los montes que configuran el valle eran nuestros parajes habituales sobre los que reinábamos como príncipes herederos de fábula.

Nos sentábamos en la cumbre para recobrar el aliento; contemplábamos todo el valle desplegado debajo de nosotros. La brisa del verano cuchicheaba entre los esbeltos eucaliptos; el viento otoñal arremolinaba las nubes y las hacía viajar raudas y cambiantes. Qué bien nos sentíamos. Desde allí no podíamos oír el sempiterno “¡Pe-dro, Pedritooo...!” con que la familia entera de mi amigo lo perseguía ininterrumpidamente. Su madre, Elena, con su figura menuda y tras sus lentes dorados; su padre, entonces ya enfermo de cuidado, con voz insegura de médico que se sabe a la vez paciente; el tío Fran, con su bigote a lo Petain; la tía Josefina, con su nariz emblemática y sus impertinentes; Antonia, la cocinera, sus manos siempre húmedas en el delantal y la voz clueta: “¡Pedro, Pedrito...!” Teníamos los dos la impresión de que todo el mundo coincidía en suponer que Pedrito no estaba donde se daba por supuesto que debía de estar. Lo cierto es que no constituíamos una pareja peligrosa, como esos chavales a los que no se puede dejar de la vista porque ya están haciendo diabluras. Pero claro está que no todas nuestras actividades en común hubiesen recibido el beneplácito familiar. La aventura nos tentaba con todos sus innumerables

caminos intransitados. El monte de Rauderas, al que acabo de aludir, y el río, en particular la presa de detrás de la finca de mi abuela y todo el paraje circundante, se contaban entre nuestros escenarios predilectos. A Pedrito le fascinaba todo bicho viviente. Aunque no precisamente desde un punto de vista naturalista o ecologista. Tampoco desde una perspectiva de predador como la que era usual entre nuestros camaradas campesinos, que iban a por nidos con ánimo destructivo. En Pedro se adivinaba al futuro quirurgo, por más que de momento sus comportamientos adolecieran de una cierta insensibilidad que a mí me inquietaba. Desde luego, los pájaros habían aprendido a temer su nerviosa silueta cuando oteaba las alturas del follaje de los árboles con su escopeta de aire comprimido en bandolera. “Oye -me dijo un día así que escuchó el estrépito de los gorrones en las palmeras de mi jardín-, aquí hay muchos más pájaros”. “Claro -le contesté-, es que yo no me dedico a perseguirlos como tú”. En medio de la huerta de la finca del abuelo don Pancho, bajo la arquería de un emparrado, había una mesa redonda de piedra, rodeada de bancas. Quien nos descubriera absortos en nuestras manipulaciones es probable que nos asociara antes con los siniestros sacerdotes del culto azteca que con los profesionales de un quirófano. Abríamos en canal las lagartijas y las ranas y, mitad anestesiastas, mitad torturadores, les echábamos gotas de zumo de uva y observábamos atentos sus reacciones. Las bestezuelas se estremecían con sus corazoncitos al aire. Creo que no había en ello ni sombra de crueldad; sólo inconsciencia infantil ante el sufrimiento animal y una atroz curiosidad por asomarnos al misterio de la vida. Con idéntica curiosidad atisbábamos un grupo de críos por un ventanuco el coito de una pareja de cerdos; y recuerdo la extrañeza con que escuché a una persona mayor que por allí pasaba su comentario sobre lo malos que éramos.

Nos gustaban los entretenimientos belicosos. El buenísimo del tío Fran tenía bajo la galería de su casa un banco de carpintero y en él y con enorme meticulosidad nos hacía unos arcos y unas espadas primorosas. De confeccionar las flechas nos ocupábamos nosotros mismos con ramas de avellano. Jugábamos a tirar al blanco o nos enzarzábamos en tremendas batallas a flechazo limpio. En una ocasión estuve a punto de perder un ojo. En el calor de la refriega Pedrito perdió su habitual discreción y disparó más cerca de lo convenido y más alto de lo prudencial. La flecha me dio exactamente en el hueso del arco superciliar. Una fracción de milímetro más abajo me habría dejado tuerto. Nos asustamos los dos, más ante la sola imaginación de lo que podía haber sucedido que ante la sangre que manaba de la herida, si bien no con gran profusión. Ya no me acuerdo de la explicación que hube de improvisar al llegar a casa, aunque estoy seguro de no haber dicho la verdad, que me hubiera acarreado una buena reprimenda por nuestra imprudencia.

También leíamos en abundancia. Mi descubrimiento personal del placer de la lectura se pierde en la lejanía de los días de la primera niñez. ¿Cuál fue mi primer libro? Recuerdo con exactitud los cuentos de Andersen que mi abuela me regaló a la vuelta de un viaje a Santander, e incluso puedo ver el preciso instante en que me lo dio, apenas entrada en casa, en el comedor: me senté en uno de los sofás que había en uno de sus extremos, con las piernas colgando, y me perdí en las páginas de aquel volumen, que me parece estar tocando, de amplio formato, delgado, con el lomo de tela de colores. Dos de sus personajes se mantienen imborrables en mi memoria: el pescador que no tenía camisa y el soldadito de plomo. Pero con seguridad, no fue Andersen quien primero me hizo navegar por la letra impresa. Hay un libro que recuerdo como anterior a mi aprendizaje de la lectura: *Corazón*, de Amicis, que una niñera que teníamos en Santander, una chica joven e imaginativa, nos leía en la cocina a mi hermana y a mí. Sus páginas tan intolerablemente sentimentales, nos apretaban el nuestro, todavía intacto, nos adiestraban en la congoja, y sobre todo nos empujaban hacia esa posibilidad interminable de la existencia desplegada que acecha entre los renglones. Esto debía de suceder entre mis seis y mis siete años. Y desde entonces las imágenes de búsqueda que brotan de los libros han ido siempre por delante de mis pasos, han sido el acicate y la nutrición de mi existencia, el combustible de mis hogueras, porque la vida y su realidad se alimentan de la ficción que yace en el garabato impreso, como el calor que nos mantiene en pie se nutre de los leños cortados en el bosque. Las palabras escritas son un engaño, pero sin ellas la verdad de nuestra existencia se empobrece y se estanca, viene a menos y pierde su pulso inicial. Somos los hombres unos seres improbables que sólo logramos algo de realidad si ensayamos nuestros pasos atisbando más allá de la raya del horizonte gracias a esos proyectos que levantamos mediante las livianas palabras que yacen en los libros.

En otro lugar de estas memorias me he referido ya a algunos de los libros que Pedrito me prestaba, o que yo mismo descubría en mis escudriños de la biblioteca, por desgracia muy escuálida, de la casa de mi abuela. Todavía hoy siento envidia de quienes tuvieron la suerte de leer en su niñez libros que yo tuve que aguardar bastantes años para hallar. Lo que yo hubiese disfrutado con Dickens, Balzac, Stendhal, Galdós o Baroja, leídos en la primera niñez. Hube de esperar hasta bien entrada mi adolescencia. Pero, de cualquier modo, los libros que leía eran suficientes para excitar mi fantasía, ensanchar los espacios de mi mundo real, y verme a mí mismo como un personaje de novela. Las lecturas -ahora lo comprendo perfectamente- actuaban como un filtro mágico convirtiendo en ficción maravillosa la realidad de lo cotidiano. La casa de don Pancho no era más que una hermosa mansión cerrada; para nosotros se volvía un recinto

misterioso y resonante. Sumidas en la penumbra de sus contraventanas entornadas y sus espesos cortinajes, las habitaciones de la planta baja nos parecían suntuosas e incitantes. Nos movíamos despacio, tratando de no despertar los ecos, como si fueran los fantasmas del pasado acechante en los cuadros y fotografías desde donde nos observaban los antepasados o los soldados de la guerra de Cuba. Las sombras se sentaban expectantes en los sofás y sillones enfundados de las salitas. Era manifiesta la turbación de los espejos, deshabitados durante años, o de los cristales de las vitrinas sobre los que resultaban inusuales los reflejos transeúntes de nuestros pasos furtivos. Subíamos como ladrones por las amplias escaleras al piso principal y volvía a repetirse la extrañeza de las alcobas, a la espera de unos seres familiares dispersados por los azares de la vida. En la planta última aguardillada, la mesa de billar o las piezas del juego de cricket en su panoplia evocaban el paso de los muchachos que nos habían precedido. El jardín, transitado constantemente por nosotros, se nos volvía inquietante contemplado tras los cristales. No era sólo la perspectiva inédita desde la que lo mirábamos; temíamos sorprender por sus veredas, bajo sus sombrillas blancas y sus sombreros de galleta a toda aquella parentela espectral del tiempo pasado.

Nuestras excursiones solían verse interrumpidas, cuando más absortos nos hallábamos en el pretérito familiar, por los gritos urgentes de “¡Pedro, Pedritooo...!” que empezaban a emitirse desde varias gargantas a la vez. Don Pedro, doña Elena, doña Josefina, tío Fran, Antonia: todos de acuerdo en llamar al chiquillo que se había perdido de vista hacia un buen rato y cuya ausencia era descubierta de súbito con auténtica consternación. Solíamos tardar un cierto tiempo en emerger, como de una inmersión submarina, de nuestras aventuras, y allí estábamos de nuevo, con aire inocente, en realidad no habíamos hecho nada malo, salvo alejarnos hacia nuestro mundo al otro lado de la puertecita que separaba las dos fincas, la deshabitada del abuelo don Pancho y la habitada en la actualidad por su familia, lo suficiente para jugar nosotros tranquilos y dejar en paz a aquellas encantadoras personas que mientras nosotros merodeábamos cerca se veían forzadas a hablar entre sí en francés sin duda en un intento por hurtar sus conversaciones a esa bien conocida propensión de los niños a escuchar con aire ausente la cháchara de los adultos, como quien no quiere la cosa y mientras aparentan hallarse concienzudamente entregados a sus menudos quehaceres.

Otro paraje encantado era la orilla del río. Detrás de la finca de mi abuela estaba la presa, desde la que partía el cauce del molino de la Iseca, en un lugar sombreado por un espeso bosque de avellanos silvestres, chopos, arces, alisos y abedules, muchos de los cuales hundían sus raíces entre los cantos rodados que bajaba la corriente. El caudal silencioso adquiriría voz en

la presa, se derrumbaba con estrépito en las crecidas de invierno y primavera, y disminuía su volumen hasta un pianísimo continuo con el estiaje estival. Pero sonaba siempre, con persistencia, y al anochecer se imponía sobre todos los demás ruidos y se convertía en una sinfonía fantástica claramente perceptible desde casa. Por la noche yo oía aquella voz, aquella especie de llamada nocturna, pavorosa, cómplice, sobre la que se distinguía a intervalos regulares, como un fagot quejumbroso y vagamente agorero, el grito del cárabo. Pero allí mismo, la masa sinfónica se descomponía en sonidos diferenciados. Si se aplicaba el oído, el agua cantaba, susurraba, cuchicheaba, o se desbordaba en amplias risas o en llantos contenidos. En cada canto rodado, en cada raíz, en cada rama inclinada hasta hundirse en la corriente como si fuera la cabellera de una ninfa ahogada, tal vez de la misma Ofelia, sonaba una nota distinta, límpida, que rayaba la tarde como un diamante sobre un cristal. Pedrito y yo, descalzos, jugábamos a hacer descender un esbelto balandro, con sus velas blancas desplegadas, por los rápidos y meandros diminutos que el agua trazaba entre las piedras y las islas de arbustos y helechos. Asociada mágicamente a aquellos instantes prolongados sin prisas a lo largo de tantas tardes, permanece extrañamente varada en mi memoria la letra de una canción: Ay, ay, ay, ay, cómo se la lleva el río...

Al anochecer, regresábamos a casa con nuestro balandro, un poco roncós y un poco más mojados de lo conveniente, tratando de disimular los arañosos de las piernas y los bajos empapados de nuestros pantalones cortos.

Éramos dos críos sencillamente felices. Disfrutábamos de una suerte realmente infrecuente. Como niños de ciudad devueltos al paraíso del campo, éste nos ofrecía todas sus posibilidades de gozo, desconocidas para los chavales campesinos que sólo lo veían como lugar de trabajo cotidiano; nuestras respectivas familias coincidían en dejarnos en una relativa, pero para nosotros amplísima libertad: todo el valle de Guriezo, sin otras limitaciones que el alcance de nuestras piernas o de nuestras bicicletas, se hallaba a nuestra disposición. Reinábamos sobre él, los montes, los bosques, el río, los sentíamos como rigurosamente nuestros. Por otra parte, y aunque nos tratábamos asiduamente con nuestros camaradas de colegio y contábamos entre ellos con algunos amigos excelentes, nos movíamos en un mundo propio, y en un cierto alejamiento. Con seguridad, nunca nos alcanzaron inquietudes como las provocadas por la guerra civil y que sin duda afectaron a no pocas de las familias de nuestros compañeros. Pienso ahora que las nuestras respectivas se propusieron deliberadamente dejarnos vivir en nuestra inocencia infantil, lejos de contratiempos y miserias que ya tendríamos tiempo más tarde de conocer y sufrir. Éramos un poco como Robinson y Viernes en una isla afortunada y escondida. Yo,

desde luego, estaba convencido de que el mundo era bueno, sin duda porque había a mi alrededor el suficiente número de seres buenos como para hacérmelo creer. Mis temores infantiles se limitaban a la noche y a las tormentas. Como escribió Quevedo, yo pisaba todo mi mundo sin engaños.

17. LA DIFICULTAD DE SER

¿Fue a Fontenelle al que le preguntaron en su lecho de muerte cómo se sentía y respondió: “Bien, bien, pero con una cierta dificultad de ser”? Pienso en ello ahora, cuando trato de llegar al fondo del chiquillo que yo era y que me parece que se me escapa una y otra vez, que no logro asirlo después de tantos hechos y pormenores como he logrado retener de aquellos días de Guriezo. ¿Era yo dichoso? Creo que sí, porque no recuerdo grandes aflicciones, y eso que era reflexivo, que no se me escapaba nada de lo que pasaba a mi alrededor. Tengo la sensación de haber desarrollado muy pronto una suerte de sutil capacidad de observación, de haber vivido atendiendo al transcurso de mi propia existencia, de haber caído relativamente pronto en la cuenta, de que yo era alguien que miraba lo que pasaba en torno mío, que la realidad de las cosas y las personas era aquella exactamente que yo veía transcurrir; en una palabra, que la realidad era nada más y nada menos que mi punto de vista. Tal vez la esencia de la dicha de un niño consista en que existe para los demás. Le quieren, están pendientes de él. Pero a la vez, al menos en mi caso, y supongo que no deliberadamente, se establecía una distancia entre ellos y yo; era como si la dejarán justamente para darme lugar a que me moviera con libertad, a que inventara el mundo en que los demás existían para mí, a que yo mismo decidiera la orientación de mis pasos. Yo no era un niño solitario, ni me sentía solo; sin embargo, me dejaban mucho tiempo solo, estaba solo con frecuencia. Y entonces iba cayendo en la cuenta de la realidad honda de las cosas, éstas me mostraban su consistencia sin que nadie me distrajera. El silencio de la casa, cuando no pasaba nada, ni subía nadie por la escalera. Mis pasos en la alfombra: su tacto, sus dibujos. El vaho, como un aliento de la noche, en los cristales de la galería. Los árboles: yo conocía cada árbol, acariciaba su corteza; se erguían silenciosos e inmóviles, o dejaban que la brisa pronunciara su tenue discurso, o que los ramalazos de la lluvia, bajo el temporal nocturno, multiplicara en sus hojas innumerables reflejos. Las sombras en la pared, en la quietud de la hora avanzada, mientras se aproximaba el sueño. La habitación, en cuyo espacio en calma se irradiaba la claridad filtrada por la pantalla, por la tulipa, como una transparencia tostada, tibia, vagamente dulce. Y así, cada cosa. No sé por qué evoco estas imágenes y no otras. O los rostros. Estoy viendo a abuelita, sonriente: la leche caliente y la manzana asada; escucho su voz. Pienso en mamá (¿cursi, decir “mamá”?; de niños decíamos siempre “mamá: las madres eran las de los otros.”) Pienso en mamá; la siento tan cerca, que cuando está lejos no la

siento menos cerca; estaba cerca porque vendría pronto. Yo no era un niño impaciente; no merecía la pena serlo, si ella iba a venir y no cabía ninguna incertidumbre. Pienso en papá: estoy seguro de que nunca se me ocurrió que lo pudiera echar de menos: era mi padre y estaba donde era normal que estuviese; presente o ausente, en casa o de viaje, mi ser era ser con él, mi existencia incluía la suya; éramos los dos y aunque no pensara en él durante días, estaba siempre al alcance de mi respiración y de mis latidos. Yo sólo recuerdo haber echado de menos cosas banales, que yo sabía que lo eran. Por ejemplo, una bicicleta. Una bicicleta propia, que nunca tuve. No dejaba de ser una extraña contradicción que el nieto de doña Lucía no tuviese bicicleta, cuando la tenían tantos chicos campesinos. Y mientras que ellos iban al colegio en bici, el nieto de doña Lucía iba andando; dos kilómetros de ida y dos de vuelta y otros tantos por la tarde. Ocho kilómetros diarios, lo mismo si hacía sol que si llovía. Bueno; si llovía, a mediodía me quedaba a comer en casa de doña Loreto, personaje entrañable y de monumental sordera que hacía mis delicias. Tal vez la falta de una bici propia fuese como una espina en mi corazón de chiquillo de nueve o diez años. ¿Me sentí alguna vez desgraciado por ello? ¿Tenía que haber sufrido? La verdad es que con la misma nitidez con que recuerdo que añoré una bicicleta propia, recuerdo no haberme sentido desgraciado por ello. Quería una bicicleta propia, y yo sabía que la quería; pero no me paraba a pensar en ello. Pensaba en otras cosas.

Quizás no es cierto, o no es del todo exacto, que yo pensara en otras cosas. Más bien *las* pensaba. Pensaba las cosas, me hallaba siempre presente, como pegado a un cristal, al suceder y desplegarse de cada cosa. Tocando su perfil, allí estaba yo. Mi pensamiento, claro está, no era abstracto, ni propiamente reflexivo. Tanto lo uno, como lo otro, implican una distancia cuyo advenimiento se haría esperar aún bastantes años. Mi pensamiento asistía a las cosas, a mis propios actos y a los aspavientos que la vida trazaba ante mí. Veo y pienso las innumerables arruguitas del rostro de tía Juana, los pliegues de su falda negra, el barro de sus zapatos negríssimos -barro que no hace más que subrayar su vejez inmaculada- a una distancia infinitamente pequeña. O las manos de mamá; y la melodía de su voz; y la temperatura exacta de su proximidad y su contacto. O el sol, a través de las hojas de las acacias y las mimosas, derramándose como la mirada de un dios, sobre mi cara de chiquillo, sobre mis piernas desnudas. Tengo la sensación de que no se me escapaba nada de cuanto sucedía a mi alrededor: mis ojos seguían con docilidad los más menudos sobresaltos de las cosas, y éstas se plegaban dócilmente a mi pensamiento. Nada se interponía entre cómo era cada cosa y cómo yo la miraba y la pensaba. Y con frecuencia, las actitudes, las reacciones y las opiniones de los otros, y en particular de los mayores, me dejaban absolutamente perplejo. ¿Se

deberá únicamente a mi individualismo adulto la convicción de que ya entonces aquellas suscitaban en mí una invencible extrañeza, la idea de que lo que ellos decían no se parecía muchas veces nada o casi nada a lo que yo veía y entendía? Había tardes de primavera en que el hechizo de su tibieza se apoderaba de los chavales y nos perdíamos en el encinar. Practicábamos ese viejísimo ritual de la clandestinidad que es la iniciación en la noche de la carne. Se pretendía inculcarnos que la noche se hallaba traspasada de ojos hostiles y bífidos como serpientes. Pero en realidad había resplandores que surgían de lo oscuro y nos quedábamos pasmados ante el sobresalto de erecciones que anunciaban el verano de la turbación amorosa. Éramos testigos de nosotros mismos y de los demás, partícipes de juegos que se suponía prohibidos cuando en realidad han constituido a través de la historia de los hijos y las hijas de los hombres la herencia del octavo día. Luego, si se los practicaba, había que pagar una tasa aduanera, había que declararlos. Probablemente, la declaración misma podía encerrar un alivio, una suerte de catarsis; pero su calificación como pecado empezó a parecerme enseguida absolutamente impropia. Ahora pienso que la mayor responsabilidad en la escandalosa trivialización de la realidad del pecado hay que atribuírsela a su torpe empleo a propósito de los descubrimientos del deseo que no necesita saber su nombre ni por qué enturbiar las miradas con que los niños son capaces de comprender sin prejuicio cómo son las cosas, todas las cosas, también los ecos lejanos de la flauta de Pan.

Una tarde, supongo que era una tarde, y ya bastante avanzado el crepúsculo volvía a casa del colegio acompañado por un chico mayor. Y con gran sorpresa mía, el muchacho trató de violarme. Me resistí, y como insistió, le mordí. Qué curioso; tengo la seguridad de no haber invocado para mis adentros ninguna supuesta virtud que me dictara lo que tenía que hacer. Simplemente, yo era yo, y nadie podía arrogarse el derecho de mandar sobre mí. Yo no contaba entonces más de diez años, pero la certeza de lo que quería y de lo que no quería me habitaba por dentro y me hacía improbable cualquier desvanecimiento. Según oí contar muchas veces a mamá, cuando el pequeño Paquito -cuatro, cinco años- apretaba los puños y cerraba los labios, el universo se detenía en su giro y no había fuerza humana ni divina que lograra conmoverlo en su quicio. Cualquiera hubiese pronosticado para el chiquillo un horizonte de ambiciones logradas, una frente dispuesta a horadar todos los muros. El caso es que, aparentemente, no ha sido así. Desde luego, puedo asegurar que he cumplido todos mis deseos importantes, pero éstos han sido más bien pocos. Quizás porque intuí con prontitud que no merecía la pena el cumplimiento de otros muchos. Desear ¿no equivale a trasladarse a otro lugar y sobre todo a otro ser, distinto del que se es? Yo siempre quise ser yo, y a veces hube de emigrar lejos de mí para regresar a mí mismo y seguir siéndolo.

Recuerdo con toda exactitud un momento singularísimo: aquel en el que al tiempo que algo sucedía y yo lo miraba suceder, me vi a mí mismo mirando lo que sucedía, y - lo que me dejó pasmado - astronómicamente distante de ello. Fue como un instante de vértigo del que me repuse -con la para mí desconocida, y tal vez dolorosa, sensación de que me alejaba hacia un horizonte de realidad que yo solo divisaba-. Me estaba despidiendo de muchas cosas, de muchos seres: eran distintos de mí y la herida de la extrañeza no volvería nunca a plegar sus labios. Debió de ser durante el otoño de 1939, al comienzo de aquel curso escolar en el colegio de Guriezo, el primero después de terminada la guerra civil. La venida a España de la viuda del fundador de lo que llamábamos por antonomasia “el colegio”, y que oficialmente se denominaba “Escuelas Ubilla-Núñez”, tal como campeaba en grandes letras sobre la parte más alta de su fachada de piedra amarillenta, fue celebrada con distintos festejos. Ante mis ojos adquiría al fin presencia aquel señor cuyo busto veía cada día en el centro del jardín del colegio, adusto y bronceado, impertérrito bajo la lluvia que oscurecía su efigie y dejaba lamentables chorretones en la piedra de su pedestal. Paradójicamente aquel perfil resultaba para todos nosotros más familiar que la buena señora, distante e insignificante, acompañada ininterrumpidamente por una sobrina sempiterna, que decían que era su viuda. El caso es que hubo una velada con presencia de todas las fuerzas vivas del pueblo, incluida mi abuela -cosa que me sorprendió, porque no salía de casa más que para acudir a la iglesia-, y rimbombantes peroratas, y que todo ello concluyó -con gran alivio de la chiquillería-, con el obsequio de una merienda ofrecida a los alumnos y que consistía en una bolsa con cosas tan elementales como pan, chocolate o fruta -supongo que plátanos-, si bien, algunas de ellas, un tanto desusadas para aquellos hijos de campesinos. Además, eran tiempos de penuria, y la relación entre el niño y las cosas -cualesquiera que fuesen siempre tendían a ser pocas-, distaba mucho de la visión actual, desvalorizadora y a veces casi invidente.

Cuando se anunció la distribución de las bolsas, toda aquella bulliciosa asamblea campesina, entre inquieta y aburrida durante el transcurso del acto, se transformó de súbito en una acometida de la caballería ligera, o mejor, en una estampida de ganado. Y yo me encontré repentinamente paralizado, convertido en estatua de introversión en medio de aquel reflujo necio y competitivo. Su movimiento, lejos de arrastrarme consigo, provocó en mí una incoercible inmovilidad, una quietud ajena a ellos: los vi pasar, sin asombro, como depositado simplemente dentro de mí por aquella avalancha que los arrojaba fuera de sí. Me sentí distinto: supe que era diferente. No di un solo paso hacia las anheladas bolsas que se estaban repartiendo. Y lo que es más grave, me vi a mí mismo como superior a aquella grey. Me quedé el último. Ni siquiera el último. Simplemente, al

margen. No entré en el juego. Cuando la avalancha pasó, alguien advirtió que yo no había recibido mi bolsa y se me acercó con aire compungido; unos segundos más tarde tenía yo mi bolsa en la que, por añadidura, había algunas cosas más.

Este suceso no encierra ninguna moraleja. Desde luego, no significó para mí -entonces, ni lo significa ahora- una ilustración de la frase evangélica de que los últimos serán los primeros, algo cuyo cumplimiento, como es bien sabido, no pertenece a este mundo. El hecho explica sencillamente una manera de ser de cuyo desvelamiento fui yo el primer sorprendido. Pero tamaño descubrimiento quedó grabado en mi ser como la impronta de mi destino: soy y he sido siempre incondicionalmente ajeno y alérgico a la competitividad. Que nadie me busque donde dos o más personas se apresuren en la misma dirección hacia lo que quiera que sea. Yo estaré parado o andando hacia otro lado.

No es exactamente satisfacción lo que experimento al comprobar que toda mi existencia ha quedado marcada por semejante estigma inicial. O tal vez sí, y aún más que satisfacción: cierta suerte de orgullo forzoso. Hace no muchos años -no más de diez, creo-, sucedió algo trivial. Aguardaba yo a ser atendido, detrás de otras personas, en una pastelería, cuando un individuo entró y pidió algo por delante de mí. Por supuesto, no protesté. Sentí que el individuo aquel acababa de caer en una trampa que yo le había tendido. Incluso me sentí levisísimamente culpable. Lo que está claro es que -decididamente- mi reino no es de este mundo.

En lo que recuerdo, desde que tuve una vida consciente, siempre quise ser sacerdote. Esta es una cuestión sobre la que he tenido que escuchar y soportar muchas tonterías. Que un niño diga y sostenga que quiere ser esto o lo otro -algo de lo que desde luego no tiene idea de lo que sea en realidad-, puede y suele explicarse por razones obvias. La presencia en la familia de militares, médicos, abogados o picapedreros suele bastar como razón suficiente de innumerables destinos individuales. Por lo que hace a los hijos destinados a la Iglesia, durante siglos se ha escuchado en los hogares -y en particular en los hogares campesinos, menestrales o humildes- la consabida monserga: “eres listo y puedes hacer carrera; si vas al seminario tendrás estudios; mira a don Fulano...” Si el chiquillo era además de listo de buen natural, la cosa parecía incluso razonable; si iba para marica, se disimulaba; y en el peor de los casos -que no era infrecuente- el chaval, al que maldita la gracia que le hacía vestir de negro y tener que aguantar al cura más de cerca que los demás, primero tragaba saliva y luego, a medida que pasaban los años, iba segregando esa cautelosa babilla de los hipócritas redomados.

Pero mi caso era distinto. Distinto, desde luego, pero no excepcional. No lo contaría si no hubiese conocido otros muchos casos análogos. Lo relato porque alguna vez tiene alguien que explicar las cosas como son, cuando

no son tenebrosas ni repugnantes. Ni en mi familia ni en sus inmediaciones había habido nunca ningún sacerdote ni religioso. Para ser exacto, sí que había uno: un tío de un tío político era un viejo y singular canónigo, Don Ramón, tan lejano para mí como el Papa de Roma. Eso sí: en casa se conocía y se estimaba mucho a algunos eclesiásticos: algunos Padres escolapios del colegio de Santander, los curas que había habido en Guriezo y los que habría durante mi niñez, así como los Hermanos Maristas y entre ellos, sobre todo, el Hermano Máximo, ya descrito. Sólo que mi idea de ser sacerdote fue anterior a todo trato, respeto o simpatía respecto de ellos. Y como no propendo a explicar nada por generación espontánea, no me parece aventurado, sino antes lógico, suponer que mi madre o mi abuela Lucía tuvieron que ser quienes depositaran en algún rincón de mi ser aquella idea absolutamente inverosímil en un chiquillo como yo. Porque debió de ser muy pronto, ya que nunca he sido capaz de recordar a nadie en mi entorno tratando de catequizarme sobre las excelencias del sacerdocio. Al contrario, a mis padres sí que los recuerdo más adelante insistiendo en las responsabilidades, riesgos y escasamente atractivas perspectivas de la condición clerical. Cuando miro las fotos de mi niñez -mi carilla de asombro ante el mundo, las fisonomías de padres, hermanos y restante familia-, siempre me pregunto qué pasó para que todo el mundo a mi alrededor diera por sentado que yo sería sacerdote, y para que yo mismo lo introyectara hasta el punto de constituir aquella decisión mi propia y personal manera de querer ser yo mismo.

Porque lo que se llama querer ser, yo siempre he querido ser muchas cosas. ¿Serlas? ¿O simplemente hacerlas? Porque la verdad es que yo no puedo decir que quisiera ser militar, pero me enloquecían los uniformes, los desfiles y el estruendo de la guerra. Como a mi hermano, que quería ser marino, me atraían en particular los azules y los blancos de la marina -cielo azul y nubes blancas-, los barcos de guerra, los cañones, las esbeltas siluetas de aquellos navíos con sus penachos oscuros sobre el horizonte. Es posible que ningún libro me haya hecho soñar más intensamente que uno leído a mis doce años: *El último corsario*, el nombre de cuyo autor he olvidado, que describía las aventuras de un velero alemán, armado en corso, durante la primera guerra mundial por los mares del Sur. Todavía ahora me sugestionan poderosamente los libros y las películas de tema bélico, a pesar de mi decidido pacifismo antimilitarista. Tal vez ha latido siempre en mí esa misteriosa vena de lo heroico que apresuraba sus latidos mientras el niño que yo era se quedaba parado ante la estatua de Velarde, o miraba una y otra vez a Napoleón, rodeado de sus ejércitos en derrota, a caballo sobre la nieve sucia y el lodo, o a Churruca en esa inmensa página galdosiana de *Trafalgar*. El vano empeño del hombre contra los obstáculos desproporcionados, el hombre que no está calculado para luchar contra las

tormentas, pero que fatalmente propende a enfrentarse con lo que le supera, la lucha de Jacob con el ángel... También soñaba desde muy pequeño con la música: con ser pianista o director de orquesta. Mi madre decía siempre que yo tenía manos de pianista; lo repetía también la prima Aida. Y a mí desde luego me gustaba mucho la música, aquella música un tanto precaria que cabía alcanzar a escuchar en los aparatos de radio de entonces, o la que ejecutaba para sus sobrinos nuestra querida tía Cari: Chopin, Schumann. De lo que fuese un pianista o un director de orquesta yo no tenía más noticias que las ilustraciones del *Blanco y Negro*. Y también quería ser escritor. No podía aislar los libros que leía de quienes los habían escrito. Mi padre me había explicado quién era aquel señor sentado sobre unos peñascos en lo alto de un monumento: Pereda, don José María, mientras rampaban hacia él por los costados de piedra los personajes de sus novelas (que yo no había leído aún). También supe muy pronto que la calle donde vivíamos se llamaba Menéndez Pelayo en memoria de un sabio don Marcelino, muy amigo de un hermano de mi abuela, del tío Panchito, alto y bondadoso, al que los niños queríamos, y al que mi madre adoraba: era su padrino. Mamá recordaría siempre que en una ocasión en que iba de la mano del tío Panchito vio a éste detenerse a charlar amistosamente con un señor singular de aire ausente. Cuando acabó el coloquio, y mientras el señor se alejaba envuelto en su nube particular, el tío Panchito le dijo a la niña: ¿Sabes quién es ese señor con el que he estado hablando? Es un gran sabio: don Marcelino Menéndez. Pues a mí -contestó la chiquilla- me parece que tiene cara de tonto... Mi madre sólo recordaba que el tío Panchito se había sentido muy escandalizado y la había reconvenido cariñosamente por su insolencia infantil.

Pero yo sabía que sería otra cosa. Y esto es algo que me intriga porque estoy seguro de que las cosas eran exactamente así, y que aquel chaval se hallaba seguro de ello. Le atraían muchas cosas, soñaba con muchos horizontes; pero conocía su destino y estaba seguro de que iba a seguirlo.

18. UNA VENILLA AZUL

Mi abuela Lucía era una mujer esbelta y sólida, firme y tierna a la vez, que llenaba con su enérgica presencia toda la casa, todas sus propiedades, y poseía aún suficiente personalidad para presidir a distancia la nostalgia, el cariño y hasta los actos de sus hijos dispersos por el mundo. A mí me quería mucho. Me oí llamar con frecuencia su nieto predilecto y debía de ser cierto que lo era. Le gustaba llevarme consigo a unos sitios y a otros, solía recabar mi colaboración para pequeños y a veces divertidos menesteres; ya he dicho que largos períodos de mi niñez transcurrieron junto a ella, pero siempre me sentí libre como los pájaros. En un nivel de libertad digamos que diferente del que disfrutaban mis hermanos y restantes primos. Todos queríamos estar en casa de la abuela; pero era distinto cuando estaban

ellos, y yo también, que cuando estaba yo solo, sin que estuvieran ellos. Ya se sabe que la muchedumbre exige imperiosamente la aparición del orden y la ley. Durante las vacaciones de verano, campábamos todos a nuestro aire, pero, por ejemplo, las comidas eran un acontecimiento colectivo y relativamente solemne durante el que se nos imponía a los chiquillos el más religioso silencio. Cuando estaba yo solo con mi abuela y mis dos tías solteras, nadie pensaba en imponerme silencio alguno. Yo era lo que se dice “el rey de la casa”, una cierta rara especie de rey constitucional, que reinaba, pero no gobernaba. Desde luego que no; nadie ponía en duda que allí quien gobernaba era la abuela. Subía y bajaba parsimoniosamente las escaleras, se asomaba a la cocina o al jardín, recorría la huerta y las cuerdas y lo observaba todo. No era dominante, pero poseía el secreto de ser obedecida. Sabía decir cómo quería que se hicieran las cosas y daba por seguro que se harían. Se hacían siempre. Nunca la vi irritada. Y tampoco la oí nunca hablar mal de nadie. Era devota y muy rezadora, pero nada beata. Nunca me hizo rezar; en esto era como mi madre: me enseñó a rezar rezando ella. Tenía en su gabinete una especie de altar con una imagen del Sagrado Corazón que a mí me parecía enorme, y una pequeña colección de santos y santas protectores. Pero la religiosidad de mi abuela no estaba en sus rezos; empezaba cuando se levantaba de su reclinatorio, en su manera de ser con todos: la veía tratar con la misma consideración al alcalde, o al obispo, que al más insignificante labriego.

Por supuesto, mi abuela Lucía era una señora de derechas; y creo que hay que defender a aquellas señoras de derechas que lo sabían ser. Se había casado jovencísima, y se había quedado viuda siendo aún joven, con diez hijos vivos, el último aún en su seno. La nobleza, la eficacia tranquila y la laboriosidad que emanaban de los retratos de mi abuelo José, al que no alcancé a conocer, habían emigrado a ella, enfrentada de improviso con la tarea de sacar adelante toda una familia a la antigua usanza, con hijos e hijas, servidumbre numerosa y regulares propiedades. Mis propios recuerdos datan de su cincuentena en adelante: no era para mí una gran señora -como en sus retratos juveniles- ni una anciana, sino simplemente una mujer entrañable de la que irradiaba como un halo de seguridad y de sosiego. Sus hijos mayores, mi madre entre ellos, la siguieron tratando siempre de Vd.; los jóvenes de tú, igual que los nietos, toda esa chiquillería que la rodea en algunas fotografías de entonces. He dejado escrito que era una señora de derechas, pero en su mentalidad de derechas, en la que cabían la monarquía y hasta la república, lo que no cabía era la guerra civil, y cuando advirtió que ésta se aproximaba irremisiblemente, cogió a su hijo mayor, ya casado con una deliciosa francesa y con dos hijos pequeños, y al parecer más o menos comprometido con algún partido que la abuela debió de considerar incluso como demasiado “de derechas”, y lo embarcó para

América. Como también vio con buenos ojos que se embarcaran para América su yerno “de izquierdas” y toda su familia, que ella consideraba en peligro una vez acabada la guerra civil y antes de que se desencadenara la mundial. Era partidaria de todo, menos de los entusiasmos heroicos. Miraba con enorme prevención y suspicacia cuanto olera a totalitarismo: no le gustaba nada la Falange, y si bien -curiosamente- había incluido en sus piadosas intenciones la conversión de Mussolini, jamás pensó en hacer otro tanto por Hitler que no era a sus ojos sino un tirano invasor y perseguidor del cristianismo. Me parece que la estoy viendo mostrándome los periódicos en que aparecía la invasión alemana de los países nórdicos, con una foto de la desolación del anciano rey de Suecia Gustavo Adolfo.

Mis imágenes de la abuela Lucía toman cuerpo con ocasión del año “rojo” en Santander, durante el cual vivió “refugiada” entre nosotros donde mi madre la sentía más segura. Uno de sus hijos y dos de sus hijas estaban en la cárcel por aquel único delito, habitual en ambos lados de la España dividida, de pertenecer al otro, y aunque cabía suponer que nadie en Guriezo iba a pensar en acusar de nada a “doña Lucía”, no podía desecharse el riesgo de algún soplo anónimo venido sabe Dios de dónde. Mi madre se sentía dichosa y mucho más tranquila con la abuela cerca, y los chiquillos estábamos encantados. Igual que sabía mandar sabía no hacerlo, y durante el año entero que pasó en Menéndez Pelayo 38 se mantuvo maravillosamente discreta y silenciosa. No era ese tipo de madres que no pueden dejar de inmiscuirse en la casa de sus hijas. Y, sin embargo, siempre sabía lo que había que hacer. Le daban lo mismo las decisiones graves que las banales, las grandes que las pequeñas. Una tarde estábamos los niños - mis primas, mi hermana y yo- jugando en el “cuartito”, que era como denominábamos al pequeño cuarto de estar donde se deslizaba una buena parte de la existencia familiar cotidiana. Habíamos cerrado las contraventanas y apagado la luz para jugar a los fantasmas: a ver quién cogía a quién. Yo eché mano de una silla y la blandí en el aire, ignoro con qué propósito; y de súbito sobrevino la catástrofe: la silla tropezó con algo inesperado, estrépito que nos pareció inmenso y terrorífico; temeroso batir de alas... Encendimos la luz sobrecogidos ante lo no-pensado y nos encontramos con el espectáculo de la desolación: la jaula del canario, suspendida habitualmente de una escarpia en el quicio de una puerta que abría hacia el comedor fronterizo yacía en el suelo y el avecilla se debatía en su reducido habitáculo presa del susto y el diminuto y atroz sufrimiento de su cuerpecillo maltrecho. Acudieron los mayores; mamá levantó la jaula que no nos habíamos atrevido a tocar siquiera y examinó al pajarillo: tenía una pata rota. Al tiempo que se cruzaban las terribles interrogaciones y las respuestas entrecortadas, más compungidas que hábiles, la abuela se hizo con el atemorizado animal, pidió un palillo de dientes y un poco de cera de

vela y entablilló con prodigiosa habilidad la pata del canario, inmóvil y se diría que inverosímilmente serio mientras transcurría la operación. “Ahora-dijo la abuela- hay que dejarlo tranquilo”. La situación se fue paulatinamente tranquilizando, y eso fue todo. Durante los días siguientes los niños seguimos con atención la evolución del pequeño paciente; al fin, después de no mucho tiempo, sin duda cuando el simpático animalito “supo” que su pata había recobrado la normalidad, él mismo con su pico se quitó la ingeniosa “escayola” y -oh prodigio- volvió a balancearse con la misma ligereza que antes del accidente. Para sus nietos era evidente que la abuela poseía propiedades maravillosas, saberes definitivos: tanto su suavidad como su entereza y su eficacia parecían divinas.

Durante aquel año “rojo” de Santander, tuvimos también en casa a otro “refugiado” aludido ya en páginas anteriores. Se trataba de Esteban, juez de paz de Guriezo, algo pariente y antiguo empleado de mi abuelo. El hombre era muy medroso, y después de todo no andaba demasiado descaminado en sus miedos, o en algunos de ellos, puesto que un día vinieron efectivamente a por él. Era por la tarde, y ello permitió que mi madre atisbara con todas las precauciones del caso tras los visillos y alcanzará a ver quién o quiénes, porque eran varios, hacían sonar la campanilla de la verja. Mi madre llamó a mi abuela, y las dos llamaron muy misteriosamente a Esteban. “Sí; son ellos; vienen a por mí”; dijo Esteban con un hilillo de voz. “Vd. métase ahora mismo en la cama y hágase el enfermo”, dijo la abuela. Le ayudaron entre las dos mujeres a quitarse la ropa -el bueno de Esteban dormía con una camiseta y unos calzones largos de franela que a mí me llamaban poderosísima mente la atención-, le metieron en la cama y acumularon sobre la mesilla de noche cuantas medicinas encontraron. El resto de la operación se desenvolvió por sí sola con inesperada naturalidad: Esteban se puso enfermo de verdad de puro miedo, y cuando sus presuntos verdugos se asomaron a la habitación se encontraron con un agonizante. La abuela les dijo: “si se lo llevan se les quedará en el camino”. Debieron de convencerse ante la evidencia de aquellos estremecimientos y estertores tan verídicos, y se largaron con la siniestra promesa de volver. Por suerte para Esteban, y para todos, no tuvieron tiempo de cumplir su palabra.

Mi vida con la abuela Lucía en Guriezo oscilaba entre el paso consabido de lo cotidiano y las grandes ocasiones. Veo al chiquillo de nueve o diez años enseñándole las notas del colegio, no recuerdo si quincenales o mensuales, y aguardando su aprobación: la verdad es que solían ser bastante buenas. O, al atardecer, ya de noche en el otoño avanzado, ayudándole a recomponer con todo cuidado aquellos infames billetes de una y dos pesetas, o los para mí siempre sorprendentes de cien o de quinientas. Luego los iba clasificando y acomodando en una caja metálica:

eran los dineros que procuraba “la luz”, como solíamos decir en casa, es decir el negocio familiar de la central eléctrica que proporcionaba corriente a los valles de Guriezo y Liendo, y no recuerdo si a algunas otras zonas. En los días luminosos de primavera podía haber otros menesteres. Por ejemplo, el de acompañarla y colaborar en la insólita tarea de pintar todos los tiestos de los antepechos de la fachada, un tiesto de amarillo y dos de rojo: la abuela defendió con tesón su patriótica idea frente a las discretas objeciones de mis tías Pilar y Cari, y yo fui su entusiasta ayudante de taller. También me encantaba seguirla en sus excursiones de inspección por la finca. Le gustaba comprobar con sus propios ojos los gallineros, las conejeras, las cuadras, los cuadros de hortalizas y verduras, las tareas de arado -llevada a cabo por la pareja de inmensos bueyes arreados por el bueno de Máximo- y de siembra del maíz, o el estado de los frutales. Acompañarla era como sentir el pulso de las cosas, comprobar su toma de posesión sobre un mundo limitado y familiar que aguardaba el tacto de sus manos, sus ademanes de asentimiento. El chiquillo iba y venía a su alrededor, con esa inquietud de los niños que se sienten a gusto en su mundo, o acudía a su mandato: “Mira, Paquito: alcánzame esa manzana que está algo tocada; a ver cómo están ya las alubias; endereza ese palo para que se sostenga esa mata de tomate; habrá que arreglar este emparrado...”

La rutina de la existencia diaria se interrumpía cuando menos se esperaba con las visitas. Las más frecuentes solían ser de señoras envueltas en inmensos abrigos negros y extrañas fragancias, casi siempre acompañadas de señoritas que eran sus hijas, algunas veces de caballeros repeinados, otras calvos. El chiquillo oía conversaciones ininteligibles, era llamado en determinado momento, a la llegada de los personajes o cuando se disponían a marcharse, y por unos segundos se convertía en objeto de comentarios elogiosos de “que guapo y que alto está ya” o ponderativos de que “Hay que ver Luisa y Marcial, con cinco hijos”..., y sobre todo atisbaba el precioso instante en que los mayores abandonaban la salita iluminada, con su cálida y un tanto mareante atmósfera de perfumes de señoras y humo de tabaco de señores, y podía él deslizarse tan silencioso como un felino hacia sus inconfesables presas: los culillos de vino dulce “de misa” o de mistela que habían quedado en el fondo de las copas. No sería exacto decir que me parecía abominable lo que hacía, pero me hubiese sentido muy avergonzado si me hubieran sorprendido en semejante trance, cosa que nunca ocurrió.

Pero la gran ocasión, única e irrepetible en un plazo calculable -para mi imaginación infantil-, fue la visita del obispo. Iba a venir a Guriezo en visita pastoral -era la primera vez que llegaba a mis oídos este sorprendente término-, y se iba a alojar en casa de Doña Lucía: no podía ser de otro modo, ni cabía imaginarlo. En mi doble condición de monaguillo y nieto de doña

Lucía asistí muy atento a todos los preparativos que se llevaron a cabo en la parroquia y en casa. En la iglesia se dispuso a la izquierda del altar un trono con dosel; cosa nunca vista y cuya sola contemplación me llenó de pasmo y de una vaga sensación de estremecimiento ante lo que un obispo tendría que ser. Pero sólo resultó ser un anciano de aspecto infinitamente bondadoso e indefenso; o al menos eso fue lo que a mí me pareció, porque Don José Eguino y Trecu -que así se llamaba el obispo de Santander- habría de vivir aún una veintena de años más y tendría yo numerosas oportunidades de tratarlo y vérmelas con él (historia ésta que ya contaré más adelante). El bueno del señor obispo, por la razón que fuese, prefirió alojarse en otra parte -exactamente, en el colegio de los PP. claretianos de Castro Urdiales-, con gran desencanto mío, sin duda porque aquello de que un obispo aceptara dormir en la misma cama en que yo había pasado gripes y paperas infantiles equivalía a una misteriosa familiaridad con la grandeza divina que me llenaba de consternación y perplejidad; pero acudió, junto con los curas y el alcalde, a la espléndida comida que le dispuso la abuela. La familia formó en su totalidad desde la entrada de la casa, desplegada con cara de circunstancias por la escalinata y el jardín, y cuando se detuvo ante la verja abierta el automóvil episcopal, alguien se adelantó a la portezuela y la abuela avanzó solemnemente al encuentro del prelado. Era como si el chiquillo que contemplaba silencioso y nerviosísimo la escena participara de la evidente consideración en que todos situaban al obispo y a la abuela; frente a la naturalidad con que ambos se desenvolvían, yo creo que todos los demás me parecieron un poco palurdos. Luego, en un momento determinado, el chiquillo se vio convertido en el centro de atención de todos: mi abuela me estaba presentando al Sr. obispo como el pequeño de la familia, el nieto que vivía con ella y que “quería ser sacerdote”. Yo miraba fascinado el inmenso anillo fulgurante que bailaba entre los dedos temblorosos de una mano tibia y transparente, la cruz brillante sobre la mancha violeta de la ancha faja, la mirada humedecida tras los cristales de unas gafas de oro. En medio del jardín de mayo, la figura del obispo parecía deslizarse como un aroma, sin peso, sin sustancia terrenal como apeado de una nube celeste. Y de alguna manera, mi destino estaba allí, como sellado por aquellos ademanes, condescendientes y seguramente distraídos, de un anciano inofensivo.

El comedor resplandecía con todas sus luces destilando reflejos sobre vajillas y cristalerías. La mantelería era la de las grandes ocasiones, de un amarillo dorado. Pero, con un secreto desencanto, hube de conformarme con comer en la cocina. Cuando la puerta se abría y se cerraba llegaba a mis oídos el tumulto de las conversaciones, y una de las doncellas nos transmitió que Don Eladio, el párroco, había encomiado el detalle patriótico

de la salsa de tomate a dos bandas y la mayonesa componiendo sobre el pudding la bandera nacional. Regina se sintió muy satisfecha.

Me sentía desterrado de mi curiosidad por lo que estaba pasando en el comedor con toda aquella insólita baraúnda. Pero no precisamente a disgusto en medio de lo que constituía una colección de seres entrañables, una constelación de inocentes criaturas que ahora pienso que no debían de ser de este mundo y que me querían tanto como yo las quería a ellas. Regina, Doña Lorencita, Pepuco: la vida había labrado con su mano innumerable y sin contemplaciones a aquellos tres seres absolutamente excepcionales e irrepetidos; yo al menos no he vuelto a encontrar nunca gente tan verdadera. Entre los tres sumaban una cantidad de años que a mí me parecía astronómica y habían visto nacer a dos generaciones. Al margen de cualquier parentesco -Regina era de hecho prima lejana de la abuela-, se hallaban identificados con la familia hasta extremos inverosímiles de fidelidad, afecto y singular respeto. Compartían la existencia familiar en su totalidad, salvo en pequeñas y significativas diferencias que jamás hubiesen consentido en traspasar: sus habitaciones se hallaban en el último piso -menos la de Doña Lorenza- y su reino eran las distintas dependencias, la cocina, la carpintería, o el gallinero. Regina era una mujerona que a mí me parecía altísima, y que de hecho debía de serlo, fea -con bigote y lunares poblados de hirsuto vello: esos detalles que tanto sorprenden siempre a los niños-, pero con unos ojos y una expresión en la cara que irradiaban la más inmensa bondad; era como un amor enérgico, igual que toda su persona inagotable, brusca y delicada a la vez. Reinaba sobre el fogón y la cocina radiante de limpieza, mientras iba de un lado para otro arrastrando su pierna enferma que hacía descansar sobre una sillita. Éramos muy buenos amigos y me gustaba observarla mientras trajinaba. En una ocasión, sentada junto a la puerta de la cocina que daba a la terraza, limpiaba unas sardinas bajo la atenta mirada de dos espectadores que por lo visto abrigaban muy divergentes intenciones: un gato y yo. De pronto, el gato se lanzó como una saeta y le arrebató de las manos una sardina. Aquello me hizo tanta gracia y a ella tan poca, que como no podía tomar represalias del felino, me dirigí a mí una buena parte de los improperios que el astuto animal no había aguardado a escuchar. Yo me reía a carcajadas. Era por lo demás una de esas gentes del pueblo cuya modestia es tan profunda como su sentido de la dignidad. Oí mucho después comentar a mi madre una anécdota ejemplar. Mi abuela había facilitado durante un verano a la escritora Concha Espina un rincón de descanso en un pueblecito costero cercano. Cuando la novelista dio por terminadas sus fecundas vacaciones -el pueblecito en cuestión le había servido de escenario para uno de sus libros-, acudió a casa de mi abuela para agradecerle sus buenos servicios y despedirse. Y, cuando al hacerle ésta a su ilustre huésped los honores de la casa, llegó el

momento de asomarse a la cocina, allí estaba la buena de Regina, orgullosa de presidir sus dominios indiscutidos y saludar a tan famosa señora. Pero la eximia escritora se limitó a pasear por la cocina una mirada desdeñosa sin reparar siquiera en aquel bulto enorme que aguardaba el más pequeño ademán de deferencia para responderle con una rendida inclinación de cabeza. Y no había hecho más que cerrarse tras la novelista la puerta de la cocina, cuando ya Regina estaba exponiendo en voz alta la impresión, nada favorable, por cierto, que semejante actitud le había producido. Es de suponer que el rubor que tiñera las finas orejas de la ilustre dama tardara un cierto tiempo en desvanecerse.

Cuando llegó la guerra civil y la familia se dispersó, Regina regresó a su pueblo del valle del Pas -creo recordar que cerca de Selaya-, con los suyos; en concreto con una hija suya cuyo disparatado lenguaje era capaz de hacerle perder su seriedad a un difunto. Y en cuanto la guerra acabó, volvimos a por ella. Regresó efectivamente y permaneció con nosotros hasta la muerte de la abuela. Regina cocinaba como los propios ángeles y, entre otras cosas, fue responsable del mayor cólico que haya tenido yo en mi vida. Todavía ahora me basta, no ya oler, sino tan sólo imaginar que huelo el almíbar de las peras asadas, para experimentar de nuevo el mismo empacho y contemplar ante mí la sonrisa cariñosa y un tanto cazorra de la gran Regina.

Doña Lorenza, Loren o Lorencita, era una anciana redonda, sonrosada, que, muy de acuerdo con su origen inglés, había cumplido junto a la abuela esas funciones imprecisas de tantas señoras mayores de las novelas de Agatha Christie. Sentada en su sillita planchaba incesantemente sobre su tabla baja enfundada, movía también sin cesar sus mandíbulas de encías deshabitadas y nos llamaba “pijoteros” cada vez que los chiquillos la hacíamos rabiarse, sin interrumpir por ello sus rezos. Su padre había sido un arquitecto o ingeniero inglés llamado Don Juan Ancell. Ignoro los avatares que trajeran a este buen señor a Santander allá por el último tercio del siglo décimo noveno, pero intervino en la construcción de algunos edificios durante aquella época; por ejemplo, en la de la iglesia de Sta. Lucía. También había sido profesor de inglés nada menos que del joven Marcelino Menéndez, como consta en la dedicatoria que éste le pusiera en su primer libro. Doña Loren conservaba religiosamente el ejemplar, y alguien lo hizo llegar a mis manos tras su muerte. Doña Loren se apagó dulcemente durante la noche, como se extinguen las velas que se olvida encendidas, cuando andaba ya muy cerca de los cien años. Llevaba unos meses confundiendo los nombres de toda la familia y cantando canciones infantiles. Quizás entre ellas siguiera tarareando aquello de: “Hermosa perla de Cuba, que entre las olas del mar naciste...” que nos cantaba a mis primas y a mí. Los armarios y cajones de su cuarto estaban llenos de cosas extravagantes que a nosotros

los pequeños, sobre todo a las niñas, a mis primas y hermanas, nos ponían en éxtasis. Nos las enseñaba cuando le dábamos la tabarra, pero no nos las dejaba tocar: libros antiguos de piedad con cantos dorados y tapas de nácar, rebosantes de estampas y cerrados con una goma; fotografías apagadas, botones, frascos, enaguas; conmovedoras señales de un tiempo lejanísimo y marchito.

En cuanto a Pepe -Pepuco-, le estoy viendo en el recuerdo con sus manos enormes y habilidosas, resguardando sus ojillos semicerrados de la claridad del sol. Era como un San José para todo, vestido siempre de mahón azul, con un botoncito negro en la tirilla de su inmaculada camisa rayada sin cuello, olvidado de sí mismo, sonriente, de un lado para otro con sus trastos de carpintero o sus llaves. Lo mismo atendía a las gallinas y los conejos que daba de comer a los gatos. Por la noche, acabadas sus silenciosas faenas, se sentaba en su rincón de la cocina en una silla baja, con sus manos sobre las rodillas o cruzadas sobre su vientre, como un personaje del pintor Zabaleta. Yo asistía con frecuencia al coloquio de aquellos tres ancianos sosegados, Regina, Doña Loren y Pepuco; cada uno sentado en su sitio de rigor, hablaban despaciosamente, reían con sabiduría o escuchaban sinceramente pasmados mis sermones cuando los arengaba desde la cesta de la ropa convertida en púlpito. Mis tremebundas conjuraciones a que se librasen del fuego del infierno eran un ejemplo de la más superflua oratoria que cupiera pensarse. Sólo me los puedo imaginar a los tres sentados junto a Dios en sus sillitas.

Yo tenía diez años cuando murió la abuela Lucia. Un día de san José; que aquel año de 1940 caía en domingo de Pasión, al volver de la iglesia de la misa mayor -mi abuela prefería las misas tempranas-, noté que algo insólito sucedía. Los mayores iban de un lado para otro silenciosos y ensimismados sin reparar en mi muda ansiedad. La inquietud y la incertidumbre estaban en la atmósfera de la casa impregnando a sus moradores. Al fin pude deducir que mi abuela se hallaba muy grave. Efectivamente, le había dado un ataque cardíaco y, aunque se recuperó, no volvió a abandonar el lecho. Yo presenciaba lo que ocurría, pero no era capaz de adelantarme hacia el porvenir. La idea de la muerte dentro del ámbito familiar no existía aun prácticamente para mí; la de mi hermano José Manuel estaba ya muy lejana y yo no había sido testigo de ella; de otras personas, sabía que habían muerto, había asistido a entierros y funerales: a aquellos conmovedores entierros de los pueblos, en que al difunto se le portaba a hombros de allegados y vecinos, acompañado por la comunidad en pleno; conmovedores ahora, para mí, pero entonces motivo tan sólo de curiosidad y extrañeza, pero la muerte se ocultaba lejos, al otro lado de mi horizonte. En consecuencia, la muerte de alguien que se hallaba tan cerca y tan dentro de mí como mi abuela era algo absolutamente inimaginable. Al día

siguiente del inicio de su enfermedad se me permitió pasar a verla y en adelante acostumbraba yo a merodear alrededor de su cama, a la espera de que solicitara de mí algún recado. En aquella alcoba, en aquella cama inmensa de nogal oscuro habían transcurrido todas mis enfermedades y convalecencias infantiles. El paso de los días fue reconstruyendo paulatina e insensiblemente la normalidad, mientras la primavera empujaba a través de los ventanales abiertos el aroma vertiginoso de las magnolias y el chirrido de los carros cargados de brezo. Ya nos habíamos olvidado todos, o al menos me había olvidado yo, de aquellos primeros días temerosos en los que el espectáculo de un grupo de especialistas reunidos en solemne consejo de médicos junto a su lecho -entre ellos se encontraba mi tío Silverio, avisado con toda urgencia y llegado desde Santander-, me hizo imaginar la enfermedad de la abuela como la de una reina de las que ilustraban mis libros de texto, cuando una tarde su repentina, aunque quizás no inesperada, recaída, vino a sumirla en su última agonía. Definitivamente, se moría. Andando el tiempo vine a comprender las extrañas sensaciones que entonces experimenté. Los niños pueden vivir un dolor del espíritu, sumergirse en él, habitarlo profundamente, pero ignoran su ceremonial. Me hallaba sentado en un sofá de la desierta galería; me estoy viendo ahora mismo, acurrucado, escalofriado, con los ojos muy abiertos en la semi-oscuridad de la noche que comenzaba. Me sentía poseído por el hecho de la muerte inminente de mi abuela que los demás me transmitían sin necesidad de palabras, tan sólo con su inequívoca actitud sobrecogida, y me enfrentaba con la horrible comprobación de que no sentía como yo creía que debía sentirse mi propio dolor, con cuya certidumbre me encontraba absolutamente, no ya convencido, sino identificado. No sabía llorar, siendo así que todos tenían los ojos enrojecidos, y yo tenía por tanto que llorar también. Me sentía culpable, acusado por todas las miradas que se detenían unos instantes sobre mí cuando pasaban a mi lado. Sobre el dolor en el que me hallaba instalado, como en una campana de cristal que me aislaba de la realidad exterior, otras sensaciones emergían y se posesionaban, no ya de mi conciencia, sino de mi garganta y de mis párpados: ignoraba que se trataba de las ganas de llorar y de la congoja por no hacerlo. Y así fue como la ceremonia del dolor oscureció en mi interior el dolor mismo, y lo monstruoso de mi supuesta y aborrecible insensibilidad me alejó de mi abuela moribunda para entregarme a un sueño abrumado de niño culpable y cansado. ¿Cómo iba yo entonces a saber que el dolor sólo lo es cuando lo nombramos, cuando advertimos que lo es, cuando se nos presenta con el rostro que le hemos conferido al llamarle precisamente “dolor”?

Al despertar a la mañana siguiente en mi cama del cuarto de la galería a la que me habían llevado medio dormido, supe al instante que mi abuela había muerto. Lo supe por cómo los ruidos se depositaban sobre el silencio,

como si fuera una alfombra espesa y sorda; por cómo los ojos se apresuraban a devorar las palabras que las bocas no llegaban a pronunciar. Me vestí, tambaleándome como cuando uno se levanta tras una enfermedad, y alguien me condujo al gabinete de la abuela. Su cabeza, de una palidez recientísima y por mí nunca vista antes, yacía sobre la almohada; se advertía su peso de mármol abandonado.

Me auparon sobre la cama y la besé en la frente. Y así como la víspera la congoja de no poder llorar me había resultado más dolorosa que el dolor mismo, ahora la frialdad de su frente, en la que se transparentaba una venilla azul, concentraba toda mi capacidad de sobresalto y hacía que la conciencia de la muerte me abandonara para sepultarse en la lejanía de un mundo de los mayores que no era todavía el mío. Me pareció que la vida se convertía en un paisaje desolado.

A partir de entonces todo fue igual -como lo es la superficie recompuesta de las olas en el lugar en que una embarcación ha naufragado-, y todo fue distinto. La casa sin la abuela ya no era la casa, aunque cada cosa estuviera en su lugar y cada componente de la familia se esforzara por restablecer la normalidad anterior a su desaparición. Su imagen, como una sombra dolorosa, bajaba y subía las escaleras, paseaba por la galería o bajo el emparrado, acababa de estar en la habitación a la que nos asomábamos. Su voz clara, su risa, se seguían oyendo al fondo de la tarde.

Luego, tengo la sensación de que las cosas se precipitaron. Me veo vestido de luto, con mis zapatos de color recién teñidos, volviendo al colegio de los Hermanos para lo que quedaba de curso. Antes de que concluyeran las clases tendría que ir a Santander para el examen de Ingreso. Mi niñez feliz se daba por acabada. Una tarde, después de comer, besé a mis tías Pilar y Cari -únicas habitantes entonces de la casa de Desa-, cogí mi pequeña maleta y anduve solo los dos kilómetros que me separaban de Rioseco. Pasé por el colegio para despedirme de los Hermanos: solo encontré al hermano Máximo, todo el mundo estaba en clase, y no supe qué decirle. Me dijo adiós con afecto. En la tienda de Rioseco me aguardaba Pepe Bollada, que pronto habría de casarse con tía Pilar. Y en su compañía y la del manco de Nocina, un tipo alto, con ojos azules, ancha boina y cara de buena persona, anduvimos los otros dos kilómetros hasta el Pontarrón, desde donde el autobús de línea nos llevaría a Santander.

Debía de ser un día de junio y la tarde estaba espléndida. Detrás quedaba un paraíso del que la muerte de la abuela me arrojaba fuera irremisiblemente. Iba a retornar muchas veces a Guriezo, muchos veranos iban a sucederse, y año tras año nuestros gritos resonarían al anochecer en el jardín, jugando al escondite o persiguiéndonos unos a otros -hermanos y primos- en nuestras bicicletas. La dicha no había muerto; la adolescencia aguardaba. Pero la larva del dolor del pasado había anidado ya en mi

corazón. Desde el autobús veía cómo las olas rompían sobre los acantilados de Arenillas o venían a morir en la playa de Oriñón. La luz del incipiente verano hacía reverberar las llamas verdes del follaje. Dentro de mi pecho yo escuchaba el llanto entrecortado de un niño. Me estaba despidiendo de él. Me despedía de mí mismo.

Madrid, 10 de mayo de 1987